Elementos

de Metapolítica para una Civilización Europea Nº 53



MISCELÁNEA DE AUTORES DE LA *KONSERVATIVE REVOLUTION*
(vol. II)

Benn, Mann, Reck, Jung, von Hofmannsthal, Klages, von Salomon, Strasser, Forsthoff, Schmitt, Spengler



UrKultur



UrKultur

http://urkultur-imperium-europa.blogspot.com.es/

Escuela de Pensamiento Metapolítico NDR

Elementos

de Metapolítica para una Civilización Europea

Director:

Sebastian J. Lorenz

sebastianjlorenz@gmail.com

Número 53

MISCELÁNEA DE AUTORES DE LA *KONSERVATIVE REVOLUTION* (vol. II)

Sumario

Gottfried Benn

El doloroso calvario de un inconformista descreído

Alain de Benoist

Mientras en Francia aparecía una curiosa novela del escritor Pierre Mertens directamente inspirada en la vida de Gottfried Benn, *Les Eblouissements* (Los deslumbramientos), un cierto número de manifestaciones y conmemoraciones, entre ellas una gran exposición organizada en Marbach por el Deutsche Literaturarchivs, así como la emisión de un sello en su honor, venían a indicar más allá del Rhin el centenario del nacimiento de Gottfried Benn y el 30 aniversario de su muerte. Así se ha visto consagrado un autor que, como Stefan George, Rilke, Trakl o Céline, ha representado una etapa decisiva de la evolución poética alemana –y cuyo curso vital desmiente, de alguna manera, manifestaciones maniqueas de la historia. No obstante, mientras que en Alemania y en los países anglosajones no han dejado de multiplicarse, en Francia –cuyo caso es a este respecto poco diferente del de Ezra Pound-, el autor de *Morgue* y de *Doble Vida* sigue siendo aún poco conocido por el público.

Benn nació más allá del Oder, en Westpriegnitz, la región de los antiguos Wendes. Una región de tierras pobres y rudas, pespunteada de pantanos. Ve la luz el 2 de mayo de 1886, en el pueblo de Mansfeld. Su padre era pastor; su madre, nacida en Jequier, era originaria de la Suiza francesa. «Mi padre, perfecto ejemplar de la Era de Piedra, era íntegramente alma. Muy lejos de la bestia. Con rasgos de cazador megalítico de la era glaciar». El segundo de ocho hijos, Gottfried Benn crece en Sellon, en el Brandeburgo oriental. Infancia rural, pobre, severa, entre campesinos incultos e hijos de tagarotes/hidalgos campesinos. Frente a la altanería de estos últimos, el niño opone ya la «distancia del silencio».

Realiza estudios en Oder, en Francfurt, y luego en Marburgo. A pesar de la oposición de su padre, Benn, apasionado por las ciencias naturales, decide hacer medicina en Berlín. Benn dirá: "Cuando hecho una ojeada hacia el pasado, mi existencia me parece totalmente inconcebible sin esta orientación médica y biológica". En efecto, fue un episodio decisivo, Benn, que llega a Berlín en 1904, descubre la capital del Reich al final de la era bismarckiana. El mundo burgués, utilitario, orgulloso. Ciudad de contrastes sociales, donde también reinan la miseria, la injusticia social, la prostitución.

Una visión médica del mundo

Berlín va a marcar a Benn de manera imborrable. En torno a 1910, el joven médico conoce la soledad y la pobreza. Multiplica las autopsias y los exámenes médico-legales. Olor a formol y a gangrena. Experiencia con la cocaína. Es la época de su unión con Else Lasker-Schüler, que precede durante poco tiempo su matrimonio. Benn extrae de este universo lo esencial para su inspiración. En 1912, con veitiséis años, publica su primera recopilación de poesías: *Morgue y otros poemas*. Editado por cuenta del autor en la editorial Alfred Richard Meyer en Berlín, esta breve obra le supone una celebridad instantánea, y un poco escandalosa.

¡*Morgue* tiene un título bien puesto. Los versos que se descubren en ella son tanto los de la podredumbre como los de la literatura! Benn ha preferido escribir sobre los cadáveres descompuestos, sobre el hedor de la carne que se descompone, sobre los vientres abiertos y las bocas desdentadas. Los cuerpos que se pudren son como un reflejo de la sociedad. El universo proletario estalla de fatiga y de furor. "Ven, alza pues esta manta / Mira, esa masa de grasa y esas linfas podridas, / hace poco fue algo grande para un hombre / y esto se llamaba también borrachera y país natal". O bien: "un repartidor de cerveza ahogado fue izado sobre la mesa. / Alguien le había golpeado entre los dientes / Un áster malva claroscuro". O aún: "Dos sobre cada mesa. Hombres y mujeres / de vuelta encontrada.

Próximos, desnudos, sin embargo, sin sufrimiento. / El cráneo abierto. El pecho despejado. /Los cuerpos dan ahora a luz por última vez".

Para describir estos poemas insólitos y graves, se ha hablado de una "visión biológica del mundo". Hubiera sido mejor decir: una visión médica. "Benn ha explorado el yo y la creación poética al igual que un escalpelo fisga en la carne", ha escrito Jean-Michel Palmier. En sus composiciones Benn adopta un tono aparentemente desesperado, pero de hecho, se trata menos de desesperación que de disgusto. Un disgusto cuyo origen no está en la compasión ni, al contrario, en la misantropía, sino en la clara conciencia de una distancia –distancia entre el sujeto y el lugar que ocupa, distancia entre el pasado y el presente, distancia entre lo que las cosas han sido y aquelloha ha acontecido.

Se le ha comparado con Céline. A propósito de Gottfried Benn, Alaistair Hamilton escribe: "Al mismo tiempo médico extenuado, mal pagado y escritor de gran reputación, en la capital alemana se tenían de él más o menos las mismas opiniones que en París se tenían de Céline: un escepticismo absoluto, el rechazo de creer en las ventajas del progreso, político o técnico, en la posibilidad individual de resistir a la corriente de la historia, en la voluntad de someterse a este corriente y de medir su autenticidad de acuerdo con el horror". En *Morgue*, así como en el *Viaje al extremo de la noche*, se encuentra la misma obsesión por la podredumbre, la suciedad, la miseria. No obstante, la comparación se detiene ahí. En Benn hay una dimensión poética que falta en Céline, y en Céline hay una dimensión de acritud, de escarnio, que no se encuentra en Benn.

Después de *Morgue,* una segunda recopilación, *Söhne*, saldrá a partir de 1913. Al año siguente, después de un breve viaje a NuevaYork –uno de los pocos viajes que realiza durante su existencia-, Benn se encuentra cara a cara con la Guerra Mundial, durante la cual prestará servicios sobre todo (otra experiencia decisiva) como médico militar en Bruselas. Al volver la paz, va a Berlín done en 1917 abre una consulta para enfermedades de la piel y venéreas. Benn se convierte en el médico de las prostitutas berlinesas, internándose aún más en el universo de negrura y de muda desolación que evoca el *Grito* de Munch, tanto como las esculturas de Barlach o los dibujos de Käthe Kolwitz.

A partir de 1817, comenzan a aparecer también las obras que había escrito durante la guerra. Son poemas como *Carne* (1917) o *Fisura* (1925). Obras en prosa todas ellas que comenzarán a publicarse a partir de 1922. en uno de sus personajes, el doctor Werff Rönne, figura central de una de sus primeras recopilaciones de novelas cortas tituladas *cerebros*, Benn se ha sumergido por completo. *Médico de lupanar*, Rönne ha "practicado muchas autopsias". Diseca de forma sucesiva el mundo, la sociedad, la vida, el yo. Al igual que Benn, es un "Yo moderno" que ya no conoce nada de su propia expresión y que, al buscar una vía dentro del caos, piensa encontrarla en la gélida producción de una prosa poética que se basa en ella misma para salir de la nada.

En la atmósfera caótica que sacude a la Alemania de después de la Primera Guerra Mundial, Benn está frecuentemente vinculado al expresionismo, poderosa corriente que en aquel entonces conoce su apogeo y cuya decadencia comenzará en torno a 1922.

No es fácil definir el expresionismo. Movimiento que apenas si conoce un equivalente fuera de los países germánicos protestantes, el expresionismo es más una atmósfera que una escuela. Para comprenderlo hay que buscar sus raices e identificar a sus representantes: Munch y Van Gogh en el plano artístico. Nietzsche, Schopenhauer y Dostoyevsky, pero también Strindberg, como precedente de Theodor Däubler, Wekedind, richard Dehmel, Trakl, etc, tanto en arte como en literatura. El expresionismo se opone y también rompe con el impresionismo, el naturalismo y el clasicismo. Pretende exteriorizar, de una forma brutalmente interrogativa, las angustias y desgarramientos interiores. Es una *Seelensorge* (una "cura del alma") que emprende la vía de un *défoulement* casi apolcalíptico. "Desarrolla, escribe Palmier,

una mitología bastante característica hecha de utopía, de angustia, de revuelta y de desesperación. Las mismas obsesiones aparecen sin cesar, la ciudad gigante, la miseria, la guerra, el hombre descompuesto, la necesidad de romper con el viejo mundo, el de los padres, y de construir con los hijos, un mundo nuevo, irrupción del yo y de sus visiones dentro de la realidad.

La Alemania de fin de siglo había adorado una Trinidad que asociaba el poder, la riqueza y el bienestar. El expresionismo sustituye dicha Trinidad por otra: experiencia, expresión, acción. El paso es ante todo irracionalista. El expresionismo, de raíces nórdicas, es un grito de rebeldía y de protesta contra un universo burgués cuya riqueza material disimula cada vez más la profunda miseria espiritual. Es un grito de desamparo, de angustia, que expresa esta miseria y aspira al espíritu. Herman Bahr decía: "El hombre grita después de hacerlo su alma; todo ese tiempo se convierte en un solo grito de angustia. El arte también grita en la profunda oscuridad; pide auxilio, grita después del espíritu. Eso es el expresionismo". La misma inspiración trágica se encuentra en el último poema de Trakl: "La llama ardiente del espíritu nutre hoy en día un duro dolor./El de los que no han nacido aún".

Contra el pensamiento racionalista y progresista

Benn es incontestablemente un adversario del mundo que le rodea. Al poner en tela de juicio el cuerpo social de la misma manera en que ha hecho una autopsia del cuerpo humano y del yo interior, experimenta ante el espíritu de la República de Weimar, ante la civilización pequeño-burguesa del filisteo triunfante, un verdadero odio. Denuncia el saqueo del entorno, la merma del espíritu. Escribe poemas sobre la fealdad que se traduce en un *anticapitalismo esencialmente estético*. Lo que rechaza es, antes que nada, el empequeñecimiento, la mediocridad satisfecha que ha hecho de la ascensión de la burguesía el valor supremo […]

Benn no sólo se subleva contra el régimen de Weimar, sino que también ataca el pensamiento racionalista y progresista occidental desde sus orígenes. (También combate el darwinismo, apelando a Jakob Uexküll, a Nicolai y sobre todo a Oskar Hertwig). Al final de los años veinte, llegará a denunciar incluso la *cerebralización moderna,* el "córtex de los civilizados": "El debilitamiento cortical de los mundos, es el de los mundos burgueses capitalistas, oportunistas, profilácticos, antisépticos, quebrantados por las cataratas de nubes políticas que revientan y por las caídas del poder, pero proviene también del fondo de la crisis de substancia del ser occidental".

Su teoría del yo como "humor tardío de la naturaleza" se sitúa en la prolongación directa de su crítica. "¿Cómo crearse el yo" ¿Qué significa en el fondo?", se preguntaba el Dr. Rönne. El yo, según Benn, es el resultado moderno de la existencia humana. Da nacimienjto a *individuos-fenotipos,* definidos por entero por su existencia inmediata, olvidadizos con relación a su *genotipo* y que llegan incluso a no reconocerlo más.

En 1922, en un ensayo titulado *Das moderne ich*, Benn desarrolla su teoría de los *Dos Reinos*. Se volverá a oir el eco de ello en su autobiografía, significativamente titulada *Doppelleben*: Doble vida. Al afirmar que su generación fue lírica, Benn añade: "Sin duda el yo lírico siempre se vio bajo dos formas, la explosión y el recogimiento, la una brutal y el otro apacible; ambas tienen el mismo proceso que la embriaguez; se cae en el sin fondo, en lo exagüe, luego vienen los fuertes accesos con la prueba de la visión. Esta "doble vida" implica una división de la personalidad, consciente y sistemática, donde vida y espíritu hacen rancho aparte. Se trata de escindir en dos, con el fin de liberar una parte del yo y de volverla disponible para la creación liberándola de las contingencias de la realidad. Perspectiva en la cual ninguna síntesis es posible.

Otro gran reproche que Benn dirige contra la modernidad burguesa es, por otra parte, el de *idolatrar la realidad*, imposibilitando así el nacimiento de un *verdadero arte*. La realidad, para Benn, se identifica con el mundo sórdido que observa todos los días, dirigido por el materialismo y el hedonismo triunfantes. La realidad, a fin

de cuentas, es pura ilusión. Ella también, subraya Benn, es una *categoría capitalista* que está en la base del nihilismo planetario contemporáneo. Pero de hecho, capitalismo y socialismo conducen, mediante la apología de la "realidad" y de la razón, al mismo desgarramiento del hombre interior, a la misma atrofia de la expresión.

El término de *Ausdruckswelt*, de *mundo de la expresión*, regresa sin cesar a la pluma de Benn. Este mundo de la expresión, que "se sitúa entre el mundo histórico y la nada", es un mundo de formas anunciadoras. Comporta al mismo tiempo una acusación, una reivindicación esencial y la certez de un reconocimiento […]

"Esta teoría de la expresión, señala Jean-Michel Palmier, encuentra su sentido en la concepción que Benn se hace del yo moderno y de su época. Lo real es ahora lo que es real para el tendero, el comerciante y, de cara a este universo, estas personas experimentan una necesidad de definición tan violenta como el hambre. Una vez que la lógica ha sido abolida, las fronteras artificiales en las que uno querría mantner el yo prisionero, se derrumban. El descubrimiento de nuevos modos de expresión debe conducir a su liberación. Al ignorar en lo sucesivo todo límite y toda sujeción, se convierte en el espejo y en el analista salvaje de sus propias sensaciones, inclusive de lo efímero y de la muerte".

Sólo el arte puede aprehender al yo

Cuando evoca "el mundo de la expresión", Gottfried Benn parece aproximarse a lo que Jünger, en la misma época, escribe sobre la figura del *Trabajador* o incluso a lo que de forma provocadora afirman los futuristas agrupados en torno a Marinetti. "Hartos del furor por lo abstracto, escribe Benn, de la lógica epiléptica, del monoteísmo camuflado, de la valentía en cortocircuitos, de la estrechez del pequeño-burgués (…) de las seguridades (…) de la verdad; que venga lo formal, lo pasajero, que vengan las alas lisas y ligeras, que ven lo que flota en el azul, las superficies de aluminio, las superficies (…) en fien, el estilo, el mundo nuevo vuelto hacia el exterior …".

Es precisamente porque estima que la vida "no es en absoluto una realidad", sino "una repetición de absurdidades, una eterna reincidencia de granos elementales elevados hoy en día al rango de historia", por lo que Gottfried Benn afirma con altura (de miras) la vanidad de los compromisos y la inutilidad de la acción. A decir verdad, Benn no siente más que desprecio por los partidos y los movimientos, irrisorias familias de sustitución/sustitutivas de las que sólo necesitan los espíritus débiles y los nacidos-huérfanos: "Es imposible existir en un grupo, es imposible relacionarse con él en la vida o en la profesión". Ciertamente, "siempre ha habido movimientos sociales". ¿Pero qué es lo que han cambiado realmente? La creencia en las virtudes del *compromiso* no vale más que la creencia en la ciencia o en el progreso. Durante toda la eternidad, el hombre está destinado al sufrimiento y a la desgracia; no se librará de ella esperando redenciones ilusorias o cambios que jamás se producirán. La altura, por el contrario, lo condena a uno a la soledad. En 1922 Benn escribe a su amigo Gertrud Zense: "Si me he vuelto duro, es para no destruirme yo mismo, y al final me he convertido en algo muy extraño y solitario. Es posible que no me guste el sufrimiento humano porque no es el sufrimiento del arte, sino solamente el sufrimiento del corazón".

Hasta el final de su vida, y especialmente en un texto de 1955, reeditado meses antes de su muerte, Gottfried Benn repetirá que la poesía no está hecha más que para "mejorar la existencia". Por otra parte, el compromiso ya es dominio de la razón; como tal no puede ni expresar ni aprehender el yo. Pero el arte, para Benn, no tiene esa capacidad más que porque es fundamentalmente patológico: El portador del arte es estadísticamente asocial (…) El arte empuja hacia un terreno paradójico, y la lógica así como la biología fracasan ante él". Mejor dicho, es al recurrir a su propio sufrimiento, a su propia tendencia a la depresión, como el creador puede combatir verdaderamente el declive, el matar el veneno con el veneno y al volver contra la decadencia las flores venenosas que ella segrega, idea que también se encuentra en

Thomas Mann pero dentro de una perspectiva clásica que aquí falta por completo. Llevando su tesis hasta el extremo en *El problema del genio* (1930), Benn ve en la mayor parte de los grandes hombres a asociales y "tarados" y elabora una lista impresionante tendente a probar el carácter "patológico" de la mayoría de los genios.

Considerar fríamente la tierra

"Para la vida y el conocimiento, para la historia y el pensamiento, ¿existe aún en el mundo occidental un principio monista común?". Benn responde a esta pregunta depositando su confianza en el poder creador de estos solitarios que son (y deben ser) los "artistas", término bajo el cual también debe incluirse a los poetas. En efecto, el arte es la única arquitectura que protege contra la podredumbre. Sólo el arte puede poner en movimiento el "mundo de la expresión". Sólo el poeta es creador de mundo, y es por ello por lo que necesita rechazar aquél en el que vive. El papel del poeta no es el de cambiar el mundo, sino el de *fundar* lo que le excede. La poesía es un *puente*. Al unir lo real a lo infinito, reemplaza incluso la religión. "Simplemente exijo para el poeta, escribe Benn, la libertad de retirarse de una sociedad que está, la mitad de ella, constituida por pequeños rentistas desheredados y quejicosos que quieren que lo que tienen sea revalorizado, y la otra mitad, por navegantes entre dos aguas. El poeta debe seguir su propia vía".

Y sin embargo, el poeta debe ser un *intelectualista*. Este término puede sorprender. Gottfried Benn, del que no debemos olvidar que no es un romántico, entiende por ello que el poeta no debe caer en ninguna forma de sensiblería. "El intelectualismo, escribe, consiste en considerar fríamente la tierra; demasiadas veces se la ha considerado cálidamente en miles de idilios y candideces, sin resultado. El intelectualismo consiste en atacar maricalmente la substancia humana descompuesta, en drenarla y en rechazar a los salteadores de cadáveres". El intelectualismo, miembro de una generación que "esculpe lo absoluto" en formas abstractas y duras, es lo que antes que nada está preocupado por la nitidez del lenguaje.

Redactados en un estilo que alcanza entonces su plenitud, los pemas que Benn publica bajo el régimen de Weimar, poemas melancólicos y crepusculares, expresan en su grado más alto este lenguaje de la interioridad. "Quien vive solo viven en el misterio,/ se mantiene en la oleadad de imágenes/ en su concepción, su germinación,/ incluso las sombras llevan su fuego". Con todo, Benn se aleja poco a poco de un universo esencialmente mórbido. Sus poesía se apacigua. Cantos a las estaciones, cantos a la naturaleza, cantos antiguos […]

En 1932, el ensayo titulado *Nach dem Nihilismus* (El nihilismo y su superación), aparecido en principio en el semanario nacional-conservador *Der Borstoss*, marca un giro importante en la reflexión de Benn. Al definir el nihilismo como la "lógica de la decadencia", éste afirma que la única manera de salir de él es pronunciándose con resolución y nitidez por una "metafísica de la forma". En este punto, benn parece deshacerse de su "individualismo" y manifiesta su confianza en el genio creador de su pueblo. Del alemán que se adhería a esta "ley de la forma", escribe: "Esta adoptaría pues ante él, el carácter de un compromiso frente a su pueblo, el de un abrirse a la lucha, el de dirigir la lucha de su vida, el acceso a esas cosas cuya posesión ha sido dada sin lucha a partir de su juventud a pueblos más ancianos y más dichosos como consecuencia de sus desposiciones naturales, de sus fronteras, de sus cielos y de sus mares: sentido del espacio, proporción, magia de la realización, apego a un estilo".

En realidad no hay oposición entre la soledad del creador y el "compromiso" que Benn aconseja tomar "frente a su pueblo". Al descomprometerse de las querrellas y polémicas profanas, al marcar las distancias con relación al mundo en el que vive, el poeta se desvela a él solo, un porvenir que puede ser el de todos. En su texto sobre el arte y el Estado (*Kunst und Staat,* 1927), texto en que no condena ni a las monarquías ni a las democracias burguesas que nunca han hecho nada por el arte ("los Hohenzollern o la República, son perros con distintos collares"), Benn recomienda también la reconciliación de las *figuras del trabajador y del artista.* Pero al mismo tiempo afirma que

la obra de arte no debe hacer concesiones, que jamás debe caer en el sentimentalismo, que jamás debe buscar su justificación más que en la alta y exigente concepción que se hace su propio rol. Entonces, incluso si está construida sobre la decadencia y la podredumbre, esta obra podrá ser una obra de elevación. No "descenderá" a la calle, y sin embargo, se instalará en ella. Sólo hace falta que la palabra sea purificada para volver a encontrar su sentido, y que el poema exista en sí mismo. *Poesía absoluta* en el sentido en el que Wagner hablaba de *música absoluta.* Aquí Benn salda abiertamente su deuda con Nietzsche del que a menudo citará la definición del arte como "suprema actividad metafísica en el seno del nihilismo europeo".

Dioses enfermos y dolorosos

Por otra parte, la influencia de Nietzsche sobre Gottfried Benn ha sido muy fuerte. Con todo, en Benn no se reconoce ni la claridad del Gran Mediodía ni la apología de la "gran salud". Todo lo contrario, lo que Benn ha mantenido de Nietzsche, son más bien las tesis sobre el origen de la tragedia, la concepción de la historia, la "visión griega". Y también el cébre dicterio: "Dios ha muerto". Y sin embargo, en Benn, Dios no está muerto. Está más bien lejos, ausente, oscuro. "Despreciables son los enamorados, los burlones./Toda desesperación, toda nostalgia, todo lo que espera./Somos dioses enfermos, dolorosos./ Sin embargo pensamos a menudo en Dios". "En esos poemas, observa Pierre Garnier, no hay ninguna pasión, ningún amor, ninguna fuente cristiana, ninguna revuelta, sino simplemente una gran aceptación del destino, un paisaje claro hasta la muerte, el todo arrojado en pleno cielo; la belleza, la crueldad griegas". El propio Benn dirá: "Encuentro la oración y la humildad arrogantes y pretenciosas; plantean a priori que yo soy algo; pero de esto es precisamente de lo que yo dudo; soy simplemente el hilo conductor de algo".

El rechazo manifiesto de Gottfried Benn hacia toda forma de compromiso político y su preocupación por consagrarse a la "estética pura" han sido frecuentemente objeto de reproche. Bajo la República de Weimar, los mismos expresionistas, la mayor parte de las veces comprometidos con la izquierda, ya le acusaban de rechazar la política y la historia para limitarse a celebrar la lengua en sí misma y el arte absoluto. Entonces era corriente asimilar su actitud al "estetismo aristocrático" de un Stefan George al que, por otra parte Benn apreciaba mucho, pero cuyo universo espiritual se hallaba, no obstante, muy alejado del suyo. En 1929, la aparición en la *Neue Bücherchau* de un artículo elogioso a su cargo, provocó incluso la dimisión de dos miembros del comité de redacción, los comunistas Johannes R. Becher y Egon Erwin Kisch. Como consecuencia de ellos, Georg Lukács, resuelto adversario del expresionismo en nombre de un racionalismo y de un clasicismo reinterpretados a través del marxismo, verá en la evolución de Benn el típico resultado del "irracionalismo" moderno. Incluso en nuestros días, Gottfried Benn será constantemente acusado de "formalismo" y será descrito como un "acróbata" o un "fanático de la forma pura".

En lo concerniente a Benn, la crítica ha hablado a veces de "realización de la forma por la eliminación del sentido". Habría que haber dicho lo contrario: realización del sentido a través de la forma. Pero quizás es debido a esta preocupación por la forma, debido a esta afirmación cien veces repetida de que "la forma crea la creación" y que "la creación es aspiración hacia la forma", por la que Benn se revela como lo más extraño al espíritu alemán, del que está, por otra parte, tan próximo. La primacía dada a la forma con relación al fondo, o más exactamente, el sentimiento de que los dos son indisociables y de que la forma determina también el fondo, generalmente se considera como un rasgo más francés que alemán. Por otra parte, el propio Gottfried Benn ya lo había observado. En cualquier caso, los alemanes frecuentemente no han comprendido a Benn en este punto, al interpretar su llamamiento a la eclosión de una "metafísica de la forma" como "apolitismo" o como "estatismo", sin ver que la forma de Benn no es en absoluto un pretexto para desinteresarse por el fondo, sino que ella se toma como el mismo fondo (Grund), productor de todas las cosas.

La influencia de Julius Evola en Gottfried Benn

La política también ha jugado su papel. Se ha dicho que la mayoría de los expresionistas estaban claramente comprometidos con la izquierda. No obstante, al mismo tiempo muchos temas expresionistas se orientaban hacia la derecha. Y la trayectoria personal de los protagonistas del movimiento fue mucho menos monolítica de lo que hubiera podido creerse. Venido/originario del expresionismo, Hanns Johst se adherirá abiertamente al nacionalsocialismo, Hanns Heinz Ewers escribirá una biografía apolegética sobre Horst Wessel. Arnolt Bronnen evolucionará hacia una cierta forma de fascismo. Los casos de Emil Nolde e incluso de Ernst Barlach no están desprovistos de ambigüedad. En cuanto a Hohannes Robert Becher, que terminará redactando himnos a la gloria de Sttalin y que se convertirá en el biógrafo oficial de Walter Ulbricht, escribirá a la muerte de Gottfried Benn: "Yo hubiera podido convertirme en Benn, tenía todas las posibilidades", extraño homenaje que parece contener en forma de filigrana una especie de oscuro pesar …

El expresionismo en Benn es de un género un poco particular. En algunos aspectos, y sobre todo si se consideran los escritos de finales de los años veinte, benn parece encontrar de forma más justa su lugar en ese vanguardismo europeo, ilustrado por Wyndham Lewis, Ezra Pound o Marinetti, que como resultado de ello evolucionará hacia los márgenes avanzados del fascismo. Por otra parte, ya ha sido hecha la comparación entre Pound y Benn, nacidos el uno y el otro en 1886. Cuando a finales de marzo de 1934, acoge a Marinetti en Alemania, Benn no ocultará que ve en el futurismo italiano el equivalente del expresionismo alemán. En todos estos autores se encuentran temas comunes: un modernismo dirigido contra la concepción burguesa de la modernidad, la crítica del racionalismo individualista, el rechazo de la seguridad y del bienestar, la firmación del carácter autónomo de la estética, etc. En Benn, especialmente, la apología de las "alas lisas y ligeras", de las "superficies de aluminio", la definición del *Ausdruckswelt* como un "mundo de relaciones netas como la rueda dentada", todos estos propósitos tienen una resonancia innegablemente futurista. Pero en este caso, no se puede llevar demasiado lejos la comparación.

El carácter latino del futurismo, su lado dinámico triunfante, totalmente alejado del "grito de angustia" expresionista, están ausentes en la obra de Benn, según el cual el arte es, por el contrario, absolutamente estático. ("Su contenido es un equilibrio entre la tradición y la originalidad, una forma de mantener el equilibrio entre la masa y el punto de apoyo").

Una influencia latina, ésta menos conocida que también se ha ejercido sobre Gottfried Benn, es la de Julius Evola. A partir de 1930 y hsta al menos 1936, los dos hombres han mantenido relaciones continuas. En 1933, año en que aparece la primera traducción alemana de *Imperialismo pagano*, Benn, en un texto sobre el expresionismo, anuncia el advenimiento de una "raza nueva" que se orientaría "políticamente, en la dirección de esta síntesis gibelina sobre la que Evola dice que las águilas de Odín van al encuentro de las águilas y de la legión romana". Dos años más tarde, acoge con una alta estima la traducción de *Revuelta contra el mundo moderno*, de la que habla en el mismo año en un ensayo titulado *Sein und Werden*. En esta época, la única en la que se hace un poco teórico, Gottfried Benn parece, por otra parte, calcar su definición del "intelectualismo" con la disposición anímica –frialdad, realismo heroico, importancia del estilo- que Julius Evola denomina "impersonalidad activa".

Pueden descubrirse aún otras influencias. La definición dada por Benn del organismo como "gran constructor de conocimiento", proviene tanto de Goethe como de Nietzsche. La distinción que opera entre la vida y el espíritu –"lo que piensa no es lo que vive"- incluso si lo interpreta de manera diferente (y a veces opuesta), se debe en su práctica totalidad a Ludwig Klages y a Edgar Dacqué. Estas relaciones, en fin, con los autores de la *Revolución Conservadora*, no podrían ser subestimadas.

Vínculos de admiración mutua lo unen a Oswald Spengler, con el que comparte una misma pasión por las ciencias naturales. Benn también mantiene relaciones con Carl Schmitt y con neoconservadores como Edgar J. Jung o Hans Zehrer, el director de Tat. Sobre todo, se constatan sorprendentes afinidades entre lo que Benn escribe a propósito del "mundo de la expresión", de la primacía de la forma y de la perfección técnica, confundida con el absoluto artístico, llamada a sustituir al mundo burgués, y las ideas que Ernst Jünger desarrolla en 1932 en su ensayo sobre *El Trabajador*. Al igual que Benn, Jünger habría podido decir entonces: "nuestro orden es el espíritu, su ley se llama la expresión, la forma, el estilo. Todo el resto es decadencia".

A partir de este hecho se comprende mejor que Gottfried Benn, sobre todo a partir de principios de los años treinta, haya tomado poco a poco posición dentro de los grandes debates del momento. El, que hacía poco repudiaba toda forma de compromiso, en cierta medida optó por comprometerse. Pero lo hizo a su manera: como poeta. Así increpó a sus contemporáneos de forma elíptica: "El segundo día de Europa ha pasado, la fe fue un error, la experiencia giro al azar, es la velada/el velatorio de armas del tercer día". Sin caer jamás en la lógica del chivo expiatorio: "La raza blanca ha sido tan grande que si tuviera que perecer, ella sería la causa directa".

Los individuos deben callarse

Las siguientes líneas resumen bastante bien al mismo tiempo sus preocupaciones y su estilo: "La nueva juventud proviene de la potencia. ¡Que vaya hacia su destino! ¡Que la abundancia de la raza la arrebate en el tiempo, la lleve a sus moradas, entre sus campos, sus reuniones, sus tumbas, hasta que surja la Forma única que se añadirá a las otras formas alemanas imperecederas y que será esta Forma nueva cuyo alba no hace más que anunciarse entre nosotros y cuya lengua no hace más que balbucear en nuestras exigencias interiores! Solamente entonces se realizará esa frase de Nietzsche, que hasta hoy sigue resultando oscura: que el mundo no se justifica sino en tanto que fenómeno estético".

Pero el tiempo no es apenas nada para la estética. Y los equívocos van a producirse muy rápido, luego a solucionarse. El 29 de junio de 1932 Gottfried Benn es elegido miembro de la muy prestigiosa Academia Prusiana de las Artes. Un año más tarde, casi en cuestión de días, Hitler es llevado a la Cancillería. Ahora bien, a principios de abril, Benn pronuncia un discurso en la radio, que hace sensación, titulado *El nuevo Estado y los intelectuales* (el texto aparecerá el 5 de abril en el Berliner Börsenblatt, antes de salir a las librerías a lo largo del mes de julio). Al denunciar con fuerza "los dos grandes fantasmas de la era burguesa, la cualidad que ignora la historia y la libertad de pensamiento indiferente a los valores", declara aprobar la abolición de "la oposición marxista del obrero y del patrón" y expresa la esperanza en ver aparecer "una comunidad superior" donde reinaría la "figura del trabajador". En fin, afirma confiar por su parte en la historia, creadora de estilos inéditos y de seres colectivos nuevos. "La historia, subraya, no procede democráticamente sino elementalmente, siempre elementalmente en sus momentos cruciales". Es por ello por lo que "cuando la historia habla, los individuos deben callar".

Y Gottfried Benn concluye con una exhortación dirigida a la nueva generación: "Juventud, grande, y guiada interiormente, el pensamiento te da la razón (…) La intelligentsia que te lanza una mirada despreciativa estaba acabada; ¿qué podía ella legarte, ella que no vivía más que de sobras y de sus propios vómitos? Substancias exhaustas, formas diferenciadas hasta el estallido, y encima de eso la detestable colgadura del capitalismo burgués".

Ese discurso no hacía ninguna alusión precisa al nacionalsocialismo, sino que contenía una muy clara aprobación implícita del nuevo régimen, y fue así como se recibió. En el campo de la emigración, *El nuevo Estado y los intelectuales* fue un escándalo. El 9 de mayo de 1933, Klaus Mann, refugiado en el Lavandou, dirige a Benn (respecto al cual ha estado bastante próximo en el pasado) una carta interrogativa y emotiva. Le apremia para que se explique y le reprocha no haber abandonado Alemania.

Benn le responde públicamente, en la radio. Recuerda que no tiene ningún vínculo con los jefes nazis y que no es miembro del partido hitleriano, pero mantiene su posición que explica/justifica por su sola "pureza de sentimiento y de pensamiento": emigrar equivale a abandonar al pueblo alemán, a desolidarizarse con él. "Yo continuaría, afirma, respetando lo que siempre he encontrado de ejemplar y formador en la literatura alemana, pero personalmente me declaro a favor del nuevo Estado, ya que es mi pueblo que se abre camino a través de él … Puedo intentar, en la medida en que mis fuerzas me lo permitan, dirigirlo del lado por el que me gustaría que fuera, pero incluso si esto no tiene éxito, no por ello deja de ser mi pueblo. ¡Es mucho más que una nación! Mi existencia espiritual, mi lengua, mi vida, mis relaciones humanas, toda la suma de mi cerebro, se los debo en primer lugar a este pueblo. Es de él de donde han nacido nuestros ancestros, es a él al que vuelven los niños …".

La verdadera naturaleza del nacionalsocialismo

En su autobiografía, Benn retomará el texto de su respuesta a Klaus Mann, con este comentario: "Este muchacho de veintisiete años había juzgado la situación mejor que yo". Añadirá para explicar su posición: "Yo creía en una renovación auténtica del pueblo alemán, que habría podido permitir salir del racionalismo y del funcionalismo (…), que habría servido a Europa, que habría guiado su desarrollo, abandonado a sí mismas las religiones y a las razas, sacando partido de lo mejor que hay en ellas (…) Mi respuesta, en el fondo, es menos un alegato a favor del nacionalsocialismo que una cosa totalmente diferente –y ahí está encerrado el problema-, a saber, el derecho de un pueblo a darse una nueva forma de vida, incluso si esta forma no les gusta a los otros".

En el curso de los dos siguientes años, Gottfried Benn publica una serie de textos cortos en los que desarrolla sus ideas teóricas: *Expresionismo* (1933), *Arte y potencia* (1934), *El mundo dorio* (1934), *La autonomía del arte* (1935). Da una definición sobrecogedora de la historia de Europa: "ha sido hecho por unos pueblos que se contentaron con desarrollar la naturaleza y por otros que crearon un estilo". Celebra las virtudes y el orden espartanos, el culto del cuerpo, el vínculo entre lo estatutario y la vida social y política: "la noción helénica de destino es doria; la vida es trágica y, sin embargo, está apaciguada por la medida". Afirma que el arte, si bien permanece siempre autónomo, su fuente está en el poder político.

Benn creía que el nuevo régimen daría al expresionismo el lugar que, en el mismo momento, en la Italia de Mussolini le era reconocido al futurismo. Esto era ignorar la verdadera naturaleza de la ideología nacionalsocialista, completamente orientada según el registro raciobiológico. Esto era ignorar su incompatibilidad con toda forma de vanguardismo, su carácter "arcaico tecnificado". A partir de 1933, el expresionismo fue combatido con rigor en los círculos oficiales que lo presentaron como una típica forma de "arte degenerado" y de "bolchevismo cultural". Benn proclama en vano y, por otra parte, de forma bastante torpe, el carácter profundamente "alemán" y la "herencia exclusivamente europea". Al igual que Arnold Bronnen, no hizo más que significarse/señalarse/delatarse (frente) a la malignidad de sus censores.

A partir de febrero de 1933, Benn fue sustituido por Hans Friedrich Blun, a la cabeza de la sección de poesía de la Academia Prusiana de las Artes. El año siguiente, la purga de las SA con ocasión de la "noche los cuchillos largos" le escandaliza y le abre los ojos. En el mes de agosto de 1934, escribe a un corresponsal: "No puedo seguir con ellos (…) Esto había comenzado como una cosa tan grande y se ha vuelto algo tan odioso". ¿Qué hacer entonces? Benn, que no se decide a partir, decide enrolarse en el ejército, escogiendo así lo que él más tarde llamaría la "forma aristocrática de la emigración".

Benn abandona Berlín el 1 de abril de 1935. Helo en la guarnición de Hannover, convertido en médico militar a la edad de cuarenta y nueve años. ¡Pero esto no lo pone al abrigo de las críticas! Su pasado expresionista la valdrá bien pronto, al igual que a Nolde, que a Barlach, que a Bronnen,

el ser arrastrado hacia el fango por los defensores del academicismo oficial. En mayo de 1936, el Schwarze Korps, órgano de las SS, lo tilda de "bolchevista cultural", de "judío homosexual" y de "puerco degenerado". Al mismo tiempo, el Völkische Beobachter lo denuncia como "burgués fascistoide". El mismo año, una recopilación de poemas (*Ausgewählten Gedichte*) editada por la Deutsche Verlagsanstalt es pueste en el índice. El 18 de marzo de 1938, finalmente, es excluído oficialmente de la Cámara de Literatura y se prohíbe totalmente la publicación de su obra.

Trasladado a Berlín en 1937 (se casará al año siguiente con Herta von Wedemeyer), Benn se quedará en la capital del Reich hasta 1943, fecha en la que se instala en Lansberg/Warthe. En lo sucesivo, nada de lo que escriba podrá aparecer publicado. No obstante sigue escribiendo para él solo. En 1943, denuncia con violencia el darwinismo social: "toda definición que pone al animal en un primer plano frente a la noción de hombre, no tiene en cuenta el elemento característico y esencial de su existencia". También la emprende con los jefes nazis: "Nadie no se siente sostenido por alguna tradición, por algún linaje de naturaleza familiar o intelectual, por alguna nobleza de actitud hereditaria, por un patrimonio -¡pero a todo esto lo llaman raza!". El mismo año, manda imprimir por cuenta propia un folleto de veintidos poemas donde tilda a Hitler de "clown". En 1944 redacta la novela del *fenotipo.*

El final de la guerra lo sorprende nuevamente en Berlín. El 2 de julio de 1945, su mujer, capturada durante el avance ruso sobre Neuhaus en el norte de Elba, se da muerte después de haber asistido a las masacres de civiles por parte del Ejército rojo. Benn reanuda su actividad de méjdico dentro de una soledad total. ¡Es más pobre que nunca, los nazis lo execran mientras los democrátas y las autoridades de ocupación aliadas, a su vez, le han prohibido publicar!

En 1948, la aparición en Suiza de sus *Poemas Estáticos*, compuiestos a partir de 1937, le permitirán, con todo, ser rehabilitado. En otoño, el editor Max Niedermeyer obtiene la autorización para publicarlo nuevamente en Alemania. En el Merkur de Múnich escribe: "Cuando uno ha sido tildado públicamente, como lo he sido yo durante estos últimos quince años, de cerdo por los nazis, de imbécil por los comunistas, de prostituta espiritual por los democrátas, de renegado por los emigrados, de nihilista patológico por los creyentes, apenas si se siente uno inclinado a entrar una vez más en la vida pública".

El vacío del alemán de hoy en día

Dos años más tarde, en 1950, Benn hace aparecer su autobiografía (*Doppelleben, Zwei Selbstdarsellungen*). La primera parte, titulada "Curriculum de un intelectualista", fue redactada en 1934. En este libro, Benn se esfuerza por hacer un balance de lo que fue su vida. Esto no se hace sin una cierta desesperación: "Cuando uno reflexiona sobre esta guerra y sobre la paz que la ha precedido, escribe, no hay que olvidar una cosa: el increíble vacío del alemán de hoy en día, al que nada ha dejado aquello que llena el alma de los pueblos". En el fondo de esta desesperación no subsisten más que dos certezas. La superioridad del arte, conforme a lo que dijo Hölderlin: "Aquello que permanece, los poetas lo fundan". Y la fidelidad al pueblo.

La influencia de Benn inmediatamente después de la guerra, especialmente sobre el *Grupo del 47*, está, no obstante, lejos de ser considerada como despreciable. Se prolongará y se ampliará en los años cincuenta y sesenta. Numerosos son pues, quienes verán en él al más grande poeta alemán de este siglo junto con Stefan George. El 21 de octubre de 1951, Benn recibe el Premio George Bücher. El discurso de honor es pronunciado por Rudolf Pechel, antiguo director de la Deutsche Rundschau, que bajo el régimen de Weimar fue uno de los teóricos de la corriente neoconservadora antes de ser recluido bajo el III Reich en un campo de concentración. Murió en verna, el 7 de julio de 1956, el mismo día en que el Land de Renania-Westfalia se aprestaba a concederle su Gran Premio de Literatura. Unos meses antes, había sido propuesto para el Premio Nobel.

Traducción de Ángela Castro de la Puente.

Sobre «Consideraciones de un apolítico» de Thomas Mann

Nicolás González Varela

Las famosas y ya legendarias *Betrachtungen eines Unpolitischen* del intérprete-ideólogo Thomas Mann están de nuevo al alcance del lector español. Gracias a una oportuna y meritoria re-edición crítica, revisada y ampliada, de la exquisita editorial madrileña Capitán Swing. Además se incluye en la nueva edición un estudio preliminar de Fernando Bayón y un epílogo ineludible del filósofo marxista Gyorgï Lukács. Debemos advertir que no se trata de un libro más de ensayos académicos ni de ejercicios de memoria de un *bon vivant*. En absoluto. "He calificado a este trabajo de 'bosquejo para el día y la hora'", confiesa con humildad el propio Mann.

¿Efusión patriótica, memorandum de la Germanidad, variaciones teutónicas sobre un tema, especie de diario filosófico, genial inventario de un inteligente conservador reaccionario? Es todo ello y mucho más: las *Betrachtungen…* son un manifiesto todavía vivo, aún polémico e irritante de un *Gedanken im Kriege*, un pensamiento airado, sitiado y en guerra, notas apresuradas y enérgicas de un alemán defendiendo con pasión la beligerancia justa del II *Reich* guillermino contra los aliados durante la Primera Guerra Mundial. Plagado de un orgulloso *soldatischer Geist,* espíritu soldadesco, tal como él mismo solía definir su novela *Una muerte en Venecia*, las *Betrachtungen…* fueron escritas bajo urgencia febril y extrema, tanta que Mann prefirió suspender la escritura de su famosa *Der Zauberberg, La Montaña Mágica*, "relegué mis planes más queridos…", para dedicarse por entero a esta obra ensayística única a partir de noviembre de 1915. Los primeros capítulos, el inicial: "Der Protest" (La Protesta) y el segundo: "Das unliterarische Land" (Una tierra no-literaria) los tenía listos a fin de ese año, y el paradigmático capítulo III, "Der Zivilisationsliterat", que es un libro en sí mismo, lo concluyó a inicios de 1916.

El resto fue sumándose a medida que Mann sufría y racionalizaba el sino en la guerra, ya no europea sino mundial, de Alemania y Austria, que concluiría con revueltas populares y la instalación de repúblicas y soviets sobre los restos putrefactos del *Ancien Regime*. La ocasión es la intervención político-filosófica y el combate mortal contra la figura de la mediación burguesa, el patético *Zivilisationsliterat*, el Literato de la Civilización, el nuevo hombre gótico, que es encarnado en la polémica tanto por Émile Zola como por Romain Rolland, que representan no solo a la misma *Entente* enfrentada a los Imperios Centrales, sino a la misma decadencia europea y los valores democráticos populares de la Ilustración, que colonizaron todo Occidente.

El pleonasmo *Zivilisationsliterat* indica su marca de descendencia de los odiados *philosophes* de la Ilustración radical, su tierra por nacimiento o elección es la subversiva Francia y su palabras de orden son Humanidad-Libertad-Razón. Rolland precisamente había escrito un libro anti-bélico en 1915 titulado *Au-dessus de la mêlée*, muy estudiado por Mann y debatido incluso por Gramsci. Rolland como figura de la *decádence*, al fin, que se opone, sin posibilidad de cancelación ni síntesis, a la mística esencia alemana, milenariamente metafísica-conservadora, heroica e impolítica, bajo la figura del Esteta: "Lo que indigna es la aparición del *satisfait* intelectual, quien ha sistematizado para sí el Mundo bajo el signo de la idea democrática, y que ahora vive como ergotista, como poseedor de la Razón.".

Estos dualismos inconciliables ya se encontraban esbozados, aunque en otro tono, en su ensayo *Gedanken…* de 1914, pero ahora son sistematizados, extendidos, inflacionados y urbanizados sobre la topología bélica que azota Europa. Similares oposiciones extremas, "opciones excluyentes", *dite nietzschéannes*, dominarán los nueve capítulos restantes: entre discursividad y música (IV, "Einkehr"),

entre política y mentalidad burguesa (V, "Bürgerlichkeit"), entre moralidad popular y virtud (VI, "Von der Tugend"), entre humanidad y vida (VII, "Einiges über Menschlichkeit"), entre fe y libertad (VIII, "Vom Glauben"), entre estética y política (IX, "Ästhetizistische Politik"), entre tolerancia intelectual y radicalismo (X, "Ironie und Radikalismus").

Es un eco tardío y una reactivación de las rígidas dicotomías que atraviesan toda la *Kulturkritik* de Nietzsche, en realidad del joven Nietzsche como subraya una y otra vez Mann ("…y que se me perdone que por todas partes veo a Nietzsche…"), entre Instinto de ascenso y la masa-rebaño, entre Naturaleza e Intelecto, entre *Kultur* y *Zivilisation*, es decir: entre su héroe Aschenbach (de la novela *Der Tod in Venedig*) y el Literato burgués *à la Rousseau* que quedará inmortalmente plasmado en su progresista y masón Settembrini de *La Montaña Mágica*. El *Zivilisationsliterat* es una confusión en sí mismo: "confundir Moral y Humanitarismo es un error digno del Literato de la Civilización. Creer que cuando no hay guerra, hay paz, es una puerilidad que no sólo es peculiar del pacifismo…", incluso Mann juega literariamente a describir su patética fisonomía: "es algún joven literato y colaborador periodístico de lentes de Carey y picado de Viruela." Como político, el hombre gótico, el *homo Rousseau* burgués, es insalvable: "No importa que diga 'fe' o 'libertad', el político es abominable." La política de este hombre gótico es antialemana porque es un producto latino, celto-románico, finalmente francés y germanófobo, retóricamente revolucionario y su intento de trasplante a Alemania forma parte de los intentos por "democratizarla" que vienen del Occidente capitalista. El *topos* antilatino hace que Mann entienda la guerra contra Alemania como el intento de una nueva Roma expansionsita por volver a conquistar el Este del Rin. La eventual victoria de Alemania será no sólo la derrota de la alianza coyuntural en torno a Francia, sino de todas las ideas del siglo dieciocho, de las ideas de la Modernidad en cuanto tales.

Y esta intelectualidad-clase erudita tiene su estandarte peculiar: el Espíritu bajo la máscara del Humanitarismo político, que no es otra cosa que "el espíritu de época, el espíritu de lo nuevo, el espíritu de la democracia, para el cual trabaja la mayoría". ¿Y cual es el mundo del Espíritu?: "Es el de la Política, el de la Democracia". *Esprit* es sinónimo para Mann de revolución, de acto jacobino. El intelectual moderno alemán (o ideológicamente afín a la Germanidad) no tiene muchas alternativas frente al dominio del nuevo *pathos* burgués: "El Intelectual tiene la opción (en la medida en que la tiene) entre ser irónico o ser radical; decentemente hablando, no hay una tercera posibilidad."

El tratado de Mann tiene un *plus* adicional para el lector atento, una filosa lectura paralela tan valiosa como el objeto principal de su polémica, se trata de su apropiación e interpretación de Nietzsche. A contracorriente con el culto a Nietzsche de su propia época, el *Nietzscheanismus*, Mann se posiciona contra las lecturas digeribles y demasiado fáciles de Nietzsche: "Yo debía despreciar el Nietzscheanismo renacentista-esteticista de mi alrededor, que me parecía una secuela puerilmente equívoca de Nietzsche."

Y el Nietzscheanismo tiene dos errores de peso en su hermeneútica: 1) sus interpretes-guías lo leen mal y de manera esquemática; 2) se ha construido un *corpus* sobre textos del peor período intelectual y emocional de Nietzsche. Mann encuentra que la mayoría de lectores e interpretes lo han desfigurado, no detectaban (no podían) el elemento de ironía romántica que había en su *ethos*, el ético Nietzsche había sido asimilado sin más al Olimpo burgués. Pero no sólo rechaza el catecismo ("A Nietzsche… lo cultivaban mecánicamente"), sino incluso el etapismo oficial y el canon textual santificado por los nietzscheanos: para Mann el mejor y auténtico Nietzsche (antirrevolucionario pero conservador-revolucionario, antiradical, pletórico de germanidad) se reduce al joven y al de su etapa media (1869-1879), y no tiene problemas en calificar al Nietzsche consagrado por el *Nietzscheanismus* y la academia, como un espantapájaros inmoralista y esteticista, un provocador decadente. Precisamente el *Zivilisationsliterat* se ha "apoderado mucho más, espiritual

aunque no objetivamente, del Nietzsche tardío, convertido en grotesco y fanático, que del más joven…”. Todo lo contrario, subraya Mann: “el Nietzsche que realmente valía… era el que seguía estando próximo, o siempre lo había estado, a Wagner y Schopenhauer.” El *pathos* de las consideraciones apolíticas no son exclusivamente nietzscheanas: Mann abreva generosamente en Goethe, Dostoievsky y Flaubert, en Schopenhauer, en el *Kanzler* Bismarck, en el tenebroso Paul Lagarde, en el innombrable Houston Stewart Chamberlain, por supuesto en Richard Wagner, en Hyppolite Taine, en Stefan George, en incluso Maurice Barrès y Georges Sorel... El recorrido intelectual al que nos somete no puede dejar de ser fascinante y provocador.

Mann es en esto anticipador y clarividente: la cuestión de los intelectuales desemboca naturalmente en la cuestión del poder y el estado. No por nada las *Betrachtungen…* son, junto con los libros de Julien Benda, Hugo Ball, Karl Mannheim y Paul Nizan, las cotas más altas de la discusión sobre la cuestión del intelectual y la política en la primera mitad del siglo XX. Sabemos que Mann evolucionó paradójicamente hacia convertirse después de 1945 en un modelo y paradigma del *Zivilisationsliterat*. También que Mann fue testigo privilegiado de cómo finalmente el problema del intelectual orgánico de la auténtica esencia alemana tuvo una solución práctica, tormentosa y dramática, y que con seguridad agradeció al destino la posibilidad de no transformar la Reacción en Progreso… Pero las reflexiones mannianas, más allá de estar situadas en un pesimismo coyuntural, tienen el enorme mérito de ser el primer diagnóstico pesimista sobre la función de los intelectuales, de sus relaciones con la alta y baja política, de su rol esencial en el estado ampliado burgués. Y por eso mantienen toda su actualidad de seguir siendo la talentosa acta de fundación del Modernismo reaccionario: “No creo en la fórmula del hormiguero humano, en la colmena humana, no creo en la *république démocratique, sociale et universelle*, no creo que la Humanidad esté destinada a la ‘dicha’ y ni siquiera que desee la felicidad.”

Friedrich Reck, el solitario elitista

Christine Zeile

*F*riedrich Reck se hacía llamar Reck-Malleczewen, nombre por el que también es conocido el autor. La hacienda Malleczewen de Prusia Oriental, donde nació el 11 de agosto de 1884, se encontraba en Masuria, no lejos de la entonces frontera germano-polaca, a cientro treinta kilómetros de Königsberg.

El diario de Reck (*Diario de un desesperado)*, publicado a título póstumo en 1947, no tuvo una auténtica resonancia en la República Federal Alemana hasta que el país hubo superado la primera fase del período de posguerra. No obstante su abierta y expresa orientación monárquica, recogió elogios por parte de la izquierda, como por ejemplo de Klaus Harpprecht, que se refirió a él como “una prueba de madurez para el lector alemán”; de Peter Härtling, que contribuyó a dar una nueva difusión del libro recuperándolo del olvido en un artículo que apareció en 1964 en el diario *Die Welt* de Hamburgo; o de Bernt Engelmann, quien en 1981 atribuyó a Reck una “posición antinazi fundamental y consecuente”. En sentido opuesto, el diario provocó también la reacción de Joachim Fest, que en 1967 denunciaba en *Der Spiegel*, en un artículo titulado “Contra una resistencia”, “la fidelidad de Reck al mundo social de ayer”, y valoraba el diario como “resultado de los sueños de evasión retrógada de un intelectual alienado en el mundo moderno”. Llegó incluso a prevenir “contra la tentación de extender al autor del diario el obvio respeto debido a la víctima Reck”.

Desde el punto de vista literario se opinaba unánimemente que el diario de Reck debía clasificarse entre los documentos de la resistencia intelectual y de la “emigración interior”. Los politólogos, por

el contrario, han preferido contar al autor entre los defensores de la *Revolución Conservadora*, cuyos pareceres políticos estuvieron unidos durante largo tiempo a los del grupo de los futuros nacionalsocialistas. […]

Se podría caracterizar la concepción del mundo de Reck como una "biología del negro de piel blanca". Una postura que, no obstante, nada tenía que ver con algún tipo de racismo, pues no era una supuesta ciencia política natural lo que le interesaba. Para él, solitario elitista, el "negro blanco" tenía mucho más que ver con la despreciable manera del hombre moderno de estar en el mundo, encarnada ante todo por el así llamado "hombre masa" que, en sí mismo, es "ya sólo un género de fábrica producido en serie". Según Ortega y Gasset, cuya obra *La rebelión de las masas* (que apareció en 1930) fue para Reck de una importancia capital, "masa es todo aquel que no se valora a sí mismo –en bien o en mal- por razones especiales, sino que se siente como todo el mundo y, sin embargo, no se angustia, se siente a sabor al sentirse idéntico a los demás". El hombre masa es autocomplaciente, mientras que el de la élite es exigente consigo mismo y se pone al servicio de normas más altas.

Estos elevados mandamientos son para Reck los fundamentos de la cultura, de tal manera que sin ellos es imposible que esta pueda ver la luz: "Lo que domina es, literalmente, la barbarie. Barbarie es, no nos confundamos, aquello que amenaza con instaurarse en Europa, gracias al vigente espíritu levantisco de las masas. El viajero que llega a un país bárbaro sabe que allí no hay deberes ni compromisos en los que ampararse. La barbarie es la ausencia de normas y de instancias a las que apelar".

El hogar del negro blanco, según Reck, es ante todo Inglaterra y Norteamérica, el mundo anglosajón. El mezquino estilo de vida de esta especie social por él reconocida "podría mañana extenderse por Alemania como la peste, si se mantuviera a ese ritmo nuestra occidentalización y terminara por desaparecer lo que queda de la caótica alma alemana en la manía de atravesar a nado el canal, con su *weekend happiness* y su régimen de las faldas. A fin de cuentas, bien podría ocurrir que los parámetros del sentimiento vital anglosajón, a saber, la elevación de los estándares de vida, el reparto horizontal de los bienes culturaless, la aparente superación de las diferencias sociales mediante la propagación de "esmóquines para todos", no fuera más que el cebo para la chusma urbana europea".

Como todos los conservadores culturales de su tiempo, Reck no estaba pensando sólo en la decadencia de la dignidad humana y en la desaparición de los viejos órdenes sociales. Lo que le preocupaba ante todo era la idea de Estado, cuya soberanía y grandeza eran para él más importantes que todo lo demás. Si el lema de Mussolini era "Todo para el Estado, nada fuera del Estado y nada contra el Estado", la cuestión para Reck era otra desde hacía ya tiempo, diferente del optimismo superficial de los fascistas: se preguntaba si el Estado, tal como él lo entendía, seguía existiendo en absoluto: "¿Pero qué son los Estados? ¡Desde lugo no lobbies industriales ni oficinas de entretenimiento para negros blancos! La historia no puede acabar bien. Ni la de los individuos, ni la de las familias, ni la de los propios Estados. Porque el elemento trágico no puede ser abolido de la condición terrenal de la humanidad, y una vida sin dolor es una vida sin calado y sin heroicidad".

En este sentido, lleno de desdén, aplicaba el calificativo de "Alemania S.A." a la democracia de Weimar y al Estado tributario y social moderno de "empresa", cuya banal política de reparto, cuantificable en marcos y peniques, le parecía sólo la prueba manifiesta de la liquidación de la autoridad histórica y la grandeza estatal. En un sentido totalmente distinto al que se utiliza en la actualidad para la noción de *poshistoria*, la decadencia y la ruina significaban para Reck, como para todos aquellos profetas del ocaso seguidores de Oswald Spengler (al que Reck frecuentó durante muchos años), el fin de la historia, o al menos de la historia occidental. Para ellos, la historia de la humanidad no era la suma de los destinos individuales, sino "la historia de los poderes políticos", que sólo pueden desenvolverse legítima y unitariamente en el

Estado –tal como proclamara Spengler en 1933 en su obra tardía *Años decisivos: Alemania y la evolución histórica universal-*.

Pero el Estado que anhelaban, para ellos el verdadero actor en las luchas heroicas y en los dramas de la historia, no se identificaba en modo alguno con el Estado nacional del siglo XIX, sino más bien con las monarquías que desaparecieron en el siglo anterior. Llegados a este punto, es evidente que las tradiciones que inspiraron a los nacionalsocialistas, por un lado, y a los críticos culturales como Reck y Spengler, por el otro, están separadas por un infranqueable foso histórico. Un nacionalismo, otro más, que se organiza como movimiento de masas para, a partir de ellas, desarrollar un potencial aplastante de agresividad no tenía cabida en su concepción del mundo. La nación era la masa, informe y sin estructura interna, sin guía y sin meta; el Estado, en cambio, era la "preciosa articulación interna", la forma imprescindible para que la historia pudiera transcurrir sobre bases dignas y honorables.

El pecado original, la primera causa de la caída del Estado, se manifestaba a su modo de ver en el hecho, palpable a todas luces, de que, en la democracia, al sistema económico (el ya de por sí aborrecido capitalismo) se le concedía el primado sobre el sistema político. De esta manera se le abrían al "negro blanco" todas las puertas, se echaban a perder los asuntos de Estado en salas de recreo para el diletantismo político, y el antaño augusto sujeto de la historia era entregado a "grupos de políticos con negocios de dudosa moral: periodistas, abogados, corredores de bolsa, literatos, funcionarios de partido" (Spengler).

Estados Unidos representaba en este sentido el ejemplo de lo peor. El conde Hermann Keyserling había publicado en 1930 su estudio *Amerika: Der Aufgang einer neuen Welt* (América, el despertar de un mundo nuevo), en el que criticaba el "culto al dólar" y el riesgo de que "América se pudiera convertir en algo parecido a un colosal homiguero": al igual que Reck, era un representante más del antiamericanismo que ya por entonces estaba bastante extendido en Alemania. Pero, a diferencia de Keyserling, que entre los síntomas de la decadencia aún ponía de relieve ciertas excelencias del modo de vida norteamericano (y que acababa llegando a la conclusión de que también podía sostenerse la hipótesis contraria, y que "Estados Unidos podría representar un día uno de los más grandes ejemplos históricos de orden social y económico"), para Reck, Norteamérica simbolizaba exclusivamente la nivelación social enemiga de todo individualismo y la opresión simétrica de todos al compás del "reloj mecánicotecnológico".

Por un corto período de tiempo creyó ver en el nacionalsocialismo precisamente la fuerza imponente que podría conjugar la barbarización (así como Heidegger había fundamentado en un primer momento su pesimismo cultural como un dictamen definitivo, para después –por un breve período de tiempo, confiar en el Tercer Reich como en el gran giro de la historia). Sin embargo, esa esperanza se quebró pronto. En 1934 llamaba apremiantemente a la acción en su memoria *Acht Kapitel für die Deutschen* (Ocho capítulos para los alemanes), porque Europa ya no tenía motivos para la arrogancia: "¡Diez años más de americanización, diez años más de negrificación, otros diez años de regimiento mujeril, y hubiéramos acabado en la misma situación [que Estados Unidos]". En 1936, cuando comenzó con el diario, esa primera esperanza se había transformado hacía tiempo, más allá de la decepción, en un odio radical. En realidad, casi ningún otro conservador de los que apostaron por el Tercer Reich desarrolló después un odio de semejante calibre contra los nuevos detentadodes del poder.

La expresión "regimiento mujeril", que Reck solía utilizar como aclaración de la "tiranía de negros", evidentemente no respondía a una observación empírica. Con ella, hacía suyo el viejo resentimiento antidemocrático que desde el siglo XIX estaba firmemente anclado entre los que se oponían a los designios republicanos, un resentimiento que encontraría todavía un reflejo en la obra de Thomas Mann *Consideraciones de un apolítico*: "Apenas se comprende a la democracia si no se

comprende como una forma de gobierno femenina. El "patriarcado" (*Mitscherlich*) imperial de los káiseres fue disuelto mediante un orden social democrático-permisivo, el cual se asociaba –como lo prueba la literatura del momento: Wedekind, Hesse y otros- con una pérdida de soberanía por parte del hombre, y liberaba miedos y anheos colectivos en pos de la "gran madre". El Führer, con su sistema represivo de gobierno, terminaba con esta "americanización" mediatne una "ceremonia mundial de la muerte".

La equiparación de lo femenino con "lo, por tanto, antialemán", se había establecido ya en fechas tempranas. Esta asociación se convirtió, de la mano de gente como el filósofo y luego miembro del partido nazi Alfred Baeumler, en el estereotipo dominante a principios de los años treinta. Con él no se aludía sólo a la vieja contraposición entre la heroica decisión masculina y la cobarde histeria femenina, sino también a la dicotomía tradicional entre la personalidad romántica alemana y el individuo pragmático democrático, entre la profunda concepción germánica de la cultura y la llana civilización francesa, entre la sociedad occidental y la romántica comunidad alemana.

Por eso no fue una sorpresa que Reck y tantos otros que compartían esta forma de pensar saludaran el final de la República de Weimar y el posterior "abandono de la era liberal y del capitalismo". Sin embargo, de la misma manera en que se propagaron en estos círculos los parabiens iniciales del nacionalsocialismo, se extendió muy poco después un desengaño sumamente amargo. También Spengler, que al principio había entrevisto en el nacionalsocialismo "un fenómeno poderoso", perdió muy pronto cualquier ilusión y criticó públicamente el brutal antisemitismo de Hitler y su partido. Entre los personajes más notables, ni Jünger, ni Schmitt, ni Heidegger se levantaron después en abierta oposición contra el dominio nacionalsocialista, si bien ninguno de ellos se contaba a partir de un determinado momento entre los seguidores incondicionales del partido.

Reck, por lo tanto, no fue una excepción. Donde, en todo caso, sí estuvo solo, sin embargo, fue en la ruptura rabiosa con los depositarios de promesas, pronto defraudadas, de la dictadura. Nada más comenzar ésta, se sintió preso, junto con todos los alemanes, de una "horda de malvados simios". En vez del esperado abandono del degradante proceso de masificación, lo que se produjo fue el advenimiento de un ejemplar especialmente ridículo, para el que la mejor manera de hallar la propia valía era rebajarse a la condición de abjecto lacayo. "Los alemanes, tal como son, necesitan un líder. Naturalmente, tiene que ser distinto a este capitán de contrabandistas que el destino nos ha deparado en nuestra hora más crítica". Los nazis siguieron apostando, y de manera más humillante que la república, por la nivelación económica y política, para cuya abolición fue encumbrado por muchos al poder. El régimen de Hitler se reveló como un "intento violento por prolongar la vida el hombre masa".

Según Reck, el mal básico, radical, el germen del hombre masa incapaz, hay que buscarlo en la Alta Edad Media. Fue entonces cuando tuvo lugar la gran ruptura histórica, la expulsión del paraíso. En aquellos días comenzó la era mesiánico-tecnicista; "cuando el *homo religiosus* de la Edad Media desapareció y fue sustituido por el hombre objetivo del Renacimiento. Este hombre "objetivo" fue el primero en interesarse por la "mejora" de sus condiciones de vida". El impulso fáustico del progreso no podía llevar más que a una materialización de la vida que lo echaba todo a perder. Hasta el momento de este punto de inflexión histórico incluso Occidente estaba para Reck unido a "la placenta de lo mágico". Pero, mediante el acto autocrático de arrancar su cordón umbilical, el hombre rompió con sus orígenes, y así nació esa civilización occidental tan creadora en apariencia, pero que en realidad no es sino la entrega del hombre a sus bajos impusos instrumentales y comerciales.

"Del relajamiento del concepto gótico del mundo, que fue un logro del Renacimiento, surgió el enciclopedismo, y

del enciclopedismo, la Revolución francesa con sus dos hijos, el liberalismo y la pluocracia", escribía Reck en 1933 en la revista de Ernst Niekisch, *Widerstand*. Él valoraba mucho la postura de Niekisch y, en varias ocasiones, colaboró en su revista. La peculiar simpatía política de Niekisch por el desarrollo de los acontecimientos en Rusia, satisfacía su propia exaltación de las fuerzas históricas renovadoras que él creía ver en la cultura rusa, por mucho que no compartiera el nacionalbolchevismo prosoviético de Niekisch. De esa manera quedaba cimentado el aprecio mutuo, a lo que hay que añadir que Niekisch era también buen amigo de Friedrich Georg y Ernst Jünger, autores que además escribían en la revista; también conocía a Carl Schmitt, de quien no obstante pronto se distanciaría. (El periódico de Niekisch fue prohibido en 1934; su intento de levantar células de resistencia fracasó, por lo que hubo de ingresar en prisión en 1937. Sin embargo sobrevivió, y tras la guerra se estableció en Berlín Oriental, lugar que abandonó tras el levantamiento del 17 de junio de 1953).

Reck no se hallaba en modo alguno solo con su teoría de la historia y su identificación del mal primigenio con la llegada del Renacimiento. Al contrario, más allá del entorno de Niekisch, esa teoría era patrimonio común de la *Revolución Conservadora*. Es más que probable que Reck conociera la conferencia *Schrifttum als geistiger Raum der Natio* (La literatura como espacio espiritual de la nación), que Hugo von Hofmannsthal había dado en 1927 en el Auditorium Maximum de Múnich. Hofmannsthal se proponía describir la tarea verdaderamente hercúlea de la revolución conservadora, que no debía provocar sólo una contrailustración, sino ir más allá: el problema planteaba la necesidad de girar la rueda de la historia unos cuatrocientos años hacia atrás, toda vez que el proceso restaurador en marcha "en realidad se inicia como una reacción interna contra aquella revolución espiritual del siglo XVI que nosotros solemos llamar, en sus dos aspectos, Renacimiento y Reforma".

Pero también muchos otros, como por ejemplo Edgar Julius Jung, sintieron que debían participar en esta obra gigantesca para acabar con una época que desde hacía siglos venía teniendo tan fatales consecuencias para Occidente: "De la humillada criatura de Dios ha resultado el señor de la creación. Con ímpetu fáustico surca los mares del mundo, descubre nuevas tierras, arranca los tesoros a la tierra, encuentra leyes naturales, somete a su poder las fuerzas de la naturaleza. A un ritmo vertiginoso tranforma el aspecto de la superficie de la tierra, sobre todo en los últimos ciento cincuenta años; se impone una nueva situación técnica, una situación radicalmente distinta de aquellas que ha venido atravesando airoso a través de los siglos. El sentido de la vida se retira tras la búsqueda de la última causa de toda vida… La situación se prolonga en el tiempo hasta que los últimos fundamentos metafísicos, heredados del Medioevo cristiano, se pudren y quiebran en el edificio social de la humanidad occidental… Dos revoluciones paralelas se están llevando a cabo por eso en Alemania: una que pretende disolver los restos de la mejor tradición europea en un colectivismo sin forma; y otra que no es sino el alzamiento de la sangre contra el dinero, del hombre contra el aparato, de la dignidad contra la esclavitud".

También fue Jung quien quiso dar la definición fundamental de la esperada revuelta: "Llamamos *revolución conservadora* a la restauración de todas las leyes y valores elementales sin los cuales el hombre pierde el vínculo con Dios y la naturaleza, y es incapaz de construir un orden verdadero. En lugar de la igualdad, se ha de imponer la valía interior; en lugar de la convicción social, la integración justa en la sociedad estamental; en lugar de las elecciones mecánicas, el crecimiento dirigido; en lugar del impulso burocrático, la íntima responsabilidad de la verdadera administración personal; en lugar de la felicidad de masas, el derecho de la personalidad del pueblo".

En la distinción entre "personalidad del pueblo" y "nación" residía para ellos lo sustancial del asunto. Concuerda perfectamente con esta definición el hecho de que tanto Reck como Jung, Spengler y los demás partidarios de la revolución rechazaran todo tipo de nacionalismo. La

"personalidad del pueblo" era el viejo punto de referencia que aludía al destino y al sacrificio, mientras que, por el contrario, el Estado nación era un engendro nacido de la Ilustración y de la Revolución francesa. "Una vez más –enfatizaba Reck con toda su vehemencia-, queda dicho aquí aquello que en la actualidad no puede decirse suficientemente alto en Alemania: que el primer grito de *Vive la Nation* tuvo lugar con las matanzas del septiembre francés, el día en que se asfaltó Francia y se le amputaron sus paisajes: quede dicho una vez más que … no es el amor a la patria, es el nacionalismo lo que pertenece al amplio espectro del liberalismo francés, un nacionalismo que a la larga no puede sustentar por sí solo un Estado, ya que todas las ideas de Estado dignas de ese nombre son intangibles, inconcebibles y nunca "de este mundo".

La propagación y la dictadura del hombre masa, del negro blanco, le parecía a Reck inseparable del desarrollo de la técnica. De ahí que la "crítica de la técnica" y la insistencia en una vida "primigenia" fueran centrales para él. Desde una perspectiva actual, quizá el elemento más destacable del pensamiento de este "desesperado" nostálgico de la Edad Media y de su malestar, cuando no asco, por la "modernidad" en su conjunto, sea su actitud hacia la naturaleza. Con el vocabulario actual se le podría denominar, si dejamos por un momento a un lado su rechazo de la democracia, como un "ecologista radical".

Reck no se contentaba con plantear la cuestión, ya habitual, de la supervivencia de la naturaleza, sino que la afilaba con su radicalismo acostumbrado, preguntándose si "la técnica se limita a cambiar ostensiblemente la faz de la tierra y a arrancar de raíz especies de animales y parte de la flora", puesto que desde hace ya tiempo está en posición de adueñarse de sus mismos creadores: "Hasta ahora, el hombre ha dejado que asesinaran sus instintos naturales sin protestar: sin protestar ha dejado que acabaran con la periodicidad de su vida física, sin sus puntos de reposo naturales, y aparentemente sin protestar observa como se va atrofiando su naturaleza y como es conducido a ese estadio insostenible en el que, por decirlo hiperbólicamente, en vez de piernas ya sólo podrá presentar protuberancias atrofiadas al servicio de un embrague de automóvil. La humanidad ha soportado dócilmente y con paciencia que todo esto le suceda, y todavía hoy tolera que la tecnología la indemnice con sucedáneos del paraíso perdido".

La contradicción entre el simbolismo de la naturaleza y el romanticismo biológico, por un lado, y al mismo tiempo el ensalzamiento del moderno progreso tecnológico, por otro –contradicción que encarnaba la esencia de la ideología fascista-, era para Reck una de las tachas más insoportables de la política nacionalsocialista y sólo un signo más de su mendacidad. Detestaba las oraciones a los nuevos dioses, a las energías omnipotentes de maquinarias y motores –sin cuya veneración no podía concebirse la progresiva preponderancia política de la industria, ni la República de Weimar, ni el Tercer Reich-, las detestaba tanto como la consiguiente "ubicuidad de los medioshoy a nuestra disposición". Su panfleto *Das Ende der Termiten* (El final de las termitas) –que, al igual que el diario, sólo fue publicado póstumamente- es un singular escrito polémico contra estos medios de comunicación.

Pero su aversión por la supremacía de la técnica y la economía y sus destructivas consecuencias la fundamentaba no sólo en un nebuloso concepto de naturaleza, sino también sobre la base de una especie de geografía política, en el sentido más elemental del término. La política humana, en su opinión, debía derivarse del paisaje sobre cuyos habitantes repercutía. "Ser conservador no significa otra cosa que considerar la historia como función de un paisaje dado. Pero como el paisaje es hoy precisamente lo más perseguido, dejado y oprimido, y como quiera que los hoy legitimados bárbaros de Manchester nada odian tanto como el paisaje, en las condiciones actuales ser conservador es ineludiblemente ser revolucionario".

Por ese motivo, Reck describía los paisajes, en especial los de su Marusia natal, con una afinidad muy particular, distinta a

la de los meros poetas costumbristas y a la de mojigatos amantes de la naturaleza. Entre el *pathos*, el sentimentalismo y la transfiguración –que tampoco él trató de evitar- Reck buscó en sus descripciones representar, aprehender algo de aquello que según su comprensión debía de ser el fundamento original de toda decisión política: "Allí, por frontones tallados de las casas de campesinos de Marusia, se encendían los geranios, trepaban altas y vigorosas flores campestres hasta las cabezas de caballo sobre los tejados, el viento de otoño conducía por las entrañables callejuelas el aroma dulce de los campos de patatas maduras, y con él … siempre las ganas de ir alegremente a cazar perdices bajo el melancólico esplendor dorado de nuestro cielo de otoño … Tras la colina hay un pequeño lago, profundo como un abismo. Uno más entre mil. Desperdigadas bajo las hayas yacen enormes rocas. "Rocas de sacrificio" dice el lenguaje popular, "Bosquecillo de los dioses", susurra una antiquísima saga … La siguiente aldea, asentada sobre lejanos, lejanos campos de turba, se hunde bajo el horizonte de la inmensa llanura … Niños que juegan y, por el campo … arden las telas rojas de las faldas femeninas".

Pero más que fuente evocadora de recuerdos melancólicos, Reck consideraba a la naturaleza portadora de un programa político propio. Y es que "el paisaje alemán no fue nunca el apropiado para un gobierno parlamentario o una soberanía del *juste milieu*. Ni siquiera allí donde, como ocurre en determinadas regiones de Sajonia, ha sido falseado y ultrajado mediante el liberalismo económico. Tampoco llegará nunca a serlo: son sus horizontes abiertos al infinito, dará por siempre cobijo al hombre insuficiente en la forma, nacido para saciar la sed de su alma". La eterna sed del alma debió ser también "la que cedió en este paisaje la base inmutable para la realeza alemana".

En cualquier caso, la asociación entre nostalgia política y paisaje del país, lejos de ser una invención de Reck, era un mito tradicional alemán, o por lo menos un mito cuya raíz germánica se ha tratado siempre de demostrar. Reck compartía con la ideología nacionalsocialista –que nació de esas mismas fuentes- no tanto la "sangre" pero sí el "suelo", por mucho que los nazis nunca llegaran a comprender su sutil teoría de la geografía política y no mostraran el menor reparo en cubrir el sagrado suelo con autopistas, industrias metalúrgicas, refinerías y cuadrillas de trabajadores al servicio de sus visiones de autarquía y de modernización tecnológica.

Todos los que, como Reck, volvían la mirada hacia la "naturaleza incorrupta", que, como los Wandervogel, llegaban a propagar "la renovación ética a través de la naturaleza", o –como Hermann Löns y sus seguidores- querían preservar lo que quedaba del legado natural, y por ese motivo se hallaban por principio en vehemente oposición a la industrialización y sus transformaciones socioeconómicas estructurales. Por eso ningúno de estos disidentes se propuso nunca influir demasiado en la política reinante, no sólo de la República de Weimar, sino también, como es sabido, en la de la posguerra hasta los años setenta del siglo XX. Los nacionalsocialistas nunca llegaron a pensar –menos que nadie- en convertir en hechos sus alabanzas a la "naturaleza alemana", y en realidad jamás se propusieron llevar a cabo una verdadera política medioambiental.

Durante el Tercer Reich, la postura de Reck hubo de caer por la fuerza en un idilio quimérico. En este sentido, su granja de Chiemgau, adquirida en 1925, habría de convertirse no sólo en refugio, sino al mismo tiempo en símbolo y encarnación de la integridad del paisaje y de la naturaleza y, en definitiva, en la compensación por su desamparo ante el "progreso" tecnológico que tan vertiginosamente se propagaba: "Un sendero sinuoso y nada cómodo, representa la única vía de entrada desde Chiemsee, y una antiquísima cruz de conglomerado alpino medio enterrada se levanta impresionante sobre la linde del campo para marcar el lugar donde, en el año del Señor 1640, un antiguo propietario, el señor von Ruestorf, fue asesinado a golpes por desconocidos. "Poing/una vieja ruina en soledad", se dice de estos nobles lares en un libro bávaro para caminantes. La soledad puede comprobarse con facilidad, pero el

elemento tétrico que evoca la "vieja ruina", en absoluto. Rodeado por las alhajas azul atlas de la corriente del Alz, se encuentra el casón, con su coloreado escudo de armas en el muro y el rojo vivo del vino de otoño como una pequeña joya. "Poing" recibe hoy en día el nombre de "Peugen" … Como "récodo del río" o "curva del río Alz" figura en documentos medievales, pues el Alz traza a su alrededor otro meandro. Los condes de Truchtlaching, que construyeron el casón hace seiscientos años, dormían bajo sus lápidas góticas …"

Entretanto, Reck observaba impotente cómo la "antaño floreciente ciencia alemana" se ponía al servicio de la lucha contra el enemigo. Los nacionalsocialistas estaban decididos a hacerse los amos del mundo con la ayuda de los adelantos tecnológicos, incluidos los relacionados con la física nuclear. Sólo los románticos de la naturaleza como Reck deseaban que el genio volviera a entrar en la botella, pues mantenían muy serias dudas sobre la posibilidad misma de dominar la técnica. "¿podría configurarse la fuerza satánica de las máquinas mediante ideologías pacifistas y tratados internacionales y pegar sobre la explosiva caldera de la ilusión maquinista bonistos papelitos con las firmas de veintisiete primeros ministros?" Reck negaba incluso la utilidad de cualquier incremento de la producción: "Y cuando en la actualidad se construye una imprenta capaz de producir con un rendimiento triple, con ello no se aliavará la carga ni de un solo animal de tiro humano; antes bien, se exigirá un ritmo de trabajo tres veces mayo del aparato humano correspondiente, de los redactores, de los técnicos –y de los lectores-."

Las grandes esperanzas que Reck había puesto en la "revolución alemana" no habrían de cumplirse. Con los nacionalsocialistas, la oportunidad histórica de abandonar la era de la mecanización, del embrutecimiento de las costumbres y de la deplorable nivelación, había sido totalmente desperdiciada. La envergadura de la decepción resultante radicaba quizá en el hecho de que lo perdido no era una simple oportunidad política, sino la ocasión de toda una época, e incluso –tras siglos de travesía por el desierto de los denostados nuevos tiempos- la última oportunidad que la historia habría de brindar para dar el golpe de timón definitivo. Esta es la clave del odio inaudito hacia hitler y sus seguidores, que consumía a Reck, literalmente, día y noche. "Pocas veces se ha juzgado una época con tanto ardor, tanta ira y tanto odio como en estas páginas [del diario]" (Joachim Fest).

Reck no pensaba que Hitler simplemente hubiera dejado escapar la oportunidad, sino que la había traicionado. Es posible que el jazz no pudiera poner un pie en la Alemania del Tercer Reich, y que tampoco se propagaran los *happy weekends* al estilo norteamericano. Pero la entronización de un autoproclamado líder de primitivos desfiles de masas y de alemanes exaltados, el estado de embriaguez colectiva de los miserables y extáticos soldados del partido, las vulgaridades y las groserías que proferían al unísono los medios, la pérdida del respeto por sí mismo que sufrían los seguidores de Hitler, el maquiavelismo pequeñoburgués y la horrorosa locura racista –por no hablar del aumento de la presión tecnológica, de la aceleración del trabajo a destajo o de la proliferación de trabajadores marioneta …-, todo eso no era sino el peor de los futuros concebibles en el universo de Reclk.

Está muy claro que a su juicio no se había atacado tan solo una conviccion política, sino a la persona en su dimensión más íntima. Es cierto que Reck ya había dado muestras de talento para la polémica vehemente con anterioridad. Pero ese odio que a partir de 1933 ya no habría de abandonarlo, ese odio que potencia "hasta la náusea literaria" (Fest) ante los acontecimientos políticos de cada día, unido a la creciente incapacidad para no extender su abismal pesimismo a todo cuanto le acontecía, a las conversaciones, estímulos o experiencias más inocuas, todo ello demuestra que Reck no se enfrentaba a adversarios políticos corrientes, sino que acusaba la pérdida definitiva de sentido vital, la disolución del último vínculo con la "magia" de los grandes y heroicos tiempos, el último vínculo con el "corazón de este mundo".

En medio de las masas uniformadas y del estrambótico culto a un muñeco de feria con impulsos criminales, su excelentísimo papel de gran señor, de hacendado elitista, de caballero independiente y de monárquico tardío no sólo se había vuelto imposible y ridículo. Incluso teniendo en cuenta todos estos factores –a saber, el asco de un romántico, la aversión de un aristócrata de la Alta Edad Media, de un prusiano antiguo con sentido del deber y admirador de Federico II, de un ciudadano moralista e instruido pasado de moda, de un germanófilo y rusófilo fanático de la autoridad –siempre quedará un enigmático resto por explicar la profundidad inaudita de su odio. Tras la toma de poder y el falso cambio que el Tercer Reich había llevado a cabo ante sus ojos, Reck cayó en un estado psíquico de soledad profunda inalcanzable para el mundo exterior.

En todo caso, la falta de apoyo de este odio tuvo una consecuencia: él no formaría parte de la resistencia que se manifestó en el atentado contra Hitler y sus esbirros el 20 de julio de 1944. Al contrario, Reck detestaba el círculo que había detrás de estos atentados, casi tanto como a sus víctimas.

Dado que el círculo de resistencia del 20 de julio reclutó sobre todo a personas provenientes de la tradición del conservadurismo cultural y nacional, su falta de apoyo era todo menos predecible. A principios de los años treinta, para muchos conservadores, monárquicos y nacionalistas alemanes, estaba totalmente abierta la cuestión de si los nacionalsocialistas traerían o no consigo la ansiada renovación y redención. Oscilaban entre la euforia, el entusiasmo que encubría el recelo y el escepticismo ante las expectativas. "Uno puede considerar que el nacionalsocialismo debería poder impregnarse del renacimiento espiritual que le ha dedicado a Alemania en el último decenio. Pero se puede también pensar que el nacionalsocialismo tiene asignada una tarea histórica limitada: la de demoler un mundo desvencijado y encarnar la hora del gran barbecho previo a la aparición de un nuevo Estado. Una cosa es segura: el anhelo de todas las masas que hoy se sacrifican por el nacionalsocialismo procede de la gran herencia conservadora que está latente en ellas y las empuja a la acción. Si –por continuar con la idea de higiene racial- en la manifestación de este anhelo que hoy se llama "nacionalsocialismo" predominan las tendencias de la *Revolución Conservadora*, o si por el contrario prevalecen las de la liquidación liberal, es una cuestión que ha de quedar en este punto sin respuesta".

Jung, como muchos de los que mantenían opiniones parecidas a la suya, estaba terriblemente equivocado con respecto al carácter del nacionalsocialismo. Muchos de los hombres del 20 de julio habían simpatizado con el nacionalsocialismo antes de que éste tomara el poder, y algunos –como el conde Schulenburg- se hicieron miembros del partido. El conde Stauffenberg había pertenecido en un primer momento al círculo de Stefan George, Brüclmeier de hecho ingresó en el NSDAP y fue nombrado, a instancias de Ribbentrop, teniente de las SS. Por otro lado, entre los decepcionados con el nacionalsocialismo y su forma de "revolución nacional" no consta que fueran muchos los que se decidieron a la resistencia. Tras el movimiento del 20 de julio se hallaba ante todo el sentido de la responsabilidad de la vieja élite educada en el imperio de los káiseres, los antiguos altos cargos aristocráticos que querían detener el ocaso definitivo de Alemania. Las motivaciones morales y cristianas primaron sólo en una parte de los disidentes, los demás limitaban las razones del movimiento exclusivamente a conceptos de orden y de Estado guillerminos, predemocráticos.

De ahí que los planes de este grupo de la resistencia diseñados para después del nacionalsocialismo tuvieran poco que ver con la "modernidad y la liberalidad" ni, en definitiva, con una Constitución republicana conforme al principio del Estado de derecho que se establecería tras la guerra. Las concepciones de la política exterior e interior de un Carl Friedrich Goerdeler, nacido como Reck en 1884, o las ideas de un Albrecht von Kessel, se leen hoy más que nada con un sentimiento de alivio porque su realización se viera frustrada. A diferencia de Reck, que había abandonado hacía tiempo toda esperanza, aquellos que en primera intancia

no sólo soñaban con la eliminación de Hitler, sino que hacía de ese sueño un compromiso activo, reclamaban precisamente aquel programa político que ellos habían visto traicionado por los nazis.

Reck no podía sino reprocharles esa larga espera suya, esos años que pasaron a la expectativa –por no decir que le sujetaban el estribo al Führer- para hacer luego un viraje de última hora. Para él, la resistencia del 20 de julio era antes que nada un "golpe de los generales", a los que él despreciaba: "Pues es un poco tarde, caballeros; vosotros, que os habéis convertido en los archidestructores de Alemania, que corristeis tras él mientras todo parecía ir bien, vosotros, oficiales de la monarquía, que prestasteis sin reparos el juramento de fidelidad que se os exigió a todos y cada uno, que os rebajasteis a la condición de míseros mamelucos de ese asesino cargado con cientos de miles de crímenes, con el dolor y la maldición del mundo, y ahora le traicionáis, igual que anteayer traicionasteis a la monarquía y ayer a la república …".

Únicamente los hermanos Scholl y sus amigos merecieron las simpatías de Reck. "En su tumba puede brillar aquella frase que habría hecho ruborizar a este pueblo que vive desde hace diez años sumido en una profunda vergüenza. *Cogi nos potest quisquis mori scit:* "No se puede doblegar a quien sabe morir".

Tras el "barbecho" ya pronosticado por Jung en 1932, en la Alemania de posguerra llegaron al poder muchos de los conservadores cuyo expediente estaba en apariencia "limpio" y que, si bien no se habían involucrado personalmente en la resistencia, en su fuero interno es posible que simpatizaran con ella; en cualquier caso se mantuvieron fieles al pensamiento antidemocrático y antipluralista, mientras ocupaban, sin ser molestados, posiciones clave como redactores jefe, profesores numerarios, abogados o médicos, por así decirlo con mejores condiciones de trabajo, y encarnaban lo que hubo de incontestable continuidad –más tarde negada- entre la primera y la segunda mitad del siglo XX.

Rec previó con lucidez poco frecuente el necesario fracaso del nacionalsocialismo en Alemania, quizá porque ansiaba el final de esa detestable maldición, como una redención. Es evidente que, contra la opinión general, el pensamiento desiderativo ayuda en ocasiones a alcanzar una claridad incorruptible. Con todas sus malas interpretaciones sobre el sentido de la democracia, en lo que concernía a su mortal enemigo no estaba ciego de rabia, sino lúcido de cólera, una condición ciertamente paradójica. Al fijar el punto de fuga de su encarnizada perspectiva central en una época arcaica, alejada del presente, Reck no miró a Hitler y a sus seguidores a través del microscopio, sino a a través de un telescopio, hasta alcanzar una profundidad de enfoque poco frecuente entre los observadores del entorno. Es posible que la familiaridad con su propio arte del disimulo y la desfiguración lo ayudara en el trance. Casi nadie tuvo tan poca piedad al despojar con la mirada al Tercer Reich y a toda su prole de sus falsos ropajes, para desvelar sus tergiversaciones y mascaradas; nadie que, como él, viviera también contra los hechos. "A veces su lirismo se eleva (…) y rescata lejanas visiones del futuro con un poder profético de carácter verdaderamente religioso", escribió Herbert Saickel ya en 1929 sobre sus obras. En efecto, pocos tenían al estallar la Segunda Guerra Mundial la seguridad de que en ese día "el gran criminal había firmado su propia sentencia de muerte (página 99 del Diario). Pero la satisfacción de ver el final de aquel régimen no llegó Reck a experimentarla […]

Es más que probable que la detención de Reck, a finales de 1944, fuera resultado de una delación. Reck fue conducido en primer lugar a la prisión de la Gestapo en Múnich… después de un ataque aéreo, el 9 de enero de 1945, fue trasladado al campo de concentración de Dachau. Allí cayó pronto enfermo… La probabilidad de morir de tifus era alta. De hecho, Reck moriría de esta enfermedad el 16 de febrero de 1945.

© Extraído de *Friedrich Reck, un ensayo biográfico*, de Christine Zeile, en *Diario de un desesperado*, de Friedrich Reck; traducción de Carlos Fortea, Ed. Minúscula, Barcelona.

Edgar J. Jung, la ambigüedad de la Revolución Conservadora

Jean-Pierre Faye

Uno de los amigos de Rauschning, del que éste nos dice que lo conoció en el ámbito del Club de los Señores, se llama Edgar Julius Jung. Desde 1933 hasta el mes de junio de 1934, será el secretario de von Papen y el autor efectivo de sus discursos políticos. Este Edgar publica un texo a lo largo de 1932, bajo el título *Deutschlan un die Konservative Revolution.*

Cerrando un libro que cuenta con ochenta autores y cuyo fin expreso es combatir la leyenda francesa de la malvada Alemania, recoge diez años después la perspectiva de Moeller: estamos en plena Revolución alemana. Ésta no va adoptar formas manifiestas, al modo francés de la toma de la Bastilla, sino que va a ser una operación de amplio alcance, como lo ha sido la Reforma. Va a revisar todos los valores humanos y todas las "formas mecánicas", se opondrá con todas sus fuerzas y pulsiones, a las fórmulas y a los fines que han hecho madurar la Revolución francesa. ¿Qué quiere esto decir? "Será la gran Contra-Revolución conservadora que va a impedir la disolución de la humanidad occidental fundando un orden nuevo, un nuevo ethos, una nueva unidad de occidente bajo la Führung alemana". La referencia pseudo-nietzscheana a los nuevos valores ha permitido la conversión de la supuesta Revolución alemana a su fórmula desarrollada: la de la *grosse konservative Gegenrevolution.*

Es pues claro y explícito –si se sigue el texto de los enunciados propios de los narradores activos, para ver cómo se van trazando sus rumbos- que el sintagma de la Revolución conservadora es equivalente al de Contra-Revolución. Y, he aquí una definición expresa: "Llamamos Revolución conservadora a la nueva toma de atención, cuidadosa de todas las leyes y valores elementales sin los cuales el hombre pierde su relación con la naturaleza y con Dios y no puede construir un orden verdadero". Una serie de oposiciones traducen esta primera declaración: "En lugar de la igualdad, el valor interior; en lugar del sentimiento social, la construcción justa de una sociedad jerárquica; en lugar del voto mecánico, el crecimiento orgánico del Führer; en lugar de la imposición burocrática, la responsabilidad interior de la autoadministración auténtica; en lugar el bienestar de las masas, el derecho a la personalidad del Volk".

A los esteorotipos habituales en el conjunto del Movimiento nacional se unen aquí rasgos del lenguaje más propios de ciertos sectores del "Ring" (el particularismo de la "autodeterminación", a la que Forsthoff precisamente opondrá el Estado total). O del Movimiento de juventudes (la responsabilidad interior). ¿Por qué hemos combatido), pregunta Edgar Jung. La respuesta será esta narración cuyo término final está por venir y tiene por nombre, una vez más, el Tercer Reich.

Porque,, "el Tercer Reich no será posible como una continuación del gran proceso de secularización, sino como su terminación". No produce ninguna sorpresa saber que o será germánico o no tendrá lugar. Pero, a la vez subraya Edgar Jung con una insistencia curiosamente "lingüística"- "el lenguaje de la Revolución alemana será un lenguaje mundial". ¿Cómo? Pues precisamente "por esta posición de principio nacionalista", de la que acababa de tratar. Porque Edgar Jung, utilizando repentinamente una alianza de palabras más que familiares a los partidarios nacional-revolucionarios de Jünger que a los socios del Club Joven-Conservador, precisaba que "el nuevo nacionalismo es un concepto cultural y religioso, porque lleva a la Totalidad" y "no tolera que se limite a lo puramente político". El lenguaje de la Revolución alemana será mundial porque su nacionalismo no se limitará a las fronteras de los Estados nacionales sino que se extenderá a la "Totalidad" de un Tercer Imperio germánico …

La lengua alemana, prosigue, sin embargo Edgar Jung, apenas da pie a pensar

en ella como lenguaje universal, aunque el lenguaje de un Hegel, de un Marx, de un Nietzsche esté vivo en todo el mundo y se esté hoy día "a la escucha de las voces de la Revolución conservadora alemana". Pero, por ello, añade Jung, se cuenta más con la protesta de masas que el nacionalsocialismo pone en juego. Él también hace profesión de fe en el Tercer Reich, aunque queda pendiente el saberse si lo hace en el sentido profundo y englobante en que lo entienden los hombres que han reavivado la idea del Santo Imperio. Dos versiones se oponen, para Edgar Jung, al nacionalsocialismo, pero ambas pertenecen al mismo ámbito de sentido: se puede ser de la opinión según la cual se trata de hacer que penetre en el nacionalsocialismo "ese renacimiento espiritual" que la última década ha dado a Alemania; se puede también admitir que al nacionalsocialismo se le ha encomendado una tarea histórica limitada: la demolición de un mundo corrompido, la preparación de la gran brecha que debe desembocar en el Estado nuevo Pero, en ambos casos, queda confirmado que: "la nostalgia de las masas, que hoy en día se consagran al nacionalsocialismo brota de la gran herencia conservadora que reposa en ellas y las obliga a actuar". Es cierto "que la manifestación de esta nostalgia, que hoy en día se llama nacionalsocialismo, que lleva consigo ante todo los rasgos de la Revolución conservadora o de la liquidación del liberalismo", permanece aún como una pregunta sin respuesta para Edgar Jung. De todas formas, concluye, nuestra hora ha llegado: la hora de la Revolución alemana …El lenguaje de la Revolución alemana, pasando por el uso de estas palabras, asegurará, en efecto, a Edgar Jung que su hora –la hora conservador-revolucionaria- ha llegado. Porque es Erich Grizbach (Secretario de Estado que en connivencia con el SS Theodor Eicke, prepararon la lista de proscripción para la noche de los cuchillos largos) quien escribirá su sentencia de muerte en la listra, y Göring, padre de la policía secreta del Estado, quien asegurará su ejecución …

El que "el lenguaje de la Revolución alemana" haya conducido a la porción mágica de la voluntad a apoderarse en la Totalidad del Estado, y a través de ésta, de lo que Mann llamaba la totalidad del problema humano, hace que se realice ante nuestros ojos el más peligroso de los experimentos sobre la relación entre lenguaje y acción, entre el cambio de formas y la transformación material. En un lenguaje de esta especie se puede leer, oir y ver cómo se encadenan los significantes fundamentales: *konservative Revolution, Drittes Reich, Tötalitat.* Ver formarse los desplazamientos y el diseño de estos rasgos comunes a todo lenguaje del "Movimiento nacional", en todos sus polos periféricos y hasta en su centro es, a la vez, ver cómo, cada y vez y en cada sector, el relato ideológico de los actores o de los mensajeros se vuelve activo, hasta el punto de hacer posible una Contra-Revolución que será también *Total-Revolution*.



En este teatro de los opuetos, un texto introduce la acción a partir del otoño de 1933. Es el segundo libro de Edgar Jung, el hombre que escribió la palabra del vicecanciller. El título insiste en la "significación", o mejor: "el esclarecimiento del sentido de la Revolución" (*Sinndeutung der deutschen Revolution).* Evocando los "pequeños círculos" de Papen, Rosenberg atacará a "cierta *Sinndeutung*", a los *Sinndeuter* que caracteriza *das Wort "Reaktion"*.

El esclarecimiento comienza con una distinción: debemos, afirma Edgar Julius Jung, mantener la distinción entre conservador y nacionalista. ¿Es porque este último estaría demasiado cerca de la Revolución? Inversamente: "Porque el conservadurismo es, por necesidad

histórica, el principio revolucionario a través del cual ha sido disuelta la era liberal". El nacionalismo, al abandonar la esfera liberal de sus orígenes para "hacerse conservador", ¿no se habría hecho más revolucionario? La respuesta afirmativa a esta pregunta libera lo anterior de toda ulterior interrogación, incluida la discreta crítica de la "concepción totalitaria del Estado", atribuida expresamente a Mussolini, y del Estado total, relacionado con Carl Schmitt como "su exégeta célebre". Con estos preámbulos, y a través de esta crítica, se entra más adelante en lo que será pronto el espacio del conflicto crucial. El "esclarecimiento" del otoño de 1933 en el que Jung escribirá, en la propia voz de Papen, el vicecanciller, uno de los grandes papeles del teatro de los opuestos, una de las piezas maestras en la preparación del desenlace.

En el origen de la "Revolución alemana", Edgar Jung sitúa lo que llama el Movimiento conservador-revolucionario y la *konservativ-revolutionäre Idee*. La fuente de esta idea es situada por él en el triunvirato del signo JK: von Gleichen, Boehm, Moeller van den Bruck. Algunos meses antes de la "noche de los cuchillos largos", son todavía estos nombres los que trazan sobre el suelo ideológico, y para los propios actores, una parte de los movimientos. Lo que Edgar Jung describe como un "trabajito monstruoso", ha se ha desarrollado durante la última década "miles de semanas de estudios, conferencias, declaraciones, artículos, escritos diversos": enumeración casi cómica de las actividades atribuidas a este círculo de "hombres altamente cualificados": allí se ha producido el retorno a las "verdaderas raíces" del conservadurismo. "Lo que, prosigue con insistencia Edgar Jung, está presente en el nacionalsocialismo, proveniente de la corriente de pensamiento conservadora está relacionado con esta tendencia". Semejante unión es explorada con agudeza en el nuevo campo que llega desde el incendio del Reichstag hasta la noche de junio.

Antes de esto, el nacionalsocialismo es definido como "una mezcla de nacionalismo revolucionario y de movimiento de defensa". Por este último término –*Wehrbewegung*- el hombre de Papen entiende algo cuyos "rasgos conservadores" son subrayados y que ha encontrado su forma principal en el "Casco de Acero". Se establece así una separación entre *revolutionäre Nationalismus y revolutionäre Konservatismus,* que es la condición que hace posible esta mezcla, o mejor, semejante combinación.

Pero la propia mezcla está desequilibrada, según Edgar Jung, hacia uno de los extremos. Porque Jung afirma que el "obrero" de Jünger, texto por excelencia al que se refieren las revistas nacionalrevolucionarias de finales de 1932, no es característico de la nueva Alemania: "el concepto Obrero hitleriano es más conservador que el de Jünger y los teóricos socialistas del nacionalsocialismo". ¿Quiénes son estos últimos? E. Jung no los nombra. No se hace ninguna mención, a propósito suyo, a las tendencias propias de las SA. Sólo se habla de éstas a propósito del legalismo estrictamente observado por los hitlerianos en su marcha hacia el poder. La Revolución, recuerda Edgar Jung, se ha llevado a cabo por vías demoráticas: "la significación de las SA reside en que se convertía, una vez llevada a cabo la Revolución, en su garantía".

Lo que tras las SA reaparece en el horizonte no es otra cosa que este universo que ha aportado sus puntos de apoyo reales a las revistas y periódicos de Jünger: los cuerpos-francos. Recuerda Jung que, cuando terminaron de tener como misión la lucha antispartakista o la lucha de las fronteras, cuando cualquier forma de putsch se había hecho imposible, fue preciso que los hombres belicosos del pueblo alemán se encontrasen una organización donde introducirse "como la que las SA pone en escena". Hacía poco, el nazismo era una mezcla de un "movimiento de defensa" con rasgos conservadores y de un nacionalismo revolucionario. En esta secuencia es la "mezcla original" de tropas revolucionarias y de un artido de masas. De esta forma, los "rasgos conservadores" del movimiento de defensa paramilitar se han convertido en los de "tropas revolucionarias". Y de forma cruzada, el nacionalismo revolucionario se ha transformado en "partido propagandista de masas" …

Esta es la irritante constatación que se descubre a los ojos de Edgar Julius Jung en el otoño de 1933, sin que corra todavía el riesgo de pasar, en este terreno, de la constatación a la denuncia. Pronto se transformará, como veremos, en viajante de la idea conservadora y de la *konservative Revolution* y se planteará como tarea el llamar a la puerta de los generales a fin de ayudarles a ver mejor el abismo abierto por las "tropas revolucionarias" y sus hombres belicosos. De momento se limita a deducir a través de qué implicaciones "la idea conservador-revolucionaria" puede ser considerada como la que ha engendrado paradójicamente este resultado: la toma del poder por un "partido de masas". Le parece que las series ideológicas que proceden de la citada idea describen la propia envoltura de esta masa que acaba de ser cogida en la red del partido: "la Revolución alemana de 1933 es, de acuerdo con la voluntad de su Führer, la *Contrarrevolución conservadora".*

¿Cuál es entonces esta problemática? Se define en Edgar Jung en los mismos términos que en Carl Schmitt, el ídolo del Club de los Señores. Porque la Sociedad ha asimilado al Estado: ésta es la esencia de la democracia. Y la economía ha conquistado al Estado a medias: ésta es la esencia de la evolución que se ha manifestado a través de la socialdemocracia. Estado y Sociedad han caído en una verdadera "camada de entrelazamientos". A este entrelazamiento impuro hay que oponer una palabra del gusto de Jünger, el hombre del polo opuesto, y de su amigo Carl Schmitt: una decisión. Pero ¿cuál? Los conservadores (recuerda Edgar Jung) reivindican la auténtica autonomía de los dominios vitales, los que no son primariamente de orden político. Opuestamente "los partidarios del Estado total", como aquí son denominados sin más precisión, "quieren despejar la vía hacia una nueva autonomía a través del camino de un traspaso del poder por medio de la reunión de todo el poder en el Estado"

Continuando inmediatamente con las "aspiraciones revolucionarias" en Alemania y con la cuestión de su relación con la línea de la Revolución francesa, el propio Edgar Jung indica que este camino desviado a través del traslado del poder al Estado proviene del rodeo a través del polo opuesto, del rodeo revolucionario hacia los objetivos conservadores, hablando como lo había hecho el pionero del signo JK. El joven miembro del Club de los Señores echa aquí mano de todo argumento. ¿Se trata de mostrar, para desacreditarla, que la aspiración revolucionaria al traspaso de todo poder al Estado proviene de la línea francesa? …

El exorcismo joven conservador juega entonces sobre una cadena de formulaciones. En primer lugar, la de la Revolución alemana de 1933 que, según cree Edgar Jung, se ha inscrito solemnemente en la narración histórica, al haber sido abierta con las pompas del servicio divino, en Potsdam, en la Iglesia de la Guarnición, "es por propia voluntad de su Führer, la Contrarrevolución conservadora. Constatación que traduce, de forma singular, la expresión opuesta al Estado total por el hombre de Papen: *Hoheitstaat*, Estado de soberanía o, más bien, Estado del señorío, de la eminencia, de la alteza. ¿Cómo definirlo? Tiene bajo su vigilancia todos los "dominios vitales", y los "iguala" bajo su guarda; más aún: los guía y los encauza en el sentido del desarrollo *völkische.* Pero, al mismo tiempo, deja sin alteración su autonomía y sus propias normas: el Estado de la Eminencia es un Estado *ständische.* Este supuesto respeto a las "autonomías" es la reivindicación por excelencia que el hombre de Papen atribuye a los conservadores. Pero al conceder a su nostalgia por una elevada soberanía el sentido temiblemente polivalente en significados de la palabra *völkische*, da de antemano la razón al partido multicolor, peligrosamente *vielfarbig* y a sus paladines. Los que vendrán a doblegarlo y a someterlo, con el mismo golpe que alcanzará en el polo opuesto a las "tropas revolucionarias" de las SA y a los "teóricos socialistas" del nazismo strasseriano, bajo la distraída mirada de Papen el conservador, del último gran aristócrata de estilo prusiano. Utilizando la "palabra cruel", Edgar Julius Jung se presenta voluntario a la muerte que le sorprenderá en la próxima primavera.

© Extractos de *Los lenguajes totalitarios,* de Jean-Pierre Faye, Taurus, Madrid, 1974.

Hugo von Hofmannsthal

La voz del simbolismo vienés

Francisco Arias Solis

"La buena y severa educación que debo a mi difunto padre y el haberme habituado tempranamente a no dejar desocupada ninguna hora del día, es, así me parece, lo único que, hacia fuera, sigue dando a mi vida una consistencia suficiente y una apariencia adecuada a mi condición y a mi persona."

Hugo von Hofmannsthal

La obra literaria de Hofmannsthal surge en los años de la desintegración del imperio austrohúngaro, fenómeno que se encuentra en el trasfondo de sus escritos. De espíritu escéptico y melancólico, en su obra se funden el sueño oriental y las formas mediterráneas. Influido por D'Annunzio y Stefan George, con quienes colaboró en *Hojas para el Arte,* tras una crisis espiritual se orientó hacia los clásicos griegos y romanos, con influencias de Nietzsche y de Freud, intentando recuperar, desde el esteticismo, los valores espirituales europeos.

En la última época se inspiró en el drama barroco y se convirtió en el más lírico representante del simbolismo vienés, cada vez más preocupado por lo social. La obra literaria del escritor austriaco representa la búsqueda de unas señas de identidad en el legado socio-cultural europeo.

El poeta y dramaturgo austriaco Hugo von Hofmannsthal nació en Viena el 1 de febrero de 1874 y falleció en Rodaun, cerca de Viena, el 15 de julio de 1929. De ascendencia judía y familia aristocrática, estudió leyes y filología románica y realizó numerosos viajes por el ámbito mediterráneo. Pasó su juventud en Viena, donde entró en contacto con D'Annunzio. Empezó a escribir muy joven bajo el seudónimo de "Teophil Moren" y fue el creador de la escuela neorromántica germana. Con Max Reinhardt fundó los festivales de Salzburgo y escribió para Richard Strauss los libretos de sus más conocidas óperas (*El caballero de la rosa,* 1911; *Ariadna en Naxos,* 1912; *La mujer sin sombra,* 1916).

Hofmansthal escribió dramas poéticos: *La muerte de Tiziano* (1892), *El loco y la muerte* (1893); o metafísicos: *El aventurero y la cantante* (1899), en donde trata el tema de la importancia de la fidelidad a uno mismo; adaptaciones de tragedias griegas: *Electra* (1903) y *Edipo y la esfinge* (1906), y de las obras de otros dramaturgos, como Calderón: *El gran teatro del mundo de Salzburgo* (1922) y *La torre* (1923-1925).

Completan su producción los libros de cuentos *El cuento de la noche 672* (1905) e *Historia de caballeros* (1920) y la novela inacabada *Andreas o los unidos* (1930). Su obra ensayística *La escritura como espacio intelectual de la nación* (1927) se ocupa de diversos temas culturales y literarios dentro de la tradición occidental. Y como dijo el escritor austriaco: "Sólo los artistas y los niños ven la vida tal como es".



El vitalismo e historicismo de Ludwig Klages

César Águila Cázarez

*B*iografía.- Ludwig Klages (Hannover, 1872 - Kilchberg, 1956) Filósofo alemán. Terminados los primeros estudios en su ciudad natal, frecuentó la Facultad de Ciencias de la Universidad de Munich, donde tuvo por maestros a Bayer, Röntgen y Hertling. Graduado en Química y Filosofía, trabajó como científico en Munich, y fundó allí un seminario de estudios de expresión que pretendía crear una nueva rama de la ciencia humana y conferirle la "forma" científica recibida por las ciencias exactas desde el Renacimiento hasta nuestros días.

En 1910 publicó Die Probleme der Graphologie, en el cual empezó a desarrollar los principios fundamentales de la grafología científica. Tal obra no fue sino el comienzo de una serie de textos sobre el mismo tema, cual Escritura a mano y carácter (1917), Introducción a la psicología de la escritura a mano (1924) y De qué no es capaz la grafología (1949). Estas obras lograron un resultado considerable: la transformación de la grafología en una verdadera ciencia.

En el conjunto de la abundante producción del autor presentan un carácter más netamente filosófico los textos siguientes: De la esencia de la conciencia (1921), teoría de la conciencia como análisis de la vida espiritual; Preludio a la caracterología [Vorschule der Charakterkunde, 1927], teoría del carácter en cuanto al estudio de la personalidad, y De la esencia del ritmo (1933), teoría del ritmo como fundamento de una estética. En tales obras Ludwig Klages formula algunas de las tesis principales de su filosofía de la vida, que aparecerían luego bajo una forma completa y madura en su producción maestra El espíritu en contraposición al alma (1929), en la que se define el cuerpo como imagen del alma.

Estos dos elementos resultan polares en la gnoseología de Ludwig Klages: las sensaciones del cuerpo quedan opuestas a los "actos de conciencia de la razón razonante". El espíritu, en cambio, se halla situado entre los dos polos, como potencia acósmica y ajena al tiempo y al espacio. La actividad del espíritu da lugar al "intermedio de la conciencia reflejante", o sea al proceso espiritual de la conciencia humana. La sensación es la función receptiva del polo corpóreo, en tanto corresponde al anímico la de la reflexión.

Sobre esta base filosófica, que sitúa la Vida en un conflicto absoluto con el Espíritu, elabora Klages una teoría del carácter y de la personalidad, y establece los principios y las leyes de la caracterología. En este radical irracionalismo resulta evidente la influencia de Nietzsche, cuyas orientaciones, empero, quedan refundidas de una manera muy original, por cuanto tienden aquí a facilitar nuevos campos a la filosofía científica. Durante su juventud Klages escribió también versos, que no fueron publicados hasta 1944.

Vitalismo e historicismo

Desarrollador de una filosofía de la vida de carácter naturalista e inspiración nietzcheana, Ludwing Klages, nacido en Hannover hacía el 1872, es uno de los autores del vitalismo e historicismo. Estudió ciencias y Filosofía en Munich y se doctoro en Química. Realizó algunos estudios de Psicología los cuales le motivaron a interesarse por los problemas de la expresión tanto en la psicología como en el arte, centrando su atención en la grafología y caracterología, de ahí que realizó diversas aportaciones en ese campo.

En el presente artículo, presentaré algunas generalidades del pensamiento de Ludwig Klages sin enfocarme en alguna obra específica, sólo destacando los elementos más significativos de su aporte filosófico y dando pie a la profundización de sus escritos, en un futuro, por otros autores. Cabe destacar que la obra principal en la que

elabora su filosofía de la vida es *Der Geist als Widersache der Seele (*el espíritu como adversario del alma*),* aunque existen otras obras de gran importancia sobre grafología y psicología.

Las ideas básicas de su propuesta filosófica sobre la vida están fundadas en la teoría de la expresión, los signos y gestos del individuo, que revelan la constitución anímica de los individuos. El fundamento del conocimiento humano es para Klages, la ciencia de la expresión sistematizada en una caracterología, siendo ésta la doctrina de las actividades y de las formas estructurales, en las cuales se manifiesta el yo individual. Hace un análisis del carácter en donde según él, se encuentran los impulsos de toda índole; de la estructura, que constituye la afectividad del yo; de la materia, formada por las facultades (la voluntad y la inteligencia).

Klages supone que el cuerpo conoce por sensaciones que perciben lo cercano y son siempre pasivas, mientras que el alma, conoce por imágenes vividas que se dirigen a lo ajeno y son siempre activas. *El cuerpo es sólo un fenómeno del alma, y el alma es el sentido del cuerpo viviente.* Por lo cual, la verdadera realidad es la unidad radical de ambas manifestaciones a través de la imagen.

Mientras que el espíritu, para Klages, es la expresión de lo racional, de lo que perturba y destruye la vida del alma, en cambio el alma es la fuerza que se halla en comunión con la naturaleza viviente y que es capaz de crear símbolos y mitos. Postula el espíritu como el elemento extraño de la vida que destruye los polos inseparables del alma y el cuerpo por el concepto. *El espíritu juzga, mientras que la vida vive; el espíritu aprende el ser, mientras que la vida vive el acontecer. El ser es puro inespacial e intemporal, y así también el espíritu; el acontecer es espacial y temporal, y así es también la vida.* Y el portador de la vida y del espíritu es el hombre.

Por lo cual, postula que la mente triunfa sobre el alma en una lucha constante entre ambas. El alma representa la vida misma y tiene dos polos, el arquetipo y su sustancia, el primero es un polo receptivo mientras que el segundo es activo. Las características principales del alma son: pasividad, inconsciencia, noche, sueño, inmensidad, distancia y ritmo. En opinión de Klages, la vida del alma es sueño y la conciencia aniquila el alma. *La vida y la mente son dos poderes diametralmente opuestos que están en constante guerra.*

Pone en duda que el entendimiento conozca la verdadera realidad porque lo que conoce son los conceptos que se encuentran muy lejos de la experiencia íntima de la vida. Afirma que la voluntad es también la experiencia de resistencia física, la negación de la realidad y descarta el pasado para relacionarse con el fantasma del futuro.



Sobre el proceso histórico de la humanidad, Klages afirma que es una lucha victoriosa del espíritu contra la vida, con el fin del aniquilamiento de ésta, por lo cual afirma que el espíritu mata la corriente arrolladora del vivir de la naturaleza. El desarrollo histórico lo propone a tres niveles: el hombre prehistórico, el ser humano antes de la irrupción de la mente; el hombre Prometeico, la mente es dependiente de la vida y las imágenes son reales; y el hombre Heraclido, la mente se ha liberado de su dependencia del alma. Como solución propone el idea de la vuelta a un mundo en que el mito tenga lugar y en el que la realidad aparezca en su carácter originario de vivencia.

El hombre histórico es el portador de la conciencia porque el desarrollo procede de la vida y va hacía la mente, sin embargo, Klages, con una visión pesimista dirá que la

mente destruye el alma, hasta que todo deseo de vida se aniquila, lo cual significa la muerte del ser humano y de la misma mente porque la mente es alimentada por la vida y no es nada sin ella.

Teoría acerca del hombre

Ludwig Klages distingue en el hombre los rasgos corporal (sensación y movimiento), anímico (contemplación y tendencia a la configuración) y espiritual (comprensión y voluntad), cuyas funciones unidas al «Yo» las denomina «espiritualidad del hombre» y las opone a su «alma» (oposición alma-espíritu).

Klages señala la existencia de una «conexión vital magnética» como producto de las «imágenes» del mundo exterior y el alma. En el hombre domina el «espíritu», que tiene su expresión en el «yo quiero» porque el querer es aquella función que facilita al «yo» la afirmación de sí mismo. Lo esencial en la existencia psíquica del hombre originario es la conexión inmediata entre alma y naturaleza, el «ser atraído» por las «imágenes» que produce el mundo exterior. Este «ser atraído» es lo que surge en el sujeto como «impulso». Klages denomina a estos fenómenos psíquicos (orgullo, vanidad, afán de dominio, respeto, amor a la naturaleza, piedad, etc.) unidos al yo, que surgen como motivos en las vivencias volitivas y que determinan el obrar del hombre, intereses que se hallan en oposición a los «impulsos». Y en la misma oposición se hallan entre sí «alma» y «espíritu». El «alma» representa el elemento de la vida; el «espíritu» representa «el yo consciente de sí mismo». El «espíritu» es lo que pone al hombre frente a la naturaleza: de un lado todo lo que es y vive; del otro lado, el «yo». El «espíritu» es el portador de la tendencia al conocimiento y a la superación» y el «alma» tiene «el impulso a la entrega, la tendencia altruista a desaparecer contemplando».

«Con todo esto se ha encontrado un principio de clasificación que permite diferenciar a los hombres según el predominio del alma y del espíritu; los cuales existen siempre en ellos. El reino del alma se puede designar como el de la abnegación; del reino del espíritu como el de la afirmación, y realizar con ello una jerarquía de los resortes impulsivos en resortes de abnegación y resortes de afirmación. A los primeros pertenecen, para aducir sólo algunos ejemplos, el amor natural, el amor al país, la piedad, el impulso al sacrificio, la bondad, la buena fe, la compasión, el altruismo, la paciencia y la magnanimidad, el respeto, etcétera, entre los resortes de la afirmación, por el contrario, hay que contar la objetividad, la necesidad de crítica, la imparcialidad, el espíritu de empresa, el egoísmo, el deseo de ganancia, el afán de poderío, el orgullo, el deseo de complacer, el cálculo, la desconfianza, la astucia, la hipocresía y la sutileza, la obstinación, la indocilidad, la envidia, la satisfacción por el mal ajeno, la insipidez y sequedad, el vigor y la frialdad, la falta de sentimientos y de simpatía, etc. Nos llevaría demasiado lejos exponer todas las subdivisiones de Klages» refiere H. Rohracher en su «Introducción a la caracterología».

Edwin Erich Dwinger: dar sentido al sufrimiento

Ulli Baumgarten

Durante la juventud aparecen libros de determinados escritores que nos impresionan de tal manera, que ya es imposible desalojarnos de nuestras mentes. Edwin Erich Dwinger, escritor celebérrimo en la República de Weimar fue, junto a Werner Beumelburg, el principal escritor del "nacionalismo de los soldados" (*soldatischer Nationalismus*) pertenece hoy, empero, a la categoría muy poco envidiada de los escritores de entreguerras olvidados. Incluso si algunos de sus libros han sido reeditados recientemente, sus nombres no dicen nada a nadie, incluso a personas que participan de movimientos neoconservadores o neonacionalistas.

Edwin Erich Dwinger nació el 23 de abril de 1898 en Lübeck, hijo de madre rusa y un oficial del ejército alemán. A lo largo de su vida sentirá, en consecuencia, una doble atracción: Alemania y Rusia. Como para muchos de los jóvenes alemanes de su generación, la primera guerra mundial será el acontecimiento central de su existencia. En 1915 se incorpora como voluntario en el frente. Aquellos años le marcarán de tal manera que a su trabajo en el campo, incorporará la de escritor movido por un deseo ardiente de contar sus vivencias como combatiente y de identificar su patria alemana.

Tras un episódico paso por el frente ruso, el joven soldado de un regimiento de dragones cae gravemente herido a los 17 años y es hecho prisionero por las tropas zaristas. Junto a un puñado de camaradas, acaba en el campamento de prisioneros de Totzkoïe, del que miles de soldados alemanes jamás regresarán. La administración del campo es inhumana: los detenidos mueren de tifus o, simple y llanamente, de hambre. En la primera parte de su trilogía *Die deutsche Passion* (*La pasión alemana*) titulada *Armee hinter Stacheldraht* (*Un ejército tras el alambre de espinos*), Dwinger trata de dar un sentido a este inmenso sufrimiento provocado por la brutalidad. Escribe: "Cualquier hombre incapaz de sacrificarse por una idea, sea de la naturaleza que sea, no es un hombre en el sentido más elevado. Sufrimos aquí por lo que al hombre le hace hombre: sufrimos por una idea". Los supervivientes de ese infierno terrenal acabarán por ser trasladados más al Este, cerca de los confines de la frontera con China. A pesar de que la guerra entre el Reich y Rusia concluyó en 1917, los prisioneros de guerra alemanes, convertidos en auténticos juguetes en manos de las tropas "blancas" y "rojas", no regresarán a casa hasta 1921.

Entre "blancos" y "rojos"

Dwinger rehusó siempre salir del campo de prisioneros hasta que, en 1919, fue tomado como prisionero por los "blancos" antibolcheviques. Éstos le ofrecieron como alternativa la muerte o enrolarse en el ejército anticomunista. En el segundo volumen de su trilogía, *Zwischen Weiß und Rot* (*Entre blancos y rojos*), Dwinger describe la peor y más brutal de las guerras, la guerra civil. Explica atrocidades cometidas por uno y otro bando, cincelando las frases más dolorosas de su obra. A principios de la década de los años veinte, Europa se estremece y al mismo tiempo queda fascinada por el bolchevismo. El miedo al bolchevismo explica la eclosión de movimientos radicales de derecha. Sólo quienes han vivido el destino del pueblo ruso en aquellos años terribles de la guerra civil entre "blancos" y "rojos" puede comprender los sentimientos que se barajan.

La derrota de Koltchak significa la quiebra definitiva de la resistencia antibolchevique. Dwinger vuelve a entrar en un campo de prisioneros. Se escapa y, en el verano de 1920, puede cruzar la frontera alemana. Afortunadamente, puede emplearse como capataz en una gran propiedad rural en Prusia oriental. Algunos de sus camaradas también encontrarán refugio como braceros. Dwinger describe

aquellos años turbios, de pérdidas territoriales por parte de Alemania y una inflación galopante en el tercer volumen de su trilogía, *Wir rufen Deutschland* (*Nosotros la llamamos Alemania*). Los tres volúmenes aparecieron entre 1929 y 1932 y contribuyeron a forjar su reputación literaria.

La mayor parte de su obra completa, contando más de treinta libros, está consagrada a las relaciones ruso-germanas. Entre éstos hay que citar *Die letzten Reiter* (*Los últimos caballeros*), libro aparecido en 1935. Su autor describe la tragedia de los países bálticos y de la casta dominante alemana presente en aquellas tierras a lo largo de 700 años, casta a la que hay que atribuir el desarrollo cultural y la pujanza económica de aquella parte de Europa. *Und Gott schweigt?* (*¿Y Dios calla?*), publicada en 1936, es una obra muy conocida de Dwinger. En ella describe las impresiones de un joven comunista que, en 1933, emigra a Rusia, pero queda horrorizado por la situación del país bajo el gobierno bolchevique y, tras convertirse en un anticomunista militante, regresa a Alemania.

Dwinger y la política "eslava" del III Reich

Como consecuencia de su propia experiencia, Dwinger fue siempre un anticomunista convencido, aunque bajo el III Reich no aceptará nunca la política "eslava" del nuevo Estado nacional-socialista. Dwinger creía que los pueblos que conformaban Rusia debían estar en pie de igualdad con el pueblo alemán. Esta será la razón por la que las relaciones entre Dwinger y las autoridades nacional-socialistas serán siempre ambiguas. En tanto que partícipe del movimiento literario del "nacionalismo de los soldados", se inclinaba con preferencia por los nacional-revolucionarios antes que por los partidarios de la política racial del III Reich. Sin embargo, ello no le impidió acceder a las pretensiones del *Reichsführer SS* H. Himmler. Durante la campaña de Rusia se convertirá en *SS-Obersturmbannführer* y será nombrado consejero personal del propio Himmler para asuntos soviéticos.

La carrera de Dwinger proseguirá, sin embargo, más allá de su estancia en las *SS*. Desde 1933 era miembro de la sección literaria de la Academia Prusiana de las Artes y *Reichskultursenator*, un cargo más bien honorífico y carente de poder en el Estado nacional-socialista. Sus compromisos académicos y políticos nos hacen dudar del papel de "resistente" que Dwinger se asignó para sí después de 1945. En su proceso de desnazificación, quienes lo juzgaron vieron en él un "gran coraje en muchas de sus acciones" llevadas "hasta el límite de lo posible".

Tras la segunda guerra mundial, Dwinger conoció un nuevo momento de gloria con su *Wenn die Dämme brechen* (*Cuando las barreras ceden*), editado en 1950 y donde describe la liquidación de Prusia oriental. El 17 de diciembre de 1981 murió Dwinger y con él desapareció un escritor alemán que encarnó, como ningún otro, las trágicas relaciones entre Alemania y Rusia. No han faltado quienes ha señalado de manera simplista a Dwinger como la contrafigura de Remarque, una suerte de anti Remarque. Sin embargo, parece claro que sin el acontecimiento mundial que supuso *Sin novedad en el frente* y sin el rechazo unánime de este libro por los medios nacionalistas, las obras de Dwinger no hubieran conocido la popularidad que tuvieron.

Homenaje a Ernst von Salomón

Ernesto Milá

A los 14 años, cuando descubrí en la biblioteca de mis padres *Los Réprobos* de Ernst von Salomón y lo leí, quise ser como él. Más tarde, cuando ya tenía treinta años, encontré en un tenderete de libros de lance en Caracas un ejemplar deshilvanado de *El Cuestionario* -¿qué historia debían tener aquellas páginas que verosímilmente habían pasado por muchas manos antes de llegar a mí?- escrito por von Salomón. Lo leí camino de Honduras a donde me condujo un desvencijado Douglas en un viaje interminable y ensordecedor. Tres días después todavía tenía el run-run de los motores clavado en los oídos, terminé la lectura y entonces supe lo que era la derrota. Yo estaba siendo en aquel momento, von Salomón y quería vivir mi aventura hasta el final. Anque culminara en derrota.

En 2003 traduje el libro de Dominique Venner, *Baltikum, la historia de los Freikorps* (Cuerpos Francos alemanes) entre 1918 y 1923 –una obra que en breve editará Ediciones IdentidaD, sirva esto como primera publicidad- y entonces recordé que un día quise ser como von Salomón y que la intensidad de mi aventura no había sido lo suficiente como para igualar esa tensión, ese dolor y esa angustia que solamente pueden estar en el origen de grandes obras, personales, políticas o literarias. Finalmente, hoy he acertado a leer un libro que no recuerdo dónde compré –acaso en el Mercado de Sant Antoni en Barcelona un día ya lejano- y he sabido que de mayor quería ser como von Salomón.

La aventura no es sólo cosa del ayer

La vida es extraña. Breve, pero extraña. Un amigo y camarada de toda la vida me decía que hoy no se pueden vivir aventuras por las que valga defender morir y que no hay grandes causas que justifiquen dar y recibir la muerte. Sí, porque no hay aventura digna de tal nombre sin sangre. La propia o la de otro. Este camarada se equivocaba. Siempre hay alguna aventura sobre la que valga la pena cabalgar hasta arrojarse al vacío.

Quizás las aventuras del ayer eran más nítidas. Los compañeros de aventura de von Salomón, tras cuatro años y medio de trincheras eligieron seguir combatiendo, cuando ya no había mando que lo ordenase, en las alturas de Alta Silesia y plantaron sus banderas y sus culos en lo alto del Annaberg. Antes habían combatido en Riga y en el Báltico, y antes aún combatieron contra los comunistas en las calles de Berlín y de Munich. Atentaron en el Rhur cuando Francia ocupó tierra alemana y algunos, von Salomón entre ellos, llegaron a la conclusión de que algunos traidores no merecían vivir, o que otros, como Rathenau, eran demasiado buenos y hubieran podido dignificar la República de Weimar, es decir, el reino de la mediocridad. O la aventura de liberar tierra europea del stalinismo hasta las puertas de Moscú o en las calles de la ciudad de nombre maldito y de maldito sea su nombre, Stalingrado. Cada época tiene sus aventuras a medida de los hombres que las protagonizan.

El aventurero y el burgués, separados por la actitud ante la muerte

No es raro que hoy algunos consideren que levantarse cada mañana para ir a trabajar ya es una aventura o que la aventura de tener hijos sea excesiva para ellos. En tiempos serviles, lo que en otro momento era normal se convierte en la única gran aventura posible.

La diferencia que hay entre el aventurero y el burgués es que el segundo aspira a morir en la cama, durante la noche, sin dolor y sin ser consciente de que se le va la vida. Puestos a no querer morir, piensa, lo mejor es no enterarse. El burgués –que ha pasado por la vida sin enterarse qué diablos es la Vida- oculta la muerte y evita mirar a la muerte –ese destino inevitable de lo humano- acaso por eso hoy ya no vemos féretros por las calles e incluso en los

hospitales se bajan por ascensores fuera de la vista del público.

Uno de los primeros recuerdos de mi infancia –quizás a los tres años- era la imagen de un féretro desconocido llevado a hombros descendiendo por la calle Viladomat seguido por unas doscientas personas. Así eran los entierros antes: casi exhibicionistas para recordarnos que la muerte nos espera al final del camino. Quien sabe lo que hay al final del camino, no se sorprende cuando le toca a él sino que simple dice: “Bien, veamos, ahora me toca a mí”. Un lama tibetano durante un curso sobre el concepto de la muerte en el budismo nos decía: “Nadie, ningún hombre, ni el Buda, han escapado nunca a la muerte” y luego añadía: “Desde el momento en que nacemos, nadie ha logrado invertir la línea del tiempo y conseguido recuperar un segundo del tiempo que se le fue”, efectivamente, desde que nacemos nuestro crédito de tiempo se va agotando. No hacía falta ser lama tibetano para saber la conclusión a la que llegamos: “No sabes ni el día ni la hora, sólo sabes que palmarás… así que estate preparado porque lo peor es que la muerte te coja con esos pelos”.

Horrorizado, el burgués niega a la muerte pensando que podrá ganarle la partida de ajedrez, con solo evitar acudir al encuentro o que el trance será menos amargo si le pilla sobando. El aventurero en cambio, siente horror por morir banalmente o de sopa de ajo.

De los rasgos del aventurero: entre el miedo y la lucidez

¿Imagináis a un aventurero sufriendo demencia senil o en un gediátrico? La demencia senil nos desposee de nuestros recuerdos, algo que jamás le podría pasar al aventurero que procura no tener recuerdos -en el canto de la Legión se expresa esta idea en el "nada importa mi vida anterior"-, sino, en su lugar, experiencias, no vive del pasado sino que ansía enfrentarse al futuro o al menos quiere ser dueño de su futuro, así que contra menos servidumbres haya contraído con el pasado, más libre estará.

El aventurero espera que un día suene el teléfono y una voz amiga le diga simplemente: “Vamos a morir”, no como amenaza, ni menos expresando el temor de algo que se sabe cierto, sino como culminación de una aventura que se asume, como orden, como propuesta y determinación: "Vamos a morir". Buscando, siempre se encuentra alguna causa para morir. Hay hombres que están dispuestos a morir como culminación de su vida, hombres que desean con toda la fuerza de su alma -especialmente con los cojones del alma como decía Miguel Hernández- embarcarse en una última aventura, aunque sea precisamente la que, finalmente, le queme y haga de él un cadáver bien churruscado.

La intensidad de la aventura es lo que marca la satisfacción por la misma. El cuerpo y el alma cambian en el curso de una aventura. Si se supera la prueba, el alma sabe el material con que está hecha. Las sensaciones se extreman: el arrojo o el miedo son radicales, distan mucho de los que se puede experimentar al salir a la calle y participar en una vida plácida y llevadera.

El arrojo se experimenta con lucidez. La mejor definición que he oído pertenece a la película Apocalipsis Now, si bien fue extraída de la novela de Joseph Conrad que sirvió de base para el argumento, *El Corazón de las Tinieblas* (novela que puede bajarse con P2P). El coronal Kurtz, en un momento dado explica al oficial que ha venido a matarlo que la visión de los brazos cortados de los niños a los que sus hombres habían vacunado, le produjo el efecto de una “bala de diamante disparada entre los ojos”.

En eso consiste la iluminación, en una nueva percepción de la realidad: nítida, limpia, brusca, íntegra y en experimentar la sensación de implacabilidad e indestructibilidad llegada de no se sabe dónde, pero que uno intuye que emerge del fondo del alma de eso que no estamos seguros que tenemos hasta que se abre una compuerta y entonces solamente nos resulta incomprensible el cómo habiamos sido capaces de vivir antes sin esa sensación.

La lucidez no da valor, pero se superpone a cualquier otro valor. Hace que todo lo demás pase a segundo plano. Concentra toda nuestra atención, todas las

fibras de nuestro cuerpo en un solo punto: el deber. Los hindúes lo llaman Dharma (pero hágame caso, y si no es un usted un cursi, un pedante o un memo redomado, lláme deber al deber y no pierda el tiempo). Ese deber puede proceder de la orden de un mando cuya autoridad se acepte. O bien de una fuerza interior, porque el aventurero tiene esa fuerza interior que en cada momento le indica cuál es su deber y qué es lo que hay que hacer en cada momento. Cualidad importante hoy cuando ya no hay "mando" que ordene.

Luego está el miedo. El miedo que se pasa ante un examen, ante una mala situación que supera al individuo, no es miedo, quizás sea pánico en el peor de los casos o susto en el mejor. El miedo es otra cosa mucho más intensa y puntual. El pánico que puede sentir el parado ante la imposibilidad de afrontar la hipoteca o el miedo del escolar ante el examen que tendrá mañana y que percibe como insuperable, el susto ante el tropezón, pertenecen a ese género de sensaciones menores y atenuadas con las que la modernidad nos pone a prueba y que solamente nuestra debilidad de espíritu nos las hace ver como insoportables.

El miedo -casi estaba tentado de escribirlo con mayúsculas, pues no en vano merece el homenaje que habitualmente se le niega a todo lo que establece una criba entre los hombres- es el compañero inseparable del aventurero.

Todos los aventureros han tenido miedo en alguna ocasión. No tenerlo implica ser un inconsciente o un insensato, un fanático o un tarado. El miedo es una fuerza de la naturaleza que cuando se apodera de ti, o la controlas o ella misma se encarga de que pierdas el control de tí mismo. El miedo, a fin de cuentas, no es más que una prueba.

Cuando notas que el ano se te comprime, que los latidos del corazón y de las sienes son tan intensos que en cualquier momento podrían saltar, cuando la boca está más que seca y los testículos parecen quererse encoger, con o sin sudor –el sudor es discrecional y no está siempre presente, lo cual no deja de ser curioso-, eso es el miedo.

Los problemas de querer ser otro y no ser uno mismo

Ante el miedo, como ante el segundo botellón de calimocho, o sobrevives o te derrumbas. El aventurero no aspira más que a experimentar la "prueba" (y luego otra y otra más) que le demuestre la calidad de su temple, la valía de la pasta con la que lo han modelado.

Recuerdo un camarada que había visto demasiadas películas y tenía tendencia a identificarse con el prota. El riesgo del cine o de la televisión o incluso de alguna novela, es que terminemos olvidando quien somos y asumamos que somos el tipo duro que tras indecibles peripecias se lleva a la chica. Cuando dejamos de ser nosotros mismos para creernos otro, ese agente secreto tronchamozas, de gustos selectos y habilidades inverosímiles, o ese héroe de opereta que no se despeina ni en los más agitados trances, o aquel otro miembro de los 300 de las Termópilas, que cachas él, ligaba con la más despiporrante heroína ateniense, si esto ocurre es que vamos pero que muy mal. El camarada en cuestión había visto la serie televisiva de los 60, Los Intocables y se creía a ratos uno de los secuaces de Eliot Ness y en otros –lo más habitual, por aquello de que las mujeres siempre se enamoran del chico malo-asumía el rol del ganster entre los gansters, Frank Nitti. Este camarada se había comprado incluso –la estupidez suele tener el límite muy lejano- trajes oscuros a rayas al uso, al parecer, entre los gansters de Chicago y gustaba fumar puros, no porque el aroma le emocionase, sino porque así lo hacían los gansters. El día en que otro camarada, cachondo él, montó en el local –el local del partido, claro- una timba a la que acudían los burlangas de Badalona, nuestro hombrecito se derrumbo: se vio detenido, creyó que al estar el local a nombre de un amigo suyo, sólo con eso bastaría para procesarle, condenarle y ver su apellido arrojado al oprobio badalonés (que ese si es oprobio). Se derrumbó, en definitiva. Una cosa es jugar a ser Frank Nitti, mafioso de pro del Chicago de los años 30 y otro muy distintos, querer asumir su rol en la Badalona de los primeros 70.

Cuando queremos asumir un papel que no es el nuestro, siempre tenemos tendencia a derrumbarnos en el atrio del templo de la verdad. En aquel momento, yo acababa de cumplir 20 años, pero supe lo que era un gilipollas: la persona que se hace daño a sí mismo, sin ser consciente de que intentar ser aquello que no se es, ni para lo que no se tienen cualidades, siempre, indefectiblemente, acaba peor que mal.

Recuperar el sentido de la aventura

Lucidez y miedo, tales son los rasgos que llevados al límite -más allá de los cuales cual la lucidez implica desintegración del ser en el todo y el miedo colapso cardíaco garantizada o embolia galopante- hacen del aventurero un ser de otra pasta. Como von Salomón.

Llegado a un momento de su vida, el aventurero dice basta, hasta aquí he llegado y aquí me paro. Todos tenemos nuestros compromisos con la vida y con la normalidad. Una mujer lleva a un matrimonio, un matrimonio lleva a tener hijos; hay el deber de criarlos y educarlos. Y probablemente, hacia la mitad de la vida, con un poco de suerte, ya sean mayorcitos. Entonces el aventurero mira el teléfono y vuelve a desear recibir la llamada que le llevará a otros horizontes y a nuevas aventuras, a situaciones inesperadas, a probarse a sí mismo, a demostrar de nuevo la dureza de su espíritu y si el material con el que está hecho ha resistido el paso del tiempo o la aluminosos lo ha corroido. Desea entonces recuperar la lucidez de cuando solamente tenía emociones intensas, cuando se sentía vivo y activo, cuando su cerebro ardía por un ideal, cuando se encontraba parachutado en el país más absurdo a donde solamente le había llevado una orden escueta y tenía que demostrar, a partir de cero, si servía para algo o si era mierda bien aplanada que había cometido el error de creerse algo especial.

Von Salomón se encontró en 1928, liberado tras seis años de prisión, de los que salió convertido en el mejor escritor de su generación. En 1945 se sentaba al frente de un capitán del ejécito norteamericano que le interrogaba y no lograba etender sus motivaciones: ¿por qué no ingresó usted en el partido nazi?, Von Salomón le contestó que, efectivamente, muchos de sus amigos habían llegado a Gauleiter, pero él optó por otra vía: "ganaba más dinero como guionista de la UFA". Hubo un momento en el que se odió a sí mismo por haber perdido el empuje que tuvo en los mejores años de su vida, aquellos en los que todo consistía en trazar planes, participar en conspiraciones, vivir la clandestinidad, esperar órdenes, ejecutarlas con implacabilidad, ser temeraria cuando la situación exigía serlo y ser cauto cuando el plan podía ser estropeado por un acto irresponsable. Ante aquel capitán americano que no hubiera entendido otra razón para que un héroe de la resistencia nacional como era von Salomon no hubiera aspirado a más altos honores, solamente había una forma de explicárselo: el dinero.

Evidentemente, von Salomon estaba tomando el pelo a aquel capitán. Pero su espíritu reverdeció en las semanas siguientes. Pero la realidad es que quien ha sido tocado alguna vez por la caricia de la aventura, nunca más puede olvidar las sensaciones que experimentó y siempre, antes o después, ansía volver a sentirse vivo y activo en medio de la más desmadrada, increíble e incluso, injustificable, aventura.

Von Salomón, fue una de las víctimas del proceso de desnazificación; él que nunca se afilió al NSDAP. De la conversación con aquel capitán americano surigió El Cuestionario. Sin duda su mejor obra después de Los Réprobos.

Dos textos inolvidables

Como homenaje a mi ídolo de juventud que es mi ídolo de madurez y que mal asunto será si sigue siendo mi ídolo de ancianidad, quiero colocar en este blog dos textos que me parecen extremadamente ilustrativos del espíritu de la época (el Zeitgeist que vuelve a estar de moda hoy gracias al vídeo del mismo título que recomiendo ver en youTube o bajarlo íntegro por P2P):

- El primero es la biografía de von Salomón publicada como anexo del libro de Roger Stephane, Retrato del Aventurero. Si tenemos en cuenta que el libro fue prologado por Jean Paul Sartre y que

Stephane pertenece al mismo entorno político sartriano, se percibirá mejor que el aventurero genera admiración incluso entre sus enemigos.

- El segundo texto es el capítulo del libro de Dominique Venner, Baltikum, relativo al atentado contra Walter Rathenau en el que von Salomón aparece como uno de los protagonistas. Se trata de algo más que un fragmento de la historia alemana del siglo XX, es la historia de la aventura de todas las épocas, la misma de Leónidas en las Termópilas o de Filípides en la llanura de Maratón, la historia del humilde soldado que busco aventura en Lepanto y obtuvo gloria en las letras, de los caballeros catalanes que forzaron la puerta de San Esteban en Jerusalén y entraron los primeros en la ciudad elevando al mejor de ellos, Godofredo Bouillon sobre sus escudos a la antigua usanza de nuestra raza, a los templarios de Gerard de Ridford y a su última y enloquecida carga de caballería en Tierra Santa, a nuestro tercios curtidos en Flandes, a los soldados españoles de Bailén y a los soldados napoleónicos de la Guardia Imperial que muere pero no se rinde y que, coño, demostraron que la consigna era algo más que un lema de héroes de figurín y relumbrón. Y así hasta llegar a los defensores del Berlín destruido. El resumen de ese espíritu, que es el de nuestra raza, lo encontré concentrado en ese capítulo de Baltikum que ofrecemos a nuestros amigos, pocas semanas antes de que aparezca el volumen editado en español.

Nota biográfica del libro de Roger Stephane

El presente texto que reproducimos ha sido extraído de la obra Retrato del Aventurero de Roger Stephane, Ediciones de la Flor, Buenos Aires 1968, páginas 177-182. Resume los puntos más significativos de la vida, de la obra y del sentir de Ernst von Salomón. Estas notas tienen todavía más valor en la medida en que han sido extraídas de un autor que, globalmente, condena la obra de von Salomón y todo lo que ello significa. Aún así, resulta imposible desfigurar la vida de un espíritu volcado a la acción y a la aventura.

Ernst von Salomon nació en Kiel el 25 de septiembre de 1902. Su padre había nacido en Inglaterra y su madre en Rusia, a pesar de lo cual adoptaron la nacionalidad prusiana, opción que fue reivindicada por su hijo: Yo sé que de no haber nacido prusiano, lo hubiera sido por elección. Descendía sin embargo de la pequeña aristocracia franco-alemana: un Salomon, Louis Frederik Cassian de Salomon, participó en el complot de Pichegru contra Napoleón. Su padre estaba al servicio del Estado: para un prusiano, ser comisario de policía no era carecer de dignidad. Bautizado en la religión católica, Ernst von Salomon desarrolló un agnosticismo consciente. Lo enviaron a Karslruhe, en la región de Bade, donde asistió a los cursos de un instituto que preparaba jóvenes para ingresar en el Cuerpo de Cadetes del Emperador.

Si bien sólo contaba doce años cuando estalló la guerra, no por ello resultó menos sensible a la exaltación patriótica y militarista que se suscitó en Alemania. A los dieciséis años, cuando su país se ve obligado a firmar el armisticio, vive este hecho como una humillación personal. La Primera Guerra Mundial concluyó tanto para Alemania como para Francia en 1918, pero para los adolescentes alemanes "continuó" en las guerras que sostuvo Alemania en Polonia o en Litúania.

Se constituyeron los cuerpos francos de la Alta Silesia y del país báltico, por el año 1921 y Ernst von Salomon participó en unos y otros. Conducido por jóvenes oficiales que no habían podido aceptar el fracaso, atribuido a los tratados, parecían querer demostrarles lo que podían lograr el valor y la fuerza de voluntad puestos al servicio de cierto concepto de nación. Los jóvenes oficiales se desquitaron en el este del fracaso sufrido en el oeste. El arbitraje aliado que restituyó a Alemania la fracción de Silesia conquistada por estos cuerpos francos, justifica su existencia y consagra su acción.

Al regresar de estas campañas, Ernst von Salomon no perdió contacto con sus compañeros. Para ganarse la vida fue

empleado de seguros, y luego bancario. Instaló un pequeño local de cambios como los que pululaban en la Alemania inflacionista y, simulando consultar telefónicamente los valores en plaza de papeles extranjeros, pagaba, a los clientes poco informados y despiertos, sumas inferiores al valor real de la moneda que le habían ofrecido. En Alemania los grupos de conspiradores nacionalistas se multiplicaban. Von Salomon integró dieciocho de estas asociaciones: de una de ellas emergió Hitler. Además, participó en el complot que costaría la vida al ministro de Relaciones Exteriores, Walter Rathenau. Ernst von Salomon afirma que el antisemitismo no desempeñó el menor papel en este asesinato: Con su voz pausada Ernst Jünger me preguntó: «¿Por qué no tiene usted el coraje de decir que Rathenau murió porque era judío?". He recibido cartas hasta de Palestina preguntándome lo mismo, y cada vez respondí: "Porque no es cierto”.

Nada permite poner en duda la sinceridad de von Salomon. Las razones de este joven nacionalista eran suficientes: como hombre de Estado, Rathenau había tomado partido con respecto a la derrota de 1918, el Tratado de Versailles y todas las servidumbres impuestas a Alemania. Creía que Alemania sólo podía reconstituirse a partir del estricto cumplimiento de todas las cláusulas de los tratados .internacionales que acababa de firmar, para obtener de esta manera, de la Sociedad de las Naciones, una especie de certificado de buena conducta. Todo político que compartiera el respeto por estos tratados debía ser "suprimido". Por otra parte, Rathenau tenía formación o cultura burguesa. Participaba del humanismo optimista de comienzos de siglo: su encuentro con Gide no es puramente casual.

Hemos visto más arriba la "alergia" de von Salomon frente a la conducta del humanista burgués, alergia que no excluía cierta atracción por ella. Un burgués cultivado hablaba su mismo idioma, pero para von Salomon encarnaba la impotencia. Es un burgués internacionalista (ahora lo llamaríamos europeo) en cuyo asesinato colaboró en 1922 un joven "irredento". La toma de conciencia, por parte de los jóvenes nacionalistas, de la importancia política de Rathenau, los decide muy pronto a matarlo; al subir a un coche rumbo al sitio del asesinato, el asesino declara: "Si Hitler comprende que ha llegado su hora, es el hombre que creo".

Una vez cumplida su misión, los asesinos se dan a la fuga, y son perseguidos de cerca. Von Salomon se dispone a reunirse con ellos, siguiendo paso a paso las informaciones de los diarios, pero, sorprendidos en un escondrijo improvisado, son abatidos por la policía. Entre el asesinato de Rathenau y su propio arresto, von Salomon viajó a Munich, para entrevistar al comandante Ehrhardt, quien, después de colaborar en el "putsch" de Kapp, hablaba de confederar los pequeños grupos de nacionalistas alemanes:

"Después de un rato, escuché que alguien subía la escalera. Me senté a una mesa. Entró un hombre: pese al calor sofocante llevaba un impermeable y un sombrero de paño gris verdoso; bajo la nariz, emergía un extraño, bigote. Me preguntó, con voz gutural:

"-¿Está el comandante?

"No parecía prusiano, pero podría haber sido agente de la policía criminal. Respondí:

"-¡No!

"-Es necesario que hable de inmediato con él -dijo-. ¿No me conoce? Soy Adolf Hitler.

"Yo lo conocía, aunque no lo había visto nunca.

"Kern lo había estimado mucho; opinaba que, fuera del comandante, Hitler era el único hombre capaz y con coraje para pasar a la acción. Me levanté diciendo:

"-Voy a ver.

'To anuncié al comandante:

"-Mi comandante, Adolf Hitler quiere hablarle.

"El comandante dejó caer su mano, sobre la mesa, gritando:

“Dios mío! ¿Qué quiere ahora ese idiota?

“Después, hizo un movimiento pequeño y brusco con la cabeza, y ordenó:

"-Hágalo pasar.

"Volví a la antecámara, hice un pequeño y brusco movimiento con la cabeza, y repetí:

"-Pase.

"Un poco más tarde, el comandante salió con él y me dijo:

“-Está bien, está usted en libertad.

"En la calle, lo perdí de vista. Es la única vez que ví a Adolf Hitler, en persona".

Arrestado, von Salomon fue condenado por primera vez a cinco años de reclusión por participar en el crimen de Rathenau, y a tres años por golpes y heridas, con concurso de penas; una amnistía lo liberó en 1928.

Es entonces cuando se inicia su carrera de escritor, que no le impide, por otra parte, continuar su militancia en los medios ultranacionalistas. Es entonces cuando conoce, entre otros, a Ernst Jünger. “En ese momento me preguntaba por qué Jünger podría interesarse en mí: era demasiado inteligente para creer que durante toda mi vida yo me esforzaría, el rostro en éxtasis, por llenar de balazos a bravos ministros, o a tirar bombas, para seguir plantando en mi vejez ardiente, mediocres estandartes sobre cualquier clase de barricada".

Y, desde entonces, hiciere lo que hiciere, es consciente de la distancia que se establece entre él y su acto, entre él y su vocación; de nacionalista pasa a ser, insensiblemente, un escritor que se mira ser nacionalista: “Soy un observador apasionadamente comprometido”.

En 1932, decide pasar sus vacaciones en Francia; allí se encuentra en la región vasca con Claude Farrère, todavía glorioso y dolorido por una bala perdida recibida en ocasión del asesinato del presidente Paul Doumer. Escribe sobre sus vacaciones en Francia una larga novela, incorporada al Cuestionario: Boche in Frankreich, resplandeciente de ternura, de sol y de ironía. El ascenso del hitlerismo al poder y las resistencias que encuentra, el combate de una Alemania desgarrada, no impiden a Ernst von Salomon, que tenía entonces 30 años, conocer y apreciar una cierta dulzura de vivir. Con la llegada de Hitler al poder, muchos de sus amigos alcanzan puestos importantes. De "réprobo" se convierte en héroe del "irredentismo", él, uno de los asesinos de Rathenau. El nuevo régimen se muestra dispuesto a colmarlo de honores. Cualquiera sea el sentido que el pensamiento moderno ha dado a esta palabra, von Salomon era desinteresado, y, más exactamente, comenzaba a desinteresarse.

Rehusó todo beneficio moral o material del III Reich y fue lector en la editorial Robwolt, luego guionista. Cuando un oficial americano le preguntó acerca de las verdaderas razones que le habían impedido afiliarse al partido nacionalsocialista, Salomon responde:

-Si hubiera ingresado en el partido, sería por lo menos Gauleiter; ¿no es cierto?

-Yaeh -dijo el oficial apresuradamente.

-Y bien, me convertí en guionista, lo que me permite ganar el triple que un Gauleiter.

El sentimiento de contrición demócrata cristiano que se abatió sobre la República Federal Alemana, impidió, después de la Segunda Guerra Mundial, reconocer el talento profético de Ernst von Salomon así como también la importancia de su testimonio.

Salomon quedó en sombra hasta la publicación en 1952 de El Cuestionario cuya desenvoltura, la insolencia respecto de los norteamericanos y el desapego frente al pasado, alegraron a toda esta nueva generación de alemanes exasperados y hartos de sentirse culpables.

Pese a sus 648 páginas El Cuestionario fue un best seller, que colocó a von Salomon en el sitio que le correspondía: el del mejor escritor alemán en vida.

Baltikum: los Freikorps 1918-1923, por Dominique Venner

Los cuerpos francos de ex combatientes alemanes, surgidos luego de la derrota militar en la Primera Guerra Mundial (1918), aportan su vigor al luego movimiento nacional-socialista rumbo al poder.

"Baltikum" habla de esto.

Capítulo III

Los primeros Cuerpos Francos

Bajo el casco prusiano, el ayudante Suppe, del 1º Regimiento de la Guardia, lleva los bigotes de moda entre los soldados del frente. Así ataviado, su cuerpo parece modelado en aquel caucho duro del que están hechas las porras. Luce, provocadora, la Cruz de Hierro de primera clase, sobre la guerrera del uniforme. En la cintura resalta el perfil duro de una pistola de ordenanza Luger P.08, dispuesta para ser usada.

El soviet del cuartel evita aventurarse en los corredores del primer piso donde el ayudante Suppe ha establecido su cuartel. Todo el día es un continuo desfilar de suboficiales, animales de guerra de mirada profunda, ociosos en estos días.

Los cuerpos delgados, como atraídos por una misteriosa calamidad, salen por la escalera para alcanzar la gran habitación, del cuerpo de guardia, convertido en centro de reclutamiento; allí, en la única cama que hay en la estancia, se sienta el ayudante Suppe.

En el corredor, dos oficiales fuman con un falso desinterés que contrasta con su mirada siempre en guardia, la pistola al cinto y las botas lustradas. El cañón amenazador de una ametralladora Maxim, sostenida en su trípode, con la cinta artillada, sorprende tras la puerta. Un armero repleto de brillantes fusiles Mauser se apoya a lo largo de todo el muro. En frente, banderas rojas y negras apuntan sobre un mapa del Gross Berlin. El perfume acre del tabaco llena la estancia, luchando con el olor insípido de los uniformes y el cuero de los correajes. En torno a una mesa de madera que se apoya sobre cajas de granadas, algunos suboficiales de la División de Cazadores de la Guardia escuchan al ayudante Suppe.

Aquí está siempre el frente. Estos hombres no pueden eludirlo. Han sido devorados por la guerra... Cada uno de sus gestos, cada reflejo está impregnado por la dureza de las batallas. Bajo el aburrimiento de las trincheras, el horror de los bombardeos, la furia de los asaltos, han sepultado al hombre viejo, el civil, el burgués. Si encontraran las palabras y la fórmula podrían decir como Ernst Jünger: «La guerra, madre de la dolorosa Europa de hoy, es también nuestra madre: es quien nos ha forjado, esculpido, endurecido y convertido en lo que somos. Y siempre, por todo el tiempo que girará en nosotros, trepidante, la rueda de la vida, la guerra será el eje en torno al cual la rueda girará».

Nacidos para ser soldados, la guerra les ha separado del rebaño de los drogueros, de los obreros y de los contables en uniforme que componen el grueso de los ejércitos nacionales. En sus venas corre la sangre viva de los soldados de Carlos V, de los veteranos de la Guerra de los Treinta Años, y de los piratas de Störtebecker. En la batalla, los rostros locos se vuelven hacia los rostros más duros y decididos. En la desolación nocturna de las trincheras, la débil luz de sus acuartelamientos anunciaba un refugio inexpugnable de desesperanza y alegría desdeñosa. El miedo y el sufrimiento, acentúan más el gusto por los placeres inmediatos, el del golpe de mano y el del trago de schnaps…

Los amotinados les temen y envidian al mismo tiempo, por que reconocen en ellos el eterno gesto desafiante, agresivo, temerario y despiadado.

En el Berlín titubeante de noviembre de 1918 los suboficiales con el perfil de lobo ostentan con insolencia las Cruces de Hierro, los galones y las pistolas. Pero estas provocaciones no pueden durar mucho tiempo. El ayudante Suppe lo sabe mejor que nadie. En el cuartel donde su reputación de burlón y sus gestas lo han convertido en extremadamente popular, siente el odio sordo, y su habitación que se obstina en llamar «el bunker», merece justamente este nombre.

«Desorden, inseguridad, saqueo, anarquía y vagabundeo –ha escrito el subteniente Fischer, ayudante de campo en la plaza de Berlín– estaban al orden del día. Las tropas estaban cómodas y los cuarteles parecían manicomios. Los puestos de guardia habían dejado de existir: sólo el soviet de soldados en cada ángulo y en cada corredor actuaba con iniciativa. Los únicos dueños de Berlín eran la división, la licencia y el caos… Hasta desembocar en los momentos de ocio y de la paga, los cuarteles quedaban vacíos cuando la Kommandantur solicitaba apenas una docena de hombres para el servicio».

El 16 de noviembre, los más veteranos del 2º Regimiento de la Guardia se reúnen en el «bunker».

Cinco días antes los oficiales han debido huir del cuartel. Aislados frente a la masas de rebeldes, sin oficiales, sin órdenes, los soldados no saben que hacer. Todavía ayer, todo era simple. Hoy ya no se sabe quien manda. Tras la avalancha de preguntas, Suppe se levanta y toma la palabra:

– ¿Qué –pregunta– debemos hacer en Berlín? Nos uniremos, sin ninguna autorización. Y –guste o no– se deberá reconocer nuestra existencia. En situaciones excepcionales, un suboficial debe tomar él mismo las decisiones. Y nosotros no hemos conocido jamás situación tan excepcional como esta. Así pues, tomo la decisión de constituir un cuerpo franco con aquellos que quieran seguirme.

Un triple «Hurra» saluda la creación del primer cuerpo franco de la revolución alemana. En la confusión del momento, nadie hace caso de aquellos que muestran sus rostros preocupados por la aventura.

Extremadamente denso, el aire del «bunker» se convierte ahora en irrespirable; el cuerpo franco decide evacuar el cuartel con armas y bagajes.

Suppe se instala después en el gran anfiteatro de la Universidad. Optimista, espera ver afluir voluntarios.

Uno de sus compañeros, encargado del telégrafo con el Ministerio de la Guerra de Prusia, transmite por los canales oficiales un despacho directo a todos los cuarteles:

«Los suboficiales del frente que puedan demostrar haber estado de servicio, pónganse en contacto con la oficina del cuerpo de voluntarios, en el edificio de la Universidad, Kaiser Franz-Josep Plats. Todas las informaciones relativas al sueldo, el rango y el equipamiento serán facilitadas en esta oficina. Firmado: Suppe, Führer».

Este telegrama provoca una tempestad en el Comité Central de los soviets y Liebkbecht organiza asambleas para pedir el arresto de los suboficiales «contrarrevolucionarios».

Sin dejarse intimidar por esta campaña, Suppe, decididamente tiene en ascuas a los movimientos revolucionarios, consigue organizar, el 5 de diciembre de 1918, una reunión de todos los suboficiales de la guarnición en el Circo Busch. Informados por panfletos y anuncios en prensa, 1.500 suboficiales responden a su llamada. Tras un tempestuoso debate y para tomar la iniciativa, Suppe decide realizar una manifestación en Berlín.

Así podrá saber de cuántos partidarios dispone. Parte de la Unter-den-Linden, seguido por quinientos rostros insolentes y resueltos. Este temerario cortejo prefigura las futuras cortes uniformadas que cantarán pronto su desafío en todas las ciudades de Alemania:

«Las calles pertenecen a quien desciende sobre ellas,

la calle pertenece a la bandera de los cuerpos francos.

Entorno a nosotros, el odio.

En torno a nosotros, caen los dogmas abatidos.

Sobre el fango ondean muestran banderas».

En la Wilhemstrasse, el cuerpo franco se encuentra con la guardia «roja» del mayor Otto Wels, uno de los pocos oficiales socialistas, nombrado comandante de la plaza. Las dos opciones se enfrentan en un instante de silencio. Bruscamente se abre una ventana en la fachada de la Cancillería. Las cabezas de los soldados se alzan: en el balcón aparecen Ebert y Scheidemann que, tomando la palabra, les exhortan

alternativamente a unirse para defender la nueva legalidad, la joven república alemana y el Reich eterno. Suppe apenas le escucha. Está distraido con las reflexiones del mayor Wels; sin cumplidos, éste le invita a unirse a la Repúblicanische Soldatenwehr. Solo él tiene autoridad en Berlín para dar la paga, el alimento y los equipamientos. Asegura al «camarada» Suppe que su autonomía será respetada, por que él, en cierto modo, ha sido elegido por sus hombres.

Suppe ve inmediatamente las ventajas que puede extraer de esta propuesta: aceptarla, significa que su iniciativa pueda tener un aspecto oficial, lo que le facilitará el reclutamiento. A cambio, ¿qué es lo que le están pidiendo? Una alianza puramente formal que ha decidido respetar mientras convenga a sus intereses.

El cuerpo franco se convierte oficialmente en el 14º Acuartelamiento de la Soldatenwehr. Ya que el mayor Wels se demuestra, como era de esperar, incapaz de mantener la promesa por lo que respecta al sueldo y al armamento, se pone una vez más de manifiesto el espíritu de iniciativa de Suppe. Las armas son procuradas durante la noche; proceden de cuarteles sin vigilancia. Cuatro autos blindados y un carro de asalto circulan por la calle de la Volksmarinedivision, tras haber comprado a los centinelas.

Los efectivos alcanzan los de un batallón; pero se trata de un batallón seleccionado por la guerra; todos han combatido bajo el fuego y pertenecen a las diferentes armas: infantería, caballería, artillería. Suppe introduce innovaciones, como harán luego otros comandantes de los cuerpos francos y sobre todo el general Märker a mayor escala. Constituye en su unidad una compañía de apoyo armada con cañones y morteros, mandada por el oficial Penther, y una compañía de ametralladoras pesadas, mandada por el sargento mayor Flick. Dispone así de una formación en la que diversas armas podrán inmediatamente desplegarse con una potencia de fuego máxima en las condiciones imprevisibles del combate ciudadano.

El 24 de diciembre de 1918, unas horas después del fracaso de las operaciones realizada por las tropas del general Lequis ante el Marstall, el gobierno confía al coronel Reinhar6, del 4º Regimiento de la Guardia, la organización de una policía militar en Berlín. Es un hombre de temple odiado por los revolucionarios. ¿Con quién puede contar? El ayudante de campo del mayor Wels lo conduce al acuartelamiento de fortuna del cuerpo franco de Suppe.

El ayudante lo acoge con un saludo impecable y garantiza inmediatamente a Reinhar su apoyo. Entrados en el gran cuerpo de guardia, los dos oficiales creen soñar; una orden que parece llegada de un pasado remoto resuena en sus oídos:

– Stillgestanden! Augen geradeaus! ¡En pie! ¡Firmes!

Disimulando la emoción, pasan lentamente ante los suboficiales firmes, dramáticos testimonios, en sus disparatados uniformes, de la fidelidad de los viejos regimientos imperiales.

Esa misma noche, los hombres de Suppe marchan hacia el cuartel de Moabit donde el coronel Reinhar organiza un cuerpo de voluntarios de los que ellos constituirán el núcleo.

Naturalmente los oficiales del Estado Mayor, comprenden pronto las ventajas de una llamada a los voluntarios. En sus recuerdos, el general Groener afirma: «Sólo un ejército de voluntarios podía afrontar la lucha contra las masas obreras de la ciudad. Ya en Spa (es decir, antes del 11 de noviembre de 1918) había avanzado esta idea, pero no se pudo realizar por que se creía que el ejército activo era utilizable. En Wilhelmshöne (nueva sede del Alto Mando), el plan fue recuperado y desarrollado de escondidas, de acuerdo con Ebert»7. El mayor von Scheleicher, que se convertirá luego en ministro de la Reichswehr e intentará oponerse al acceso de Hitler al poder, apoya decididamente la idea de Groener. Éste demuestra, a su vez, que tienen todo que ganar con la creación de los cuerpos francos. Si la iniciativa fracasase, las responsabilidades recaerán sobre el gobierno Ebert. Si los resultados son positivos, los cuerpos de voluntarios servirán de vivero para el Estado Mayor,

reconstituido entre tanto, y que, a su vez, conseguirá reconstruir un verdadero ejército. El Feld-Mariscal Hindenburg se dejó convencer con este argumento.

El 24 de noviembre de 1918, el Estado Mayor envía una orden secreta a los comandantes de las grandes unidades de guarnición en Polonia (Grenzschultz-Ost), induciéndoles a constituir tropas voluntarias para «asegurar la defensa de la Marca del Este». Tres días después el subteniente Gerhard Rossbach, del 175º Regimiento de Artillería, había cumplido esta orden constituyendo bajo su propia autoridad un cuerpo franco, la Freiwillige Surmabeitung Rossbach, Sección de Asalto de los Voluntarios de Rossbach. El 29 de enero de 1919, con sus 180 hombres, se apoderaron de la ciudad de Culmsee en la Prusia Oriental, tras haber puesto en fuga a las milicias polacas. La empresa será una de las raras operaciones realizadas en el Este con éxito positivo en este período.

El 10 de diciembre de 1918 el subteniente Paulsen creó un cuerpo franco en Silesia, y el jefe del escuadrón von Aulock, del 4º Regimiento de los Usares Pardos, hace lo mismo en Hannover. Por su parte, el capitán de reserva Franz Seldte, restituido a la vida civil y a sus actividades industriales, funda en Magdeburgo en las Navidades de 1918 con sus ex camaradas del 66º Régimiento de Infantería, el Stahlhelm (Casco de Acero), una especie de liga, a medio camino entre la milicia armada y las asociaciones de ex combatientes.

El movimiento, de un estilo completamente nuevo, que prefigura las ligas paramilitares de excombatientes que florecerán en toda Europa tras 1918, se difunde rápidamente en Sajonia y Brandeburgo. Pero será la audaz iniciativa de un oficial superior, el general Märker, comandante de la 214º División de Infantería, quien dará un impulso decisivo a la constitución en gran escala de los cuerpos francos.

Nada parecía predisponer a este general, que no había protagonizado ninguna acción clamorosa que lo distinguiera durante la guerra, a un destino tan singular. «No he pensado en nada –ha escrito en sus memorias– mientras me he encontrado en territorio enemigo. Sólo cuando puse el pie sobre el suelo de la patria pude medir la extensión del desastre: y entonces me sentí literalmente hundido».

El 6 de diciembre de 1918, se encuentra con algunos oficiales del Estado Mayor del Cuerpo de Ejército Sixt von Arnim, en el Palacio Episcopal de Paderborn. El coronel Heye, que representa al Alto Mando, sugiere la creación de unidades de voluntarios empezando por el reclutamiento de las tropas desmovilizadas, a fin de asegurar la protección de las fronteras del Este contra los polacos y para combatir a los espartaquistas del interior. La misma tarde, de regreso a su Cuartel General de Salzkotton, el general Märker decide constituir un cuerpo franco. La mayor parte de los oficiales de su Estado Mayor aprueban la iniciativa. Primeramente llamado Landjägerkorps, la nueva unidad es definitivamente bautizada Landesjägerkorps, después de que un oficial recordase que en la Alemania meridional Landjäger quiere decir salchichón…

Trabajando sin interrupción con su Estado Mayor, el general Märker puede redactar el 12 de diciembre una memoria a su superior jerárquico, el teniente-general von Morgen, comandante del 14º Cuerpo de Ejército de la Reserva. Este pide un proyecto de regulación más detallado; el general Märker se lo entrega el 14 de diciembre. Este documento constutivo del Freiwilligen Landesjägerkorps se convertirá, por sus disposiciones revolucionarias, en una especie de carta para los cuerpos francos. Inspirará también el texto de la futura ley sobre la Reichswehr provisional, votada por la Asamblea Nacional de Weimar el 6 de marzo siguiente.

Esta «carta» se basa en las lecciones obtenidas en los primeros días de la revolución y en las duras condiciones de la retirada: el general Märker ha notado que los «hombres de confianza» elegidos por los Soviets de Soldados puede secundar útilmente a los oficiales cuando no son arrastrados por el espíritu de rebelión. Estos se ocupan entonces de todas las cuestiones relativas a la vida material y al confort de la

tropa, del aprovisionamiento a la contabilidad de las unidades, comprendido el rancho del cuartel y la organización de los pases de pernocta. La gran innovación del reglamento de Märker consiste en institucionalizar la función de estos «hombres de confianza» elegidos por la tropa, aun confirmando la autoridad de los oficiales. Estos hombres de confianza tendrán también el derecho a ejercer como jueces en las cortes marciales.

La vieja disciplina puramente mecánica (Kadaverdisziplin) es sustituida por una «disciplina de hierro», ciertamente, pero «libremente aceptada» y fundada sobre la lealtad de los hombres hacia sus jefes. El Documento constitutivo modifica también el régimen de castigos y los signos exteriores de respeto en vigor en el ejército imperial.

Transmitido por el general von Morgen, el documento constitutivo es ratificado por el Estado Mayor.

Reunidos los primeros Voluntarios, el general Märker dice:

«Camaradas: soy un viejo soldado. Durante treinta y cuatro años he servido fielmente a tres emperadores.

He combatido y vertido mi sangre por ellos en cinco guerras y en tres continentes. Aun hoy amo y respeto a Guillermo II, tras treinta y cuatro años que he prestado juramento a la dinastía. Pero hoy ya no es mi Emperador ni mi Señor de la Guerra. Le ha sucedido el gobierno del canciller Ebert, que se encuentra en una situación muy difícil (…). Hace ciento seis años, cuando Prusia fue humillada y envilecida como hoy lo ha sido el Reich, algunos Cazadores se reunieron voluntariamente en Breslau, en torno al mayor von Lützow. Con ellos, Lützow emprendió su audaz empresa. Constituyendo un Cuerpo de Cazadores Voluntarios; yo he querido crear una tropa similar».

Los voluntarios prestaron juramento según la fórmula:

«Juro servir lealmente al gobierno provisional del canciller Ebert hasta que la Asamblea Nacional haya elegido un gobierno definitivo».

Se trata de un juramente completamente formal. Los combatientes de los freikorps desprecian al presidente de los «Comisarios del Pueblo» apostrofado como Friederich der Kleine (Federico el pequeño), en oposición a Friederich der Grosse (Federico II el Grande).

El encuadramiento se confía inicialmente a suboficiales de cierta edad; Märker temía que suboficiales jóvenes pudieran cometer errores psicológicos con una tropa verosímilmente difícil de mandar. Pronto se da cuenta de que se ha equivocado.

«Comprendí inmediatamente que la primera teoría era completamente errónea. He visto a muchos jóvenes oficiales en situaciones en las que hábilmente sabían salir adelante. La juventud tiene la ventaja de la despreocupación, de la intradependencia y, sobre todo, del fervor patriótico».

Los Cazadores reciben una paga de 30 marcos al mes a la que se añade una gratificación de 5 marcos al día tanto para oficiales como para suboficiales. Los compromisos son de 30 días. Basta con haber terminado la instrucción militar para poder enrolarse. Esta última disposición no será impuesta a los demás cuerpos francos que enrolarán estudiantes sin formación militar.

Reguladas las cuestiones del reclutamiento, del encuadramiento y de la disciplina, el general Märker se dedica a la organización táctica del cuerpo. Ya que ha sido destinado a los combates de la guerra civil, decide crear numerosas pequeñas unidades mixtas con los efectivos de una compañía, reforzada por una sección de ametralladoras pesadas y una sección de morteros. Una batería de artillería y un escuadrón de caballería podrán agregarse en caso de necesidad. Está prevista una instrucción táctica especial para todas las situaciones de combate en las zonas urbanas: defensa de edificios públicos, ocupación de estaciones ferroviarias, asalto a edificios, combates callejeros, etc.

Precisamente sobre este punto encontrará las mayores dificultades. Märker

se preocupa del equipamiento de sus voluntarios cuyos uniformes son dispares y desgastados. Los depósitos que visita han sido saqueados o se encuentran en tal estado de abandono que el material es inutilizable. Sus peticiones infructuosas demuestran que, en diciembre de 1918, ni el Ministro de la Guerra de Prusia, ni el Comandante de Berlín tenían la posibilidad de vestir y equipar a los 4.000 efectivos que en esa fecha constituían el cuerpo franco.

El 28 de diciembre Märker recibe la orden de ponerse a disposición del general von Lüttwtiz, nuevo comandante militar de Berlín a fin de asegurar la protección de la capital. Llegando al campo de Zossen, a 50 kilómetros al Sur de Berlín, descubre finalmente un depósito de vestuario que le permite equipar a sus tropas. La solapa de las guerreras está adornada con una hoja de roble, símbolo de la fidelidad alemana.

Los primeros cuerpos francos, surgen en el seno de unidades descompuestas. Todo es caótico en el vértice administrativo del viejo ejército, cuya ficción sigue manteniéndose. Suele ocurrir en esos días que un joven oficial o suboficial enérgico –en un cuartel sumido en el caos– se alce y realice una llamada a los voluntarios.

Los primeros en responder son los combatientes del frente, disgustados por la derrota y el desorden institucionalizado. Son jóvenes y violentos para soportar los insultos sin reaccionar; no se reconocen en el rostro de la nueva Alemania.

Los demagogos de la política, los agitadores convulsivos y los traficantes corruptos que tienen en esos días la supremacía, les inspiran sólo cólera y desprecio; consideran que precisamente ellos jamás han conocido la guerra y han boicoteado a los frentes desde la retaguardia.

Naturalmente sólo en algunos de ellos está presente tal estado de ánimo. La mayor parte de los combatientes no piensa más que en arrojar lejos el uniforme, olvidar el fango, los piojos y el miedo de las trincheras entre los brazos de la esposa y en la calidez del hogar. Desean sólo un poco de dulzura y de quietud, incluso creen que podrán obtenerla en la Alemania trastornada, destruida, hambrienta. «¿Qué han encontrado? Emboscados bien nutridos, situados en los mejores puestos, mientras ellos, macilentos, con el uniforme raído, se ven obligados a mendigar un puesto de trabajo de puerta en puerta. Han visto la riqueza, el bienestar reservado a los beneficiarios de aquella guerra por la cual ellos, y sólo ellos, han pagado con su piel». Algunos, tras haber intentado en vano reinsertarse en la vía civil, huyen en la miseria y en la desesperación enrolándose en un cuerpo franco.

El capital Berthold, vencedor en cincuenta y cinco combates aéreos, laureado con la cruz «Pour le Mérite», «un hombre cuyo cuerpo taladrado por los balazos, era todo uno con las prótesis artificiales y las vendas», escribía en su diario en enero de 1919: «No olvidaré nunca aquellos días de delito, mentira y barbarie. Aquellos días de la revolución han dejado en signo indeleble en la historia de Alemania». Con patética premonición, deja escapar este grito: «Cuánto me odia el polaco…». El 14 de marzo de 1920, en Harburg, será asesinado de forma horrenda por los revoltosos.

Hanz Zöberlin, al retorno de las trincheras, ha contado como encontró Munich, presa de la revolución.

En la estación es asaltado por una masa ululante que lo insulta y le arranca la Cruz de Hierro: «Si hubiera tomado un coche, habría estado en casa en un cuarto de hora. Pero no tenía ganas de apresurarme. Ninguna alegría por el retorno aligeraba mis pasos. Dí un largo rodeo como cuando era niño e iba al dentista. Y, por lo demás ¿qué habría hecho en mi casa? Qué habría podido hacer en aquel lugar frío y extraño que un día fue mi casa? ¿Cómo habría podido hablar a personas que se habían convertido en extrañas?». Bruscamente, en su cabeza vacía y dolorida le resuenan fragmentos de su juramento de soldado: «Juro ante Dios omnipotente no ceder en la tempestad y en la batalla, en la guerra y en la paz». Esta última fase le consuela. Es precisamente eso lo que ocurre: «La guerra ha terminado, pero la batalla por Alemania continúa»].

Manfred von Killinger, que pagará duramente su opción, no busca coartadas

para sus camaradas de los cuerpos francos: «La guerra se había convertido en su oficio. Y no querían ningún otro».

La llamada a los voluntarios fue para ellos una liberación: podrán encontrar de nueva la camaradería, la despreocupación de la vida militar y la seguridad de no morir de hambre. Es una inesperada respuesta a los problemas psicológicos y sociales indisolubles frente a los cuales les ha situado el retorno a la vida civil en una Alemania vencida y descompuesta.

«Nosotros obedecemos», dice Freiderich Wilhelm Heinz, enrolándose voluntario a los dieciséis años, futuro miembro de la Brigada Ehrhardt y luego jefe de las S.A. para Alemania del Oeste17. «Avanzamos sobre los campos de batalla de la posguerra de la misma forma que combatíamos en el frente occidental: cantando, libres, llenos de alegría venturosa para ir al ataque, silenciosos, saturados de odio y sin remordimiento en los combates».

A los jóvenes veteranos muy pronto se unen numerosos estudiantes. Crecidos en la admiración del heroísmo y en el culto a la grandeza alemana, son demasiado jóvenes para haber participado en el conflicto, pero se habían identificado con los soldados del frente y pudieron decir con su hermano mayor Ernst Jünger en la vigilia del combate: «No existe ninguna duda de que la guerra nos ofrece grandeza, fuerza, importancia. Nos aparece como el acto viril por excelencia… Y sobre todo no estar obligado a permanecer en casa, ¡acudir a esta comunión!»

El término patriotismo expresa sólo muy débilmente el sentimiento apasionado de esta juventud. «Antes que nada es preciso comprender que no tiene nada que ver con la monarquía, el conservadurismo, la reacción bürgerlich, ni con el patriotismo del período monárquico», escribía el mismo Jünger. Es un sentimiento que se inserta en una corriente más poética que intelectual. Movimientos de juventud de antes de la guerra, como el Wandervogel, estaban fuertemente impregnados por este espíritu.

La exaltación romántica de esta juventud se ha nutrido con un impulso salvaje que la derrota y la humillación llevaron al paroxismo. Los más duros, y los más sensibles de la generación de la guerra piensan con Jünger que «el combate es siempre algo sagrado, un juicio divino entre dos ideas. Defender la propia causa lo más vigorosamente posible, es propio de la naturaleza humana. Nuestra suprema razón de ser es, pues, luchar. No se posee verdaderamente si no lo que se conquista combatiendo».

Para Ernst von Salomón no existen dudas sobre el objeto de esta posesión. Los voluntarios «habían desenmascarado el gran engaño de aquella paz y no querían participar, no querían formar parte del cómodo orden que venía a ellos completamente cubierto de barro. Cada uno de ellos buscaba algo diferente, justificando la búsqueda con diversos motivos. No habían recibido todavía la consigna. Presentían esta consigna, la decían avergonzándose de su sonido descolorido, la mascullaban y la digerían con miedo secreto, y si bien la evitaban en el juego de sus varios discursos, sentían constantemente su peso en la espalda. Desgastada por el tiempo, misteriosa, fascinante, intuida y no reconocida, amada y no obedecida, la palabra irradiaba mágicas fuerzas desde el interior de las tinieblas más profundas. Y esta palabra era: Alemania».

¿Dónde estaba Alemania? ¿En Weimar, en Berlín? Estuvo una vez en el frente, pero el frente se había hundido; luego habría debido estar en la patria, pero la patria había sido traicionada… ¿Dónde estaba Alemania? ¿Acaso en el pueblo? Pero el pueblo pedía gritando pan y elegía a sus gordos patrones. ¿Era quizás el Estado? No; el Estado buscaba entre las habladurías su forma y la encontraba en la renuncia.

«Alemania ardía oscuramente en algunos cerebros audaces; estaba allí donde se luchaba, donde manos armadas esperaban mostrar su integridad; brillaba deslumbrante donde los obsesos de su espíritu osarían por amor a ella realizar su último intento».

Apuntes sin sombra de Hugo von Hofmannsthal

Otto Cázares

Los planetas siguen el curso de su propia órbita. Vagan en elipse. Siguiendo su trayectoria dan alcance a planetas más pequeños y los rebasan como autos en carretera. Todos los planetas pasan de largo, pero de cuando en cuando grandes astros se alinean momentáneamente y pareciera que siguieran un mismo y único rumbo. Los artistas son como planetas.

A veces dos grandes creadores coinciden y crean juntos obras memorables. Después, se separan, pasan de largo. El planeta Christoph Willibald von Gluck coincidió por un momento con el planeta Ranieri de' Calzabigi, y juntos cambiaron la faz entera de la historia de la ópera; esa historia que no ostentaría el mismo semblante feliz de no haberse encontrado, por su parte, Lorenzo Da Ponte y Wolfgang Amadeus Mozart en la corte del emperador José II. Su vinculación no duró mucho pero fue suficiente: tres óperas (Le nozze di Figaro, Don Giovanni y Così fan tutte) que colocaron a sus autores en la cima de la creación humana.

De tanta relevancia como fue la conjunción Mozart-Da Ponte, fue también la asociación del talento del compositor Richard Strauss con el del poeta Hugo von Hofmannsthal: seis óperas nacieron en 24 años de colaboración que les llevó a ambos a los terrenos mismos de la excelsitud artística. La figura del compositor Strauss ha recibido suficiente luz: su planeta es luminoso. No así el de Hofmannsthal (1874-1929) que nació en la Viena imperial de Francisco José. Todo su periplo artístico le llevará de regreso a Viena: es su Ítaca, pero a su regreso el poeta encontrará su ciudad deshecha. Vino al mundo como el hijo único de un banquero de origen judío. Desde el inicio todo lleva la marca de una cesura: un año antes de su nacimiento —en 1873— una depresión económica por poco deja en la calle a su aristocrática familia. Su vida se desarrolla entonces en medio de una riqueza fingida en una ciudad que finge no derrumbarse. Muy rápido, Hugo von Hofmannsthal se refugia en el aristocratismo y el esteticismo exacerbados, y ésta es quizás una respuesta airada ante la evidente debacle de la "gran cultura" europea, pues el esteticismo es, en última instancia, el último refugio del que sabe que todo está perdido.

Recibió su educación estética en medio del humo de los cafés vieneses, particularmente del Café Griensteidl de la Michaelerplatz, donde se daban cita Arthur Schnitzler, Hermann Broch, Stefan Zweig y otros relevantes autores del llamado "Círculo de Viena", quizás uno de los grupos más civilizados que hayan existido, ejemplo del más alto grado de civilización alcanzada por la cultura europea. Se doctoró en filología para después adentrarse en la producción de una obra literaria llena de erotismo simbólico. A veces, su esteticismo es pomposo y siempre desconsolado. Tanto Hofmannsthal como Strauss acusan una "no disimulada nostalgia" —como apuntó Eugenio Trías en El canto de las sirenas— por el arte que les antecedió y trataron por todos los medios de vivificarlo. Por eso no es curioso que como planetas hubieran de alinearse por breves pero inmortales momentos creadores.

Después de haber ensayado el tema de un amor enloquecido en su ópera Salome, en 1909 Richard Strauss volvió a la palestra con otro amor desquiciado: el amor de Elektra. Pero en esta ocasión el libreto salió de la sorprendente pluma de un autor hasta entonces sólo medianamente conocido por la cultura europea, Hugo von Hofmannsthal. La novedad del texto de Elektra consiste en que el poeta dio a conocer una Grecia invista: una Antigüedad alejada por completo de la serenidad apolínea que se adjudicaba a ese pueblo y que, muy por el contrario, mostraba al espectador sorprendido un helenismo salvaje, lleno de atavismos y de perturbadoras potencias actuantes. Una

Grecia donde la blanca estatuaria estaba circundada de moscas.

Friedrich Nietzsche ya había señalado la "impertinente familiaridad" de los estudiosos por el pueblo griego: detrás de la apariencia apolínea se esconde Dionisos con su cortejo violento, advertía. Hoffmansthal practicó en Elektra la idea nietzscheana de una Grecia más caníbal que serena y, por si esto fuera poco, le sumó el histerismo, el novedoso tema de las especulaciones de un joven Sigmund Freud y de su maestro Josef Breuer.

La palabra poética de Hugo von Hofmannsthal expresaba una profunda perturbación emocional y halló una adecuada compenetración con la forma musical de Richard Strauss: un solo acto lleno de alaridos de soprano en medio de una atmósfera sofocante y que termina con una danza frenética en la que la Virgen histérica cae fulminada.

A partir de la siguiente colaboración Strauss-Hofmannsthal puede hablarse de una verdadera vuelta de tuerca. A partir de Der Rosenkavalier (1911) a Strauss se le acusará una y otra vez de reaccionario, de anacrónico. Pero para muchos detractores pasó desapercibido el hecho de que esta obra venía a ser la más perfecta síntesis de las relaciones entre la visión plástica y la visión teatral. El tema de El caballero de la rosa no se inspiró en ningún sustrato literario; no se basó tampoco en ninguna novela ni en un cuento ni en un poema. La fuente de inspiración es una pintura: La recepción de la Condesa del pintor inglés William Hogarth. (Se trata en realidad de una serie completa de escenas pictóricas que llevan el título global de Marriage à la mode, es decir, "Matrimonio a la moda", de la que La recepción de la Condesa forma el Cuarto Episodio.) Hofmannsthal extrajo todos los detalles temáticos y tradujo a libreto todo lo que vio en la pintura de Hogarth, poniendo de relieve todas las excentricidades posibles mostradas en el cuadro: un barón de medio pelo de grosera postura, una condesa que esconde a un amante detrás del cortinaje, un cantante, un negrito.

Un sólo año después, otro lance genial: Ariadne auf Naxos (1912). En esta nueva colaboración de Strauss y el poeta los personajes mitológicos se funden con los personajes de la commedia dell'arte. Si el Don Giovanni de Mozart y Da Ponte muestra un crescendo buffo que explota en lo trágico, en Ariadne, en cambio, la tragedia se fusiona con la comedia en un mismo acorde. Por el arbitrario decreto de un monarca, los personajes cómicos quedan prisioneros en una tragedia y las lamentaciones de Ariadne en la isla de Naxos se vuelven, entonces, el hilo por medio del cual Strauss y Hofmannsthal —auténticos Teseos— se introducen a los meandros del revisionismo; el primero, quizás, de todo el siglo XX: revisar la música barroca lo mismo que la herencia del wagnerianismo, sin dejar fuera a Bellini y Donizetti.



Hubieron de pasar siete años para que Hofmannsthal confeccionara un nuevo libreto para Strauss. Se trató de una de las obras más complejas de todo el ciclo de sus colaboraciones: Die Frau ohne Schatten (La mujer sin sombra) de 1919. Verdadera "enciclopedia de simbolismos" —dice Trías (op. cit.)—, ópera hipersimbólica donde los símbolos engendran otros símbolos como metáfora de la maternidad (o preñez) que da cuerpo y, por tanto, da sombra, a una soprano que es matriz de símbolos: su canto celebra la cópula entre la palabra y la imagen.

Hay una larga pausa en las relaciones entre Strauss y Hofmannsthal que se reanuda sólo con Die ägytische Helena (Helena egipcíaca), ópera de 1928 que revive

la tradición de raigambre euripidiana de las dos Helenas de Esparta: una, fanstasmagórica, que es raptada por Paris; la otra, real, corpórea, que permanece ajena al curso de los hechos de la guerra de Troya en la Isla de Aithra.

Pero no será sino hasta 1933 cuando se consume la última de sus colaboraciones: Arabella, bellísima ópera que sucede, una vez más, en Viena. Pero ésta es una Viena postiza pues, entretanto, han sucedido los horrores de la Primera Guerra Mundial. La ciudad imperial de Hofmannsthal ya no existe: la Viena de Arabella es una fantasmagoría completa, como su Helena en Troya. Viena humea. El periplo de la colaboración artística Strauss-Hofmannsthal que comienza en Micenas —lugar donde se desarrolla Elektra— termina en Viena: especie de Ítaca donde se rinde viaje. Pero al regresar, el viajante Hofmannsthal encontró su ciudad desolada: ya no había grandes salones ni grandes bailes; el viajero que regresaba hubo de ficcionar por entero su ciudad.

Hugo von Hofmannsthal abandonó la poesía a los 26 años de edad. Después, se arrojó al drama, sí, y a la Gesamtkunstwerk u "obra de arte total" de origen wagneriano fundando, para este efecto, junto con Richard Strauss, Max Reinhart y otros, el Festival de Salzburgo. Escribió dramas, ensayos y manifiestos, pero abandonó la poesía. Renunció a ella dejando un texto de altura literaria incomparable: la célebre "Carta a Lord Chandos" donde explica su imposibilidad de entender el sentido y significado de todas las palabras.

El esteticismo es una afección de todo espíritu refinado pero esencialmente herido. A veces, la herida de un gran espíritu sucede a causa de la pérdida de civilización. Dolido, el esteta crea. Se trata de construir civilización desde la nada: desde las ciudades humeantes. Hugo von Hofmannsthal trató de construir sentidos —sin entender las palabras— mientras vio derrumbarse todo a su alrededor: su civilizada y su, tal vez, soñada Europa, sueño sin sombra, Europa, la matriz de símbolos culturales expresados en sus óperas.

Thomas Mann y el desencantamiento de las tradiciones alemanas

---

Fernando Bayón

1918-1933, iluminaciones de una conciencia herida

1. 18 de Marzo de 1918. La casa editorial Fischer recibe la obra más difícil de Thomas Mann, la de retórica más ardua, opulenta e hiriente: Las consideraciones de un apolítico. Quisiera comenzar citando un pasaje de su capítulo tercero, titulado "El literato de la civilización" (vale decir, su hermano mayor Heinrich), donde Thomas Mann introduce una peliaguda y fascinante descripción de Alemania como concepto irreductible en su complejidad y cuyo destino radicaría, según el escritor, en sostenerse entre contradicciones no susceptibles de síntesis, auténticamente indisolubles. Todo destino se fabrica su propia épica. Mann, como veremos, la resume, en esta fecha dolorosa de 1918, en una breve fórmula: "lo alemán es un abismo". Démosle la palabra…

2. Hay un país y un pueblo donde las cosas se dan de otra manera: un pueblo que no es, y presumiblemente nunca pueda llegar a ser una nación en ese sentido categórico en el cual lo son los franceses o los ingleses, porque se oponen a ello la historia de su formación, su concepto de la humanidad; un país cuyas contradicciones espirituales no sólo complican su unidad y su homogeneidad, sino que casi las suprimen; un país donde estas contradicciones se revelan como más violentas, profundas, malignas e insusceptibles de nivelación que en cualquier otra parte, y ello porque allí no se hallan ligadas casi, o a lo sumo muy ligeramente, por un lazo nacionalista, Thomas Mann y el desencantamiento de las tradiciones alemanas porque a grandes rasgos prácticamente no están reunidas tal

como ocurre siempre en el caso de criterios mutuamente contradictorios de cualquier otro pueblo. Ese país es Alemania. Las contradicciones espirituales internas de Alemania casi no son de carácter nacional, sino que son contradicciones casi puramente europeas, que se enfrentan casi sin un tinte nacional común, sin una síntesis nacional. En el alma de Alemania se dirimen las contradicciones espirituales de Europa, se "llevan a término", en el doble sentido de llevar a término una lucha o un embarazo. Este es su verdadero destino nacional. Alemania ya no es el campo de batalla de Europa -últimamente ha sabido evitarlo- desde el punto de vista físico, pero sigue siéndolo en el aspecto espiritual. Y cuando digo "el alma alemana" no sólo me refiero, en general, al alma de la nación, sino que aludo muy en particular al alma, a la mente y al corazón del individuo alemán; hasta me refiero a mí mismo. Constituir el campo de batalla espiritual para las contradicciones europeas, eso es alemán. (…) El concepto de "alemán" es un abismo, no tiene fondo, y es menester proceder con la más extremada cautela en su negación, en la definición de "antialemán", para que no redunde en nuestro propio perjuicio.

3. El estilo trágicamente interiorizado de Thomas Mann encuentra a mi entender uno de sus ejemplos más elocuentemente hirientes aquí, en este texto que acabo de transcribir. Lo alemán es un abismo, atengámonos a ello: él no consiente, como venía siendo fácil en esa época de fermentación de los Estados-nación, y como será un uso y costumbre bajo el nacionalsocialismo, en expulsar a las tinieblas exteriores de la patria al propio hermano disidente bajo los cargos de afrancesado o no-alemán. Lo alemán es un abismo, atengámonos a ello: cuando se defiende esto, no hay lugar para ese tipo de degradaciones, expatriaciones o desclasificaciones. Todo cabe y nace en el abismo alemán: no hay un afuera del que emanaría peligrosamente el vicio, la estupidez y la degeneración. Así, la actitud profrancesa de su hermano Heinrich no es sino un caso más de la Alemania postbismarckiana en materia de repugnancia por sí misma o, como dice Thomas, "de endoalienación". También las traiciones forman entonces parte de las tradiciones, del laberíntico programa de complejidades de una cultura sin fondo, de una cultura sin esas clausuras nacionalistas que permitirían andar inventando chivos expiatorios allende las propias fronteras para blanquear su conciencia: de una cultura herida sin remedio porque ha de asimilar a sus críticos más dañinos como parte de su destino más íntimo e insondable.

4. Es esta visión la que hace del Thomas Mann de "Las consideraciones" en modo alguno un obtuso vocero de los límites de la patria, y sí un narrador de una ruptura fraternal que, esto es lo decisivo, él interiorizó como un herida cultural.

5. Ciertamente, cuando se empieza a hablar de Mann, el impecable intelectual favorito de las fuerzas aliadas, el orador de limpia retórica prodemocrática en impecables alocuciones desde y para la libertad, el príncipe del exilio a partir del 33, el huésped de honor en la Casa Blanca y escrupuloso mecenas de los desterrados centroeuropeos en la Norteamérica rooselveltiana, parece una inconveniencia sacar a relucir unas palabras como estas que siguen: "reconozco estar profundamente convencido de que el pueblo alemán jamás podrá amar la democracia por la sencilla razón de que no puede amar la propia política, y que el muy desacreditado estado autoritario es y sigue siendo la forma de gobierno apropiada al pueblo alemán, la que le corresponde y la que, en el fondo, desea". Y si posteriormente el recuerdo de estas palabras habría de resultarle en cierto modo embarazoso, no tanto a él cuanto a los suyos, nada hay más pertinente que ese recuerdo para intentar fijar un espíritu tan complejo como el de Thomas Mann.

6. 1918. El sábado 5 de octubre apunta en su diario "Mi punto de vista consiste en aceptar que el triunfo mundial de la civilización democrática a un nivel político es un hecho consumado, y que, por consiguiente, si es que lo importante es el mantenimiento del espíritu alemán, hay que recomendar la división entre la vida espiritual y nacional y la vida política, la indiferencia total de una frente a otra". Las

consideraciones, un libro simbólicamente fratricida e inflamado, aparentemente un libelo-flajelo de todo lo exterior y pujante (ese jacobinismo de la razón irradiado desde lo que él denominaba el Occidente romano con su nueva política imperatrix mundi), era secretamente un Requiem por la cultura amada. Un Requiem compuesto por ver de preservar a Alemania de la politización, esto es, del principio victorioso de la civilización democrática que en esos años Mann aún pintaba con tintes teatralmente desestabilizadores. Pues a sus ojos ese principio de lo "político" estaba montado sobre una sarta ordenada de blancas oratorias capaces de movilizar nuevas formas de beatería, de promover a espíritus simples, útiles y desencantados y ciudadanos unilaterales, quienes bajo su civilizada vis parlamentaria estaban dispuestos a consentir en frotar la plancha de la guillotina dejándola especialmente brillante. A cambio, la solución para Alemania pasaba por abogar a favor de una escisión radical entre la política y el espíritu; por practicar, con lucidez melancólica, un abismo insalvable entre la democracia y las tradiciones nacionales que pusiera éstas a buen recaudo.

7. Años más tarde, cada vez que en el exilio le llegaban a Mann los ecos del estilo aberrante según el cual el nacionalsocialismo usufructuaba el concepto de lo alemán, se veía tentado de elevar su voz para autoproclamar su Ego como la raíz sana de Alemania, aunque lo hiciera por persona o, mejor, por personaje interpuesto. Así, en "Carlota en Weimar", una novela compuesta entre 1936 y 1939, pone en labios de Goethe este excelente pasaje:

8. Hay que lamentar que no conozcan el encanto de la verdad; es detestable que les sea tan querido el vaho y la borrachera y todo desenfreno furioso; que se consagren crédulamente a cualquier rufián extasiado que hace apelación a lo más bajo, los confirma en sus vicios y les enseña a entender la nacionalidad como aislamiento y rudeza; es miserable que sólo se sientan grandes y magníficos cuando toda dignidad está completamente perdida, y cuando miran con bilis malévola lo que los extranjeros ven y honran en Alemania. No quiero reconciliarme con ellos. No me quieren a mí, pues bien, yo no los quiero a ellos, y estamos en paz. Yo tengo mi propia germanidad… que el diablo se los lleve, con todo ese malévolo filisteísmo, como lo llaman ellos. Piensan que ellos son Alemania, pero lo soy yo, y si ella desapareciera sin dejar rastro, se perpetuaría en mí. Haced los gestos que queráis indicando que rechazáis lo mío, yo os represento sin embargo. Pero en esto consiste que yo sea nacido para la reconciliación, mucho más que para la tragedia.

9. Piensan que ellos son Alemania, pero lo soy yo, afirma este centauro novelesco formado por Goethe-Mann. Pues bien, lo que pretendo en adelante es remontar algunas de las fuentes sociales y filosóficas de su figura a partir del estudio crítico de este intercambio de destinos entre Thomas Mann y la propia Alemania. Para hacernos cargo de cuáles son algunas de las razones que llevan a afirmar que, si lo alemán es un abismo, el escritor de "Doktor Faustus" fue entonces un mago (Zauberer) de ese abismo...

Adiós al Ethos de producción bourgeois

10. Quiero ahora centrarme en dos de las obras de Mann, las dos que, en cierto modo, representan el Alfa y la Omega de su carrera: me refiero a Los Buddenbrook y Doktor Faustus, novelas que bien pueden ser tomadas como las dos concepciones-límite del proyecto manniano de construcción de los conceptos de sujeto, cultura y forma artística. Thomas Mann y el desencantamiento de las tradiciones alemanas

11. En el primer año del siglo XX se publica la primera novela de Thomas Mann: Los Buddenbrook. El dios que moviliza a la cultura en que está ambientada la novela era el dios de la reforma luterana, y esa cultura de la alta burguesía supo que la forma impecable de responder a Su llamada consistía en extremar la diligencia en todos los órdenes de la vida, especialmente en el orden de la profesión, tener éxito en la cual se convirtió en el más inapelable "santo y seña" de la certidumbre de la salvación. Las

cuatro generaciones de la estirpe se confrontan con ese dios y su cultura. Al final, ¿cómo afecta a la vida del último miembro de la estirpe Buddenbrook ese poder invocatorio del dios luterano, esa instancia férreamente disciplinar que requiere de las más reconcentradas energías para apoderarse de forma bien interiorizada de una vida en una profesión? De un modo hirientemente simbólico, habría que decir. La suerte que corre Hanno se hace aquí símbolo de la decadencia cultural de la burguesía alemana "de viejo cuño", que se retiraba entre horrorizada y desbordada por la nueva generación de parvenus capitalistas, de apellido Hagenström en la novela, menos serios, más extrovertidos y audaces, así como definitivamente inmunes a los remordimientos de la (mala) conciencia. Se hace símbolo, también, de la frustrada metamorfosis operada en el objeto de la vocación, que intenta desplazarse desde la tradicional y viril esfera comercial hasta el más extravagante dominio del arte, la música, sin que el tránsito culmine felizmente. Sin que la música llegue a cruzarse en el camino de la gracia, sencillamente porque ésta no encuentra ya por quién y para qué expresarse.

12. La des-gracia de Hanno Buddenbrook, su muerte por la acidia heredada de su progenitor igual que una tara -la acidia es ese viejo pecado temido en Europa del norte más que ningún otro desde el Renacimiento, pues consiste en la deflación generalizada de las fuerzas y la flaqueza definitiva de la disciplina vital-, todo ello se entiende mucho mejor a la luz de un encabalgamiento de conceptos tanto sociológicos como filosóficos, culturales como religiosos, que ya en su ópera prima Thomas Mann elabora en callado diálogo con algunos pensadores contemporáneos.

13. Por ejemplo, el lector de Los Buddenbrook haría bien en acordarse de las aportaciones de Ferdinand Tönnies cuando en su obra canónica Comunidad y Sociedad demuestra hasta qué punto el mundo alemán de fines del XIX se debatía intestinamente de acuerdo a la siguiente secuencia agónica de contrarios, agón que fue también el Leitmotiv escarnecedor y poético de Las consideraciones de un apolítico de Mann. De un lado tenemos la razón teleológico-formal, siempre tan dispuesta al frío cálculo de adecuación entre medios y fines; de otro lado la pasión axiológico-moral, siempre pendiente de hallar un sentido o valor que autentifiquen la existencia. Esta escisión marca una época en el derrumbe de las tradiciones que habían apuntalado hasta entonces la cultura alemana. Escisión entre la voluntad esencial (Wesenwille), nacida en comunidad, heredada gracias a la conservación de las tradiciones y que se autodefine mediante marcadores identitarios, comunitarios, o de sangre, y la voluntad instrumental (Kürwille), cuya lógica es puramente formal, que es producida dentro de asociaciones estratégicas de poder y a la que mueven intereses utilitarios, dispersos y modernizadores. Thomas Mann supo interpretar esta escisión que, hasta la debacle de la Primera Guerra Mundial, gustaba aún de verter en los añejos odres de cultura (y sus cultos heroicos de trasfondo nacional-imperialista) versus civilización (y sus asépticos fundamentos estatal-populistas).

14. Desde luego la lectura de Los Buddenbrook se enriquece también de la mano de Werner Sombart, el autor de "El Burgués", con quien Mann coincide en puntos muy candentes de su filosofía de la cultura. Sombart se preocupó de analizar los intentos de conjurar todas esas escisiones que asolaban a la Europa postilustrada. Sus conclusiones son bien conocidas: dichas desgarraduras, dichos tirones entre lo comunitario y lo asociativo, entre lo étnico-nacional y lo político-cosmopolita, tampoco pudieron ser aliviados del todo por esa institución histórica, así y todo innegablemente exitosa, que llamamos el Burgués. Un ethos, y no una clase social, paciente de todos los tics de la racionalización moderna. Ejemplo ahora exhausto de todas sus metodizaciones, restricciones y controles. Producto y productor de todas sus reglamentaciones y administraciones supereconómicas, finalmente ensimismadas y robotizadas.

15. Pero lo que interesa a Sombart tanto como a Mann -y a Weber, añadiremos enseguida- no es el tránsito de las

naturalezas señoriales del Antiguo Régimen a las naturalezas burguesas de la modernidad, el adiós al despilfarro de personalidades de venenoso atractivo, adiós dicho con la mano por estos espíritus franklinianos, hiperadministrativos y racionalistas, que conocemos bajo el título de burgueses. No es es esa sustitución de la magnificencia premoderna por la parvificencia de la modernidad instrumental lo que más les preocupa, sino el relevo producido en el interior de estas mismas naturalezas burguesas cuando, habiéndose desembarazado del tradicionalismo anterior, se disponen a desembarazarse de sí mismas con idéntica higiene.

16. Sombart habla, como remate de su contribución a la historia espiritual del hombre económico moderno, de una "transmutación de los valores". En ese momento en que el afán de lucro demuestra ser una fuerza coactiva de un carácter objetivo a tal punto perfeccionado que es capaz de imponerse sin, sobre y contra la intervención consciente del individuo, el nuevo sujeto económico, sin embargo, se resiste a que su interior quede devastado. Y esta resistencia a que su alma devenga en una ruina, o se enquiste y paralice, la manifiesta poniéndose manos a la obra de fabricarse nuevos valores que estimulen su existencia. El nuevo sujeto económico, el ciudadano nacido en y al capitalismo de la perfección, había logrado operar una inversión definitiva: lo que antes era un simple medio (su negocio, su actividad económica, su empresa) para alcanzar un fin (la certidumbre de su salvación espiritual o la de su encumbramiento económico-social) ahora se considera un fin en sí mismo y sin coartadas trascendentes. Pero esta inversión no convierte sin más en un estéril páramo a la vida de estos sujetos de la modernidad tardía: porque aprenden a crearse nuevos valores a partir de ese trastrocamiento que han realizado, aprenden a gustar de nuevos estímulos ad hoc e in-trascendentes. No se trata de criaturas sin valores, no. Sino de entes capaces de modernos sacramentos (la tecnología, por ejemplo) que les harán mostrarse entusiasmados con ese corrimiento de lo que era un medio hasta lo que ahora se ha vuelto un mundo.

17. Como es sabido, la figura del burgués ha sido un campo de experimentación intensísima en el caso de la ficción de Thomas Mann. Él mismo lo reconoce en el capítulo Bürgerlichkeit (la condición burguesa) perteneciente a ese texto, lúcido hasta el dolor -inferido en lo propio y en lo ajeno-, que son sus Consideraciones de un apolítico. El escritor deja allí constancia de que si hay alguna señal de su tiempo que él haya captado con especial empatía es precisamente ese nuevo tipo de heroísmo, esa postura vital del ético productivo, sobreentrenado para trabajar en el límite del agotamiento. Este heroísmo neoburgués moderno se constituye en la mayor fuente de simbolización en toda su narrativa. Y es que nuevamente Las consideraciones de un apolítico están llenas de iluminaciones que nos permiten colocar a ese monumento juvenil titulado "Los Buddenbrook" en la candente perspectiva abierta por la derrota de la primera gran guerra: esta novela primeriza supuso una deconstrucción (a efectos sociológicos, psicológicos, económicos, intelectuales y políticos) de ese abanico de tradiciones culturales que se habían arracimado en torno al ethos burgués; supuso un análisis de la morbidez de esas tradiciones así como de la idea muy idiosincrásica de modernidad que éstas fueron capaces de construir o exudar. Una de estas iluminaciones a que me refiero la ofrecen, precisamente, unas palabras (críticas, por supuesto) que Heinrich dirige a su hermano y que éste cita en su obra para poder darles cumplida réplica. En ellas viene a reprocharle cómo después de ese desmontaje tan patético y completo de la cadena de virtudes burguesas efectuado en "Los Buddenbrook", aún tenía Thomas el valor de retrotraerse a la figura espiritual del burgués alemán como recalcitrante valor cultural, haciendo de él algo así como un numantino replicante germano a todo lo francés y "versallescamente democrático":

18. Pero desde qué sueños estás hablando! -le dice Heinrich a Thomas- ¡De qué año eres, cuándo y dónde vivías! Observas al pasar que la palabra bourgeois ha sido internacionalizada por la época capitalista; ¡pero sabes exactamente que la

propia cosa, que el propio bourgeois se ha internacionalizado, que en Alemania está en su casa, como en cualquier otra parte! ¿Has estado durmiendo? ¿Se te ha pasado por alto, mientras dormías, la evolución del burgués alemán -mejor dicho, su transformación directa y como producido por la varita de Circe-, su deshumanización y su desespiritualización, su endurecimiento para convertirse en el bourgeois capitalista-imperialista? El burgués duro, eso es el bourgeois. Ya no existe el burgués espiritual. Hablas de épocas ya pasadas, en todo caso 1850, pero no de 1900. En el ínterin existió Bismarck, en el ínterin hubo el triunfo de la "Realpolitik", el templado y el endurecimiento de Alemania para convertirse en el "Reich"; la cientifización de la industria y la industrialización de la ciencia; la reglamentación, enfriamiento y hostilización de la relación patrialcalmente humana, que llega a ser imposible, de empleador y empleado, en virtud de la ley social; emancipación y explotación; ¡poder, poder, poder! ¿Qué es hoy en día la ciencia? Una dura y estrecha especialización con fines de lucro, de explotación y dominación. ¿Qué es la instrucción? ¿Acaso humanitarismo? ¿Amplitud y bondad? No, nada sino un medio para obtener ganancias y poder. ¿Qué es la filosofía? Acaso no es aún un medio para ganar dinero, pero sí una especialización duramente delimitada, en el estilo y el espíritu de la época. ¡Míralo, a tu "burgués alemán" actual, a ese propietario imperialista de minas, que no vacilaría en sacrificar a quinientas mil personas, y aun el doble, con tal de anexarse Briey y convertirse en amo del mundo! Te lo repito, has estado durmiendo, sigues durmiendo, estás hablando en sueños.

19. Puede que Thomas Mann hablara en sueños. Y si en "Los Buddenbrook" dio a la literatura una obra característica de la historia de la burguesía alemana bajo la luz implacable de su endodegeneración, de su patética desactivación biológica, de su -nunca mejor dichodesnortamiento psicológico, sus Consideraciones anuncian dieciocho años después algo que se vería en sus obras posteriores: que lo que sucedió a esos ejemplares de burguesismo hanseático, lo que nació de las ruinas de esa modernidad que ellos se fabricaron con diligencia puritana, fue un estado de vacilación embarazosa, de duda desorientadora, de ambigüedad socialmente inconveniente, de vergonzosa incompetencia. Y que ese carácter laxo y dubitativo del burgués alemán en el crepúsculo de su modernidad dio paso a otro ethos todavía menos amable para la cada vez menos venerable historia de las tradiciones alemanas. Mann lo anuncia con un bien aprendido deje nietzscheano: ¿Sabéis quién ha llegado? ¡El hombre gótico! ¿No habéis oído hablar aún del hombre gótico? Entonces estáis mal al corriente. El hombre gótico es el hombre de la nueva intolerancia, de la antihumanidad sin espíritu, de la nueva armonía y decisión, de la creencia en la creencia; es el hombre que ya no es burgués, el hombre fanático.

20. Aún era temprano para caer en la cuenta de que, mutatis mutandis, quienes se harían pronto acreedores, según el propio Mann, al título de hombres góticos iban a dejar de ser los vencedores de la entente en la primera guerra mundial, para pasar a ser todos los hombres y mujeres alemanes que se merecieron con creces perder la segunda.

21. Acordémonos, por lo demás, de von Aschenbach (el protagonista de Muerte en Venecia, cuyo apellido significa, no por nada, "arroyo de cenizas") o cómo los laureles de la dignidad civil se estremecen al caer en la peligrosa jurisdicción de esa Perséfone de las ciudades latinas, Venecia. Y del ángel terrible y dionisíaco del Arte que se vale de un Fedro, de un Eros, de un Hermes meduseo, el eslavo Tadzio, con quien, en lugar de celebrar las bodas de la Belleza con la vida, se conduce más bien grotescamente hacia la muerte. Esta novela demuestra hasta qué punto toda la rectitud burguesa de que pudiera ser aún depositario el doctor Mann, se manifestaba como rechazo psíquico hacia el "complejo de decadencia", haciendo buenas las observaciones de Adorno cuando afirmaba que de ninguna manera es justo imaginarse a este escritor como "Pierrot Lunaire, como una figura del fin-de-siècle". El clisé del decadente es complementario del del burgués, asegura Adorno, y si la solidez del burguesismo entra en crisis dentro del

universo de lo social, en reciprocidad la bohème queda muy atrás en el repertorio de contestaciones, estilos y enfermedades de la vida pública. Gustav von Achenbach es la figura que encarna este doble exilio: y su muerte certifica que no sólo es un expatriado de la cultura de la dignidad y la vergüenza burguesas sino que, con igual o mayor fuerza, también lo es de la contracultura de la extra-vagancia bohemia.

22. Pues bien, Los Buddenbrook ya había sido enteramente concebida desde aquí, desde este punto en que la muerte desfigura el afeitado rostro de la contención burguesa a un indecoroso ritmo de deterioro mediante la intercesión de ángeles anunciantes de un mundo oculto y desequilibrador: ya se trate de un efebo que copia con peligrosa facilidad natural la idea platónica de la belleza; de un volumen de mística schopenhaueriana abierto al azar; o de la música de Wagner, que la literatura de Mann ama incluso más allá del tabú del incesto, como en Welsungenblut. La literatura manniana asume desde su inicio el tema del Wotan wagneriano: ya no amamos nuestras propias acciones, es más, él ama lo que no puede ni debe hacer. Desde Los Buddenbrook, Mann escribe sobre la escisión entre el ethos y el pathos, el alma y los pactos, lo deseado y lo debido, la acción y la emoción.

23. Todo esto, claro está, hay que contextualizarlo históricamente. Y para ello podrían sacarse a la luz (después de haber citado los nombres de Weber, Tönnies o Sombart) las afinidades existentes también entre Thomas Mann y Ernst Troeltsch, ya que las ficciones de Mann se adentran en el territorio de la secularización, ese tótem ubiquitario de los estudios sociológicos modernos. Muchas de sus obras más poderosas cuentan como trasfondo indisimulado a los paradójicos efectos de las viejas ideologías religiosas reformadas cuyos arquetipos sociales han chocado lamentablemente contra la modernidad tardía arrojando a varias generaciones de europeos a un entorno vital completamente desmagificado, a una cultura intelectualizada al límite de sus posibilidades, de la que se ha desalojado todo enigma y todo misterio es conjurado infalible y científicamente a golpe de causa y efecto. Lo cual puede provocar el resultado indeseado, pero inexorable, de una vuelta incontrolada a la barbarie como compensación. A la infalibilidad política del dominio racional del mundo Thomas Mann le descubrió pronto una sombra de horror que muchas almas de lacayo se negaron a reconocer en su momento, viendo más bien en ella un excitante cultural o, por emplear el título de una primeriza composición del autor, una tormenta de primavera sobre un paisaje de humillaciones históricas. Negándose a captar, en cualquier caso, aquello que Mann escribiera en su diario el sábado 8 de abril de 1933, en Lugano: a Alemania la han democratizado sus derrotas.

24. Con estos apuntes teóricos, podemos acercarnos a la primera frontera del cosmos manniano en sus tres territorios (sujeto, cultura y forma artística). Esa frontera se llama Hanno Buddenbrook. Y, aún con mayor precisión, quisiera acercarme al benjamín de aquella estirpe hanseática semiautobiográfica de la mano de la clásica investigación de Max Weber sobre sociología de las religiones. No hay en esto ningún afán de comparar metódicamente a Mann con Weber (aquí no se podría, de todos modos), ni desde luego ningún deseo de "explicar" al uno desde el otro (seguro que algún resto de Mann se removería en su pacífica tumba de Kilchberg). Tan sólo tengo la intención de iluminar, en palabras de Max Weber extraídas de su archicomentado trabajo sobre la ética protestante y el espíritu del capitalismo, el impacto causado por los motivos religiosos de la Reforma en la textura del desarrollo de nuestra civilización moderna, orientada específicamente a la inmanencia. Es decir, ambos autores se ocuparon de ver hasta qué punto determinadas vivencias éticas (por ejemplo, la interiorización del sentido del deber profesional interpretado como vocación, o la disciplina vital como medio de sublimar la angustia producida por el convencimiento de que entre este mundo y el más allá donde se toman las decisiones concernientes a la salvación hay un abismo de todo punto infranqueable), hasta qué grado estas vivencias éticas vinculadas a ciertas

manifestaciones dogmáticas del protestantismo ascético influyeron en la constitución de un "espíritu del capitalismo", demostrando una afinidad electiva o un cierto isomorfismo estructural con los nuevos diseños del sujeto económico moderno. Conscientes siempre de que ni Weber ni muchísimo menos Mann defendieron nunca que dicho espíritu (hiperadministrativo, de una reciedumbre soldadesca, de una despojada eficacia intramundana) sólo pudiera surgir por influencia de la Reforma.

25. Para comprender el caso de Hanno, una extensión menos patética y más desesperada del de su padre el senador Thomas Buddenbrook, me interesa llamar la atención específicamente sobre los detalles del terrible final de su "carrera de la vida". Cuando ese "espíritu del capitalismo" se ha deslizado fuera de su envoltorio religioso, cuando ese "capitalismo del espíritu" antaño victorioso y bien montado sobre una disciplina existencial a la altura de la respetabilísima burguesía de viejo estilo y discreta pompa, el estilo ario-hanseático, empieza a descansar en su puro fundamento mecánico; cuando, como dice Weber en una famosa frase de profundidad conradiana, parece definitivamente muerto el rosado talante de la Ilustración y la idea del deber profesional ronda nuestras vidas como el fantasma desahuciado de pasadas convicciones religiosas, entonces la novela como saga burguesa deviene en una "mitología del fin" y su simbología par excellence es la de la muerte. De hecho, Los Buddenbrook puede ser leída como una historia de cuatro generaciones cuyos miembros son, literalmente, cuatro estilos de morir.

26. Hanno Buddenbrook no es ni un especialista sin espíritu ni un hedonista sin corazón. No. No llega a serlo. No es que no llegue a alcanzar algo. Es que ni siquiera alcanza a quererlo. Es el anuncio abortado, el amanecer eclipsado del corrimiento de la vocación profesional desde el ámbito económico hacia el del Arte, más exactamente de la música (daimon femenino y corruptor inoculado en la circulación ética de la saga). Precisamente por precipitarse en él la decadencia comercial de su estirpe, su grotesca retirada del gran mundo de la política y del capital bajo la amenaza de fantasmas interiores de poder extravagante y descentrador, él es la primera frontera, el kilómetro cero del sujeto, de la cultura y la forma artística dentro del universo manniano. Los Buddenbrook son, a partir de Hanno, una especie inhábil para hacer frente al "capitalismo de la exterioridad" triunfante en la auroral postmodernidad.

27. En el caso de Hanno, sólo queda la huella de la vocación desasida de sus soportes vitales interiores. La vocación es incapaz de suscitar una reacción activa por parte de la "subjetividad" en que inhiere: es una forma hueca que no pone en marcha proceso alguno de autojustificación. Con lo cual queda claro que, si el Arte es el símbolo de la autoconstitución de una vida en el acto sistemático de demostrar su diligencia, rectitud y éxito a la hora de responder al daimon que maneja sus hilos, a Thomas Mann lo que le interesa de verdad es descubrir los límites, las zonas de sombra y, en el extremo, la ruina, de toda esa supuesta diligencia, rectitud y éxito. Como demostró, sobre todo, con su versión del mito fáustico.

El asalto del Doctor Fausto a la razón

28. Saltemos al otro extremo del universo manniano. Año 1947. Se publica Doktor Faustus. En él queda claro que la respuesta al daimon del arte sólo puede ser asumida diabólicamente, pues es el mismísimo Samiel, el incorrupto quien impide que pueda renovarse jamás el pacto entre Vida y Arte. La Gracia es un bien de disfrute temporal, veinticuatro años, ni un segundo más ni un segundo menos: y 24 años que van de 1906 a 1930, el tiempo nigromántico y genial que le regala el diablo a Leverkühn coincide con el tiempo de desastre y esperanzas abortadas de la Alemania a caballo del fin del Imperio y las convulsiones de la República de Weimar. Ese continente de tiempo es una Fata Morgana que después habrá de despeñarse por un abismo insuperable para toda la eternidad. Adrián Leverkühn es un Elegido, sí; pero la Gracia de la inspiración que le permite superar excepcionalmente la parálisis creativa de su época es una astucia fáustica avalada, claro, por el Diablo. El

destino de Leverkühn es la metáfora en negativo de la santidad ascética protestante y, en consecuencia, en su diabólica respuesta a la vocación artística se simboliza la más horrible crisis de los ideales de la modernidad.

29. Entra desaforadamente en crisis la autonomía del sujeto, pues el compositor es un títere del ángel negro, como demuestra la ciclotimia espiritual que le afecta. A estados de postración y dolor le siguen otros de exultación y vibración creativa en una sucesión martirizante que puede ser leída como un anticipo de la locura que le espera a la vuelta de la esquina (no sólo a él).

30. Entra en crisis la emancipación de la cultura occidental respecto de los yugos antiilustrados y ultramundanos. Pues si bien Leverkühn es arrojado a un universo de la más absoluta inmanencia, no es menos cierto que el novelista acierta a transmitir al lector todo el horror de ver cómo intenta asirse desesperadamente a esas huellas de trascendencia (su sobrino Eco, ese pequeño Dionisios, esa alegoría del cordero pascual, es la más lograda de todas ellas) padeciendo en cada caso el escarnio de un fracaso anunciado por el diablo... "te estará prohibido el amor carnal, cálido y humano". Toda la realidad descrita en el Doktor Faustus parece contener un doble fondo hechiceril donde se guardan las pócimas, las fórmulas alquímicas y los filtros de brujas. Como si en medio de un paisaje tan barrido por la intelectualización y tan radicalmente desconfiado frente a toda intervención ultraterrena, se descubrieran pistas de una ciencia o sabiduría gnósticas que, pareciendo garantizar un suplemento mágico de sentido, compensatorio de tanta estrechez mental, en realidad sólo ayudaran a procurarnos una aberrante aceleración del dolor, la violencia y la destrucción.

31. Finalmente, entran en crisis las condiciones de un entendimiento armónico entre las necesidades expresivas subjetivas y las circunstancias históricas del presente. Los convencionalismos burgueses son incapaces de transportar la expresión del individuo y de la época, afirma el Diablo -y es un síntoma del valor sociológico de la novela que sea el Diablo el personaje más lúcido de todos-. La esterilidad atenaza al artista y el trabajo, la respuesta al daimon de lo artístico, resulta de todo punto imposible en una época postburguesa en que, como dice el Mephisto de Mann, obra y verdad ni se compadecen ni se soportan mutuamente. Pues ya nada queda de aquella proliferación de flexibles y nutrientes convenciones que ayudaron a diseñar épocas gloriosas del arte musical alemán como el clasicismo vienés durante la segunda mitad del XVIII. Esto ya no parece posible en tiempos de Adrián Leverkühn. Ahora un desmadejado Danubio de corrientes estéticas (nacionalismos, futurismo, neoclasicismo, surrealismo, expresionismo, impresionismo, postwagnerianismo...) da a luz una segunda escuela de Viena, donde el tiempo, como dijera el Gurnemanz de Wagner al joven Parsifal, quiere hacerse espacio y la forma musical se produce según una nueva alquimia, de nombre "dodecafonismo", en la que a un primer movimiento de disgregación elemental de la escala del sonido en simples unidades naturales le sigue otro segundo, sintético, consistente en la reunificación de dichos átomos en un cuerpo serial. Es la época de la apoteosis de la racionalización operada sobre la forma musical; pero este nuevo convencionalismo es como una costra de hielo por debajo de la cual corre magmáticamente un desencanto que quiere, que necesita hacerse bárbaro, que clama por regresar el futuro a la barbarie.

32. En Thomas Mann, tal y como indicara Georg Lukács en su ensayo A la búsqueda del burgués del año 1945, se ha hecho consciente el núcleo sociológico del descubrimiento schilleriano de la esencia del arte moderno. Lukács se refería allí al desgajamiento irreparable, o reparable sólo mefistofélicamente, entre la disciplina vital ingenua y la anarquía del sentimiento provocada por los inquisitivos fantasmas de la crítica, de lo elegíaco, de lo paródico, que ocupan cada vez más todo el espacio de lo decible. Son tiempos, como dice Augusto, el hijo de Goethe, en Carlota en Weimar, caracterizados por una luz agria de claridad implacable; en los que cada cosa, cada cuestión humana, cada belleza, hace irrumpir la política que le es inherente.

33. Y, efectivamente, la literatura de Mann, muy particularmente su Doktor Faustus, nos permite comprobar de primera mano cómo la atmósfera guillermina, cuya luterana consigna era "la intimidad a buen recaudo del poder político" (es decir, la ensoberbecida apolitische Innerlichkeit de que en ocasiones habla Mann en sus ensayos), va transformándose después del crepúsculo de 1918 en el aire asfixiante y paleonazi de una barbarie ascendente que ninguna República de Weimar consiguió neutralizar: crepúsculo, he dicho, "wagnerizando" una derrota que sin embargo todo buen alemán debió resistirse a romantizar.

34. Así, el gabinete de Leverkühn, que muere en 1940 aunque su mente queda nietzscheanamente fuera de servicio en 1930, ese gabinete alquímico, su sellado microcosmos, es el laboratorio hermético en que son llevadas a su expresión artística más concentrada las tendencias más fuertes del macrocosmos alemán en una época de especial indigencia histórica. Conviene oir, y oir bien, las palabras de Mephisto a este respecto en el célebre capítulo XXV de la novela: hoy sólo está permitida la expresión directa y auténtica del dolor en su momento real, al margen de la ficción, al margen de todo juego. Esto es, sin las clásicas adiposidades muelles y las manidas convenciones genéricas (el Diablo las llama, con acierto, "ficciones"), que han dejado sola a la palabra y cuya ausencia, como en los tiempos más primitivos, obliga al arte a hacerse grito, sollozo, lamento.

35. Ahora bien, sin negar en absoluto el valor sociológico de Doktor Faustus, tampoco conviene enterrar el potencial poético de la novela leyéndola sin más, aunque no sea poco, desde luego, como una Schlüsselroman. Esto es, como un texto cuyo significado se encierra en un cofre que los hermeneutas más avispados en asuntos de historia pueden abrir haciendo uso de su llave maestra: y cuál no habría de ser esta llave sino la equiparación alegórica del pacto del músico Leverkühn con el Diablo y el pacto de Alemania con Hitler. Las prácticas alegóricas de interpretación tampoco consiguen, ni siquiera en un caso tan propicio en apariencia como éste, que el texto transparente completamente su sentido. La fuerza de mil opacidades, mil secretos, mil recovecos internos impide a cualquier intérprete honesto afirmar que no existe ningún límite o diferencia entre la vocación musical de Adrián y la vocación política alemana. Lo que hoy hace más imperecedero el horror que destila este libro, su tragicidad alucinante, no es tanto el parentesco alegórico entre la praxis estética del músico protagonista y la praxis política del gran demonio nazi. Al fin y al cabo, si alguien supo que el dodecafonismo es un hijo natural del expresionismo, y que bajo el rígido escenario de la sistematización se está actuando siempre una tragedia, ése fue el firmante de Moses und Aron, Arnold Schönberg, el no citado padre espiritualde Leverkühn. Él fue quien dio el paso, no un salto, desde su opus 21, Pierrot Lunaire (o su opus 4, Noche transfigurada), a su opus 31, Las variaciones para orquesta. Ni siquiera hubiera sido necesario el auxilio didáctico de un Adorno para penetrar críticamente, es decir, "frankfurtianamente", bajo la piel helada del serialismo con ánimo de delatar volcanes políticamente incendiarios: "¿Cómo la haría usted, si viviera en pacto con el demonio?", le preguntó Mann a Adorno en una carta en que le solicitaba asesoramiento para la obra Apocalipsis cum figuris de su Leverkühn. Es de imaginar el momento en que esa posibilidad le cruza a Adorno la mente.

36. ¿Es Leverkühn, como afirmara Lukács, la quintaesencia decadente y prefascista de la visión nietzscheana del mundo? ¿Es un crítico histórico-filosófico, siguiendo con la caracterización realizada por el autor de El alma y las formas, de la entera cultura burguesa del imperialismo germano y de su esterilidad, abocada a dejarse guiar de manera aberrante por los astutos apologetas del mito y del sacrificio -por emplear una expresión de Horkheimer y Adorno extraída de una obra hermana en el tiempo y en el espíritu de la novela de Mann, La dialéctica de la Ilustración-? Sí, todo esto es también la versión manniana del Fausto, indudablemente.

37. Pero las obras de arte, cuando son tan valiosas como es el caso, se erigen en una actualización simbólica de las

contradicciones reales. Bajo los efectos de un exilio estadounidense que se iba haciendo tan insoportable como una caza de brujas, la melomanía de Mann, asesorada indirectamente por Schönberg y, de un modo directo y todavía más influyente, por Adorno, consiguió con esta novela retratar el Gólgota del arte moderno alemán y europeo en la nietzscheana figura de Adrián Leverkühn -por algo la más querida de todas las suyas-. Podríamos volver a la retórica de las Consideraciones de un apolítico para describirlo: se trata de un mestizo de Nietzsche y Fausto para quien la autodisciplina equivale a autocrucifixión, alguien en quien se simboliza el declive del espectáculo europeo de dominio racional sobre uno mismo, primero como tragedia ética de una vida y después como holocausto nacional de la cultura.

El doctor Mann y el trabajo sobre Fausto

38. Quisiera proponer aquí un juego literario e histórico que creo puede resultar muy ilustrativo acerca de cuáles son algunas de las claves de la crisis de la modernidad según Doktor Faustus por referencia a los tres conceptos que he venido barajando: el sujeto, la cultura y la forma artística. El juego consiste sencillamente en comparar las cláusulas de los dos pactos con el diablo que considero de mayor predicamento poético y cultural de todos los que influyeron a Mann en la época de redacción de su novela.

39. Thomas Mann eligió como referente más directo el texto precursor en esta materia mítica: el Anónimo del siglo XVI, probablemente escrito por el propio editor de tan peliaguda obra, que la diera a conocer en Frankfurt am Main el año 1587, y que llevara por título Historia del Doctor Johann Faust. El objetivo que movió a este Fausto, ejemplo del lado siniestro del tardorenacentismo, fue, “simplemente”, el especular con los elementos. Esto es, conocer lo que era incognoscible por medios habituales y, lo que es muy interesante, amar lo que no debía amarse. Por lo tanto el móvil del Fausto Popular es esa vieja modalidad de la Hybris llamada “curiositas”. Pero veamos los términos en que se redacta la cláusula contractual con el Diablo. En el capítulo sexto dice el protagonista: tras haberme propuesto especular sobre los elementos, y no hallando en mi mente capacidad para hacerlo a partir de las facultades que graciosamente me han sido otorgadas desde lo alto, ni pudiendo aprenderlo tampoco de los hombres, me he sometido el Espíritu enviado hasta mí (...) reniego por la presente de todos los seres vivos, de toda la cohorte celestial y de todos los hombres, así sea. Como se ve, el Fausto primitivo es un libro luterano hasta la médula. Al fin y al cabo, el pacto con Mephisto es una modalidad sacramental de entender la modernidad, de ahí la repugnancia protestante de su autor frente a esta búsqueda suplementaria y espuria de la gracia. El mito fáustico es el relato anónimo de una humanidad indigente que se resiste a estar sola, que pide el sacramento del auxilio, que quiere comprar la ayuda y el poder de alguien. Y la leyenda moral protestante circunscrita a ese mito reza entonces: desear resistirse a la soledad te acarreará la soledad final, hacerte el vencido por la necesidad y la impotencia, te reportará las pérdidas más definitivas. Pues el tiempo mundano que regala el diablo es un bien infinitamente despreciable por comparación con el régimen eterno de castigo que se oculta tras el régimen del tiempo. En cualquier caso, la leyenda alemana arracima en 1587 los motivos canónicos de la tradición mefistofélica al solicitar el socorro del Diablo como remedio de su impotencia y la pobreza de sus facultades, que todavía no se hacen extensivas a toda su época con su política, a cambio de ingresar en el dominio de la muerte, apartado de la naturaleza, exiliado de la humanidad.

40. En segundo lugar, pasando por alto otras versiones, nos encontramos con el Fausto de Goethe, dado a conocer, como es bien sabido, póstumamente, y cuya segunda parte finalizó el poeta el mismo año de su muerte en 1832. Veamos qué ocurre con este ejemplo máximo de la literatura alemana romántica por comparación con el cual el Fausto de Mann ha sido en ocasiones calificado como un ungoethesche Faust (Fausto ingoethiano), e incluso como una

Kritik der reinen Unvernunft (Crítica de la sinrazón pura).

41. El objetivo del pacto en esta versión (primera parte, "Cuarto de Estudio") consiste en resarcirse del moho libresco, vivificar el alma intelectualizada hasta la extenuación e irremediablemente fútil (Lo que se necesita, no se sabe / lo que se sabe, no se puede usar), cansada de sus peregrinaciones científicas por el macrocosmos: pues el hilo del pensar está partido y, hace mucho, me asquean los saberes. En resumidas cuentas, a este Fausto del romanticismo clásico le convendría el hegeliano sobretítulo de "El alma cuyo oficio es repelerse de sí misma". ¿Y cuál es su móvil? La inquietud. El símbolo de todos sus anhelos es la embriaguez del tiempo, la borrachera del acontecer, cuyo espléndido sensacionalismo, erótico y de todo tipo, finalmente se amortigua, urbanizándose. O, como reconoce el Goethe de Carlota en Weimar, se trata de un tránsito osado, sí; pero que en última instancia lleva a Fausto a la vida activa, a la vida pública, a la vida al servicio de la humanidad. Su esfuerzo finalmente se redime al adoptar modales de alta política y toda su aventura verdaderamente fenomenal consigue a la postre trasladarlo desde su cuchitril hasta la corte del emperador, salvando el alma in extremis porque le asiste la gracia de un poder todavía ilustrado más fuerte que la de su cicerone diabólico.

42. En cuanto a la celebérrima cláusula contractual del Fausto goetheano, habrá que reconocer que en hermosura poética, porque aún podía ser hermosa, se lleva la palma... Si un día en paz me tiendo en mi lecho de ocio, Me da igual lo que pueda ser de mí. Si un día con halagos me seduces De tal modo que a mí mismo me agrade, Si me puedes mentir con el placer, ¡sea mi último día entonces! (...) Si a un instante le digo alguna vez: ¡Detente, eres tan bello!, Puedes atarme con cadenas; Y acepto hundirme entonces de buen grado.

43. Y, efectivamente, dicho y hecho. Cuando siente la urgencia de decir a un momento su proverbial "detente, eres tan bello", muere. Lo que importa es que, todo un síntoma de los tiempos, el Fausto goetheano sólo halle ese momento de belleza al ejercer de empresario de altos vuelos, con el Diablo de contratista de personal, que requiere una ingente cantidad de mano de obra asalariada para su proyecto de ganar terreno al mar (Daría sitio así a muchos millones; si no seguros, sí en trabajo libre). A la postre, el Mefisto kantiano de Goethe se queda, como he dicho, sin el alma de su presa. Y es de ver con qué bien fundadas sospechas aguarda el pobre Diablo delante del cadáver de Fausto, temiéndose lo peor, es decir, que en esos tiempos tan neoclásicos aún queden muchos medios de robarle las almas al demonio. O quizás es que la cohorte angélica sabe más de filosofía del lenguaje que el impotente Mefistófeles goetheano y comprendió mejor que, cuando fue pronunciado ese fatídico "detente, eres tan bello", Fausto estaba mostrándose en realidad más emprendedor e in-quieto que nunca. Y que si pareció entonces prudente hasta el conservadurismo fue tan sólo porque por fin había dado con la clave de una vida y una libertad, y una inversión de capitales, en progreso constante a mejor. Lo que en el fondo era una apuesta por más movimiento, sólo que ordenado, social y benéfico.

44. Llegamos a Thomas Mann. Él vuelve, girándose por la espalda de Goethe, a aquél 1587 de la leyenda popular tardorenacentista -Palestrina en su vejez, Monteverdi veinteañero-, que la crítica literaria del romanticismo bautizara como Volksbuch (si alguien desea leer el texto en que Mann reescribe el Fausto goetheano no debe acudir al Doktor Faustus sino a La montaña mágica, más exactamente al capítulo dedicado a la celebración germánica del Carnaval en el sanatorio, cuyo título es precisamente Noche de Walpurgis). El objetivo de Adrián Leverkühn es superar no ya su torpeza mental sino la esterilidad atenazadora de toda una época por él encarnada. Desea superar el aristocrático fantasma del nihilismo, tras cuya aparición todo había devenido en grotesca parodia, puesto que cree que ese pacto es el único medio de inyectar algo de vitalidad y sinceridad a las convenciones artísticas del pasado. Éstas han roto con el arte: obra personal y verdad

suprapersonal ya no se soportan mutuamente. Ciertamente, este Fausto musical, para quien la música es la religión del hombre sin religión, es un excelente cultivador de las especies sonoras del pasado más remoto. Y se conduce así cuando los tiempos llevan el sello apoteósico de la crítica. Ante el empuje de esa apoteosis ya nada ofrece resistencia, tampoco el carácter ficticio de la obra de arte burguesa ni su humanismo cultural concomitante, pues este anhelo de conciliar lo más frío y vanguardista con lo más bruto y primitivo logra desconstruir lo ornamental, lo consolatorio, lo convencional, el cómodo desvaimiento de las formas en lo general y lo abstracto, cortándose el cordón umbilical que unía la expresividad subjetiva con la balsámica fórmula prestablecida. Logra hacerse verdad personal a toda costa, a costa incluso de la personalidad. Adrián Leverkühn es quien mejor ha reescrito la famosa frase programática de Arnold Schönberg: Musik soll nicht schmücken, sondern wahr sein (la música no debe decorar, sino ser verdad).

45. ¿Y el móvil de este Fausto del siglo XX? Ya no es la especulativa curiositas del siglo XVI, ni la inquietud pedagógica y progresista del primer tercio del XIX, sino el poder de control sobre la cultura de la época y sobre la época de la cultura. Es decir, Leverkühn se obstina en ser constructivo en el justo medio del potencial autodestructivo de su época. Tengamos siempre en cuenta que, como dice el Diablo en el capítulo XXV, hoy sí hay cultura, y la hay porque la civilidad se ha desprendido de las modalidades religiosas del culto para hacer de sí misma un culto nuevo y secular, no siendo en realidad más que un despojo ritual del que se alimenta una sociabilidad fatigada, ultracontrolada, conceptualmente definida de parte a parte y que por eso mismo parece pedir a gritos un suplemento de exceso, de barbarie, de paradojas y pasiones místicas, de aventuras teológicas al precio que sea, inyectadas en el corazón hueco de la cultura para que bombee, aunque sea peligrosamente.

46. Es conveniente recordar que, si bien el Doktor Faustus admite ser leído como una Nietzsche-Roman, lo hace en tanto producto de una desviación defensiva de Mann frente a Nietzsche. Esto queda meridianamente claro en ese complemento a la novela titulado “La filosofía de Nietzsche a la luz de nuestra experiencia”, del mismo año 1947. A la luz de su experiencia, Thomas Mann se reafirma ante Nietzsche en una de sus convicciones fundamentales: la antítesis más radical de nuestras culturas occidentales no es la que se produce entre la vida y el espíritu, entre lo doméstico y lo artístico, sino la que tiene lugar entre la verdad y la belleza. Pues no son las morales del espíritu las que traen la muerte a los modales de la vida. Es la belleza la que hace siempre de ángel terrible para nuestras verdades, como defendió Mann con todo el alma, sobre todo en la época de redacción del Faustus, cuando más repugnante se hacía la memoria de los años treinta en Alemania y los esfuerzos realizados entonces por el aparato nacionalsocialista para elevar la catástrofe al rango de espectáculo monumental, lo cual se destapó como una gran astucia mitológica que operó mediante el expediente de convertir al ciudadano en un espectador predispuesto al arrastre hipnótico. Distinguiendo entre verdad y belleza, Mann se cuidó enormemente de no arrojar leña a las áscuas nazis de la exaltación del sacrificio, lo mismo que de no permitir que nadie, invocando a Nietzsche, viera en las periódicas y radicales caídas en la barbarie una suerte de sacramento cultural dolorosamente inevitable y amoralmente bello.

47. La cláusula contractual resume en Thomas Mann uno de los Leitmotiven más personales y de más carga estética de todos los que recorren su novelística: la prohibición del amor. El temible Du darfst nicht lieben que recuerda el Liebesverbot de la juvenil ópera wagneriana homónima y, cómo no, a lo ocurrido en la escena primordial entre las ondinas y Alberich en la jornada prólogo del Anillo del nibelungo. Sólo aquel que reniegue del placer de amar podrá forjarse una sortija de este oro, dice allí la exuberante Woglinde. Pero Mann, como Wagner, sabe que seguir a ese precio la aventura de poder y riqueza con-tenida

en el anillo conduce al crepúsculo, a la muerte, al apocalipsis.

La pedagogía de Mercurio (o un ascenso a los infiernos)

48. No se haría justicia al pensamiento filosófico de Thomas Mann, al talante ético y a la personalidad estética del autor de La engañada si nos dejáramos seducir exclusivamente por estas dos fronteras simbólicas: la de la vocación frustrada, la cultura decadente y la forma exánime (Hanno) y la de la vocación diabólica, la cultura trágica y la forma aberrantemente remitologizada (Adrián).

49. Entre Los Buddenbrook y Doktor Faustus se abre un espacio de cuarenta y seis años llenado, entre otras, por dos obras maestras monumentales: La montaña mágica de 1924 y José y sus hermanos del crítico decenio 1933-43. A través de éstas el lector introduce la cabeza en un complejo mapa simbólico de la mediación entre los extremos descritos hasta ahora. Es en estas novelas donde los límites del sujeto, la cultura y la forma artística se consciencian, interiorizándose gracias a la sensibilidad hermética del novelista. Precisamente sobre los límites de la decadencia (Buddenbrook) y de la tragedia (Faustus) edifica Thomas Mann su encantatoria, contrafugada y polifónica dialéctica de la mediación.

50. Zauberberg es una buena muestra de monumento polifónico donde se incide con irónica pedagogía en el crecimiento espiritual de su joven héroe novelesco. Hans Castorp, este Sorgenkind des lebens, criatura mimada de la vida, el ejemplo más recalcitrante de epistemofilia de la literatura universal, al cabo del mágico plazo de siete años de su ascenso a los infiernos, esto es, de residencia en esa institución total -según la expresión de Erving Goffman- que es el sanatorio Berghof, donde es herméticamente conducido a interpretar el logos como Amor y palabra intermediaria del carácter enervador, disoluto, lánguida y mortalmente erótico de la enfermedad, por un lado, y del carácter fosilizado, positivo e iluminista de la civilización burguesa, por otro, debe confrontar su nueva sabiduría con la realidad política del país llano, ahora convertido en un meridiano de sangre y guerra.

51. La última modernidad tiene uno de sus símbolos literarios más complejos en La montaña mágica, libro cuyo potencial de efectos resulta a la par extrañamente fascinante e irónicamente devastador (el libro invierte mil páginas en convertir en sabio a su protagonista y lo manda a la muerte en las últimas diez líneas). Quiero recordar ahora el capítulo Nieve, sin embargo. En él, el joven Castorp decide liberarse siquiera sea momentáneamente de sus dos agónicos pedagogos -o paidagonistas-: Settembrini y Naphta. El uno un discípulo de Mazzini, un moralista político y demócrata iluminista practicante de un raciohumanismo recalcitrantemente liberal; el otro un jesuíta ex-judío y comunista defensor del Ius Divinum en una versión salvajemente escolástica, firme defensor de que este mundo debe plegar ascéticamente su anatomía político-moral, hasta la tortura si hace falta, a las exigencias apocalípticas de la Salvación trascendente. Embarcándose en una aventura cuyo punto culminante es una tormenta alpina que le hace perder el sentido. Es entonces cuando tiene un sueño...

52. Sueña que una lluvia limpia la atmósfera, orientando su mirada hacia algún lugar del Mediterráneo, de beatífica belleza, donde una comunidad helena, una cooperativa apolínea de ciudadanos, disfruta corriendo serenamente a lomos de caballo por la orilla del mar, danzando, pescando y tirando al arco (como dicta el canon del dios de las distancias), mientras rinde un devoto y jónico tributo a la figura de la Madre, que amamanta a su hijo en el regazo. Repentinamente, el testigo de una vida tan tocada por las gracias de Apolo es conducido a unas regiones más elevadas e inhóspitas. Allí se levanta un templo de musgosos pilares. Por entre una selva de columnas, Hans avanza bajo relieves de Deméter y Perséfone indicativos de que el soñador incursiona en una suerte de inframundo. En el sancta santórum del templo dos ménades con apariencia de brujas manipulan horriblemente a una criatura, descuartizándola sobre una crátera sangrienta. El hijo amamantado de la

botticelliana civilización apolínea se ha convertido en un hijo devorado, en un Dionisios Zagreo.

53. El meollo simbólico de este sueño arquetípico de clarísima resonancia nietzscheana, sueño que Hans Castorp privatiza psíquicamente con la inteligencia de un aventajado alumno de Hermes, queda bien resumido en estas palabras del joven: El hombre no debe dejar que la Muerte reine sobre sus pensamientos en nombre de la bondad y el amor. Si hay una lección a la que accede Hans en este momento de onirismo sapiencial, no puede ser sino ésta, verdadera extensión de las lecciones extraídas de la ópera prima de Nietzsche sobre el origen de la tragedia: el hombre ha de hacerse dueño de las contradicciones, más bien que lo contrario. Y la literatura manniana propone desde el interior de esta contradicción que aquí se está elaborando simbólicamente (el "discreto" sobreentendido de una escena sangrienta como Hintergrund de un bello Estado humano) un proyecto tanto de "mediación cultural" como de "cultura de la mediación".

54. En este sentido, La montaña mágica, un libro en cuya intrahistoria hay que contar muy decisivamente el giro republicano de su autor, nos adelanta con irónica sensibilidad pedagógica lo que Doctor Faustus verá hacerse tragedia: que la cultura es el símbolo plural, y por eso mismo susceptible de aberraciones funcionales, de una benéfica y ordenadora incorporación de lo oscuro, lo horrible y lo siniestro en el culto de lo divino.

Mythos plus Psychologie:las esferas rodantes

55. Pero deseo dirigir finalmente la atención hacia José y sus hermanos, pues es en esta tetralogía donde la hermenéutica manniana encuentra acaso su veta más profunda. Y esta veta tiene un nombre: Mythos plus Psychologie. Se trata de una empresa retórica y filosófica dirigida contra los santones anti-intelectualistas, que quisieran ver el mito emancipado de toda psicología, vuelto numinoso, una especie peligrosa de maná cultural que las más de las ocasiones da en bárbaras y déspotas reelaboraciones discursivas. Empresa dirigida también, sin embargo, contra los santones anti-mitologistas, que quisieran lo contrario de aquello, dominar el mundo vaciándolo de sus partículas míticas, en un nuevo jacobinismo de la razón imperatrix mundi, que desecharía sus inflexiones más ancestrales (por su primitivismo), el tiempo inmemorial (por su opaca plasticidad), la pregnancia de los arquetipos (por su mistificada autoridad).

56. Thomas Mann concibió siempre los mitos como constelaciones vivas de motivos psíquicos cuyo instinto de ser obedecidos debe ser relativizado por la necesidad de verse interpretados. Y es en José y sus hermanos, cuatro novelas más bachofenianas que bíblicas, donde mejor se percibe que la psicología es el régimen democrático del relato mítico. Es la topología mundana donde el mito, un horizonte energético relativamente indeterminado, se encarna y particulariza, sufriendo el estrés de lo humano, poniéndose en la piel del hombre de carne y hueso. No está de más recordar la famosa línea del epistolario con Karl Kerènyi en 1941, en plena guerra y en plena composición de su cuarto volumen de la tetralogía, José, el proveedor: la psicología, decía allí, es el medio para arrebatarles el mito de las manos a los tétricos señores del fascismo.

57. Mythos plus psychologie es la literatura convertida en lenguaje de la mediación moderna entre el pathos y sus patologías y el logos y sus iluminaciones verbales. Entre lo ancestralarquetípico y lo inalienablemente individual. Entre la fuerza extática y conminadora de Dioniso y la fuerza irónicamente transfiguradora de Apolo. Entre la potencia constreñidora del mito y la libertad de una persona que, como es el caso de José, se complace en reconocer que, en su vida, quien hace las veces de sub-iectus no es él sino un papel o guión mítico que él desempeña con innato instinto actoral y enorme delectación para un ego cuya importancia resulta así de una abismal multiplicación de las edades de lo humano.

58. Mythos plus psychologie nos enseña a leer a Thomas Mann invitándonos a caer

en la cuenta de este viaje de ida y vuelta tan característico de sus ficciones: del Mysterium a la Psicología, de la Psicología al Mysterium. La primera dirección supone un esfuerzo ilustrado e ilustrador por especificar lo inespecífico, por articular lo que es energía, por presencializar lo ancestral, por historiar lo que a veces desea esconderse detrás de las palabras. Es una realización del mito. La segunda dirección equivale a reconocer que sus héroes caminan sobre las huellas de sus antepasados y su destino está irónicamente engastado en las ficciones que acuñaran otras vidas de impacto arquetípico. Es una remitologización de la realidad.

59. Ambas direcciones funcionan concertadamente, y están preparadas para neutralizar cada una los excesos a que puede verse tentada la otra. Nunca funcionan por separado sino en una ineludible oscilación, producto de la afectuosa ironía marca de la casa -aprendida de Wagner-. El tratamiento cordial de los relatos arquetípicos (sea el de Edipo en El elegido, el complejo Tammuz-Adonis en José, el de Hermes en La montaña mágica, la sombra abrámica en Las historias de Jacob, o el del viejo Fausto frankfurtiano respecto a Leverkühn) en cualquiera de los casos está siempre punteado por un pathos de la distancia que impide que tanto el escritor como sus lectores reifiquen esos mitos, viendo en ellos cosas dadas a las que habrían de plegar sus hábitos mentales. Mann hace saltar más bien en pedazos esas tiranías rituales respecto a los mitos. Y lo consigue dotando a sus héroes de una autoconsciencia irónica que a veces da en lo humorístico, como en el Félix Krull, y otras en el puro horror, como en el Faustus; pero en ambos casos su versión de lo que sea la remitologización a cargo de obras de ficción es irreprochablemente crítica y vívida a la vez.

60. El escritor concibió otra expresión con que articular su idea de la mediación como lenguaje literario. Nos referimos a las Rollende Sphären, las esferas rodantes. Por medio de esta expresión, que es más que una metáfora o una fábula poética, mucho más que una ocurrencia novelesca, Mann transmite a los lectores de su tetralogía bíblica algo de una extremada simbología política. La idea se desarrolla como sigue.

61. LLamemos hemisferio superior o celeste a esa dimensión arquetípica de nuestra consciencia, a la corriente ejemplar de nuestros ancestros, a los dioses más queridos (o mejor soñados), a los valores más sagrados (o más útiles), a los tiempos históricos más fecundos (o más divulgados). LLamemos hemisferio inferior a ese horizonte típico e inmediato de cada presente, a las fronteras actuales de nuestra consciencia en su ahora, a la corriente de incertidumbres que nos definen hoy y aquí, a ese rostro indigente de la historia que busca algún reflejo orientador, alguna ficción para su autocomprensión. Y pensemos en un límite entre ambos hemisferios. Un límite que es móvil. Pensemos, sí, en una esfera que, al rodar, vence cada una de sus mitades sobre el lugar que ocupaba anteriormente la otra. La superior sobre la inferior, la terrestre sobre la celeste, y al contrario, en una dialéctica especulativa incesantemente activa... Puesto que es un hecho que la carrera de las transformaciones en la parte baja de la esfera no tiene fin ni conoce tregua, eso significa que las permutaciones de la parte alta deben ser igualmente inagotables. Creer que la Bildung de los dioses y sus mitos, de los valores sagrados y sus ritos, ya ha concluido, que ya se ha estancado su evolución histórica, que ya ha conquistado de una vez y para siempre su último nombre (étnico, político, estético, religioso...) sería tanto como imponernos, avisa Thomas Mann, un destino cultural demediado y una trágica vocación de obediencia. Y si el autor del "Félix Krull" hizo justicia a su época dando curso al desencanto de las tradiciones alemanes, con tanta o mayor lucidez estratégica supo componer su propia figura para asegurar que la Bildung de esas mismas tradiciones pudiera conocer nuevas aventuras tras chocar contra él.

62. El caballero, la muerte y el diablo es el título de un aguafuerte de Durero que Mann siempre recordaba cada vez que deseaba alegorizar esa esfera noralemana, absolutamente "nomeridional", que produjo almas severas y moralistas como la de Nietzsche y atmósferas éticas donde se

respiraba el aroma fáustico de la cruz, la muerte y la tumba (según el elogio combinado de Wagner y Schopenhauer que el autor de Aurora dirigiera a su amigo Rohde en una carta de octubre de 1868). La simbología dureriana hecha de relámpagos sulfurosos y ascetismo fanático estuvo siempre al lado de Mann como una difícil compañera de viaje que ocupara el mismo compartimiento que la muy alemana imaginación del novelista -en cuyo meollo había mucho de Sachs y de Lutero-. Se le puede entregar uno, como hicieron, desde dos extremos distintos de la vida y la cultura, Hanno y Adrián. O se la puede interpretar, sin banalizarla, sin negarla, de acuerdo al espíritu de la palabra de José, esa criatura providencial, embaucadora y de tendencias narcísicas, pero así y todo ejemplo encantador de lectores y hermeneutas. Quiero dar aquí la palabra a José, durante su entrevista con Faraón, Amenhotep IV, en el último volumen de la tetralogía manniana:

63. En mi adolescencia tuve sueños y mis hermanos, hostiles, buscaron el mal para el Soñador. Ahora que soy hombre, ha llegado el tiempo de la interpretación (...) El dominio de sí que se conserva al interpretar se debe al hecho de que lo arquetípico y lo inmemorial se cumplen por medio del YO, de un ser único, particular, y al cual, a mi entender, se ha impartido el sello de la razón celeste. La tradición del modelo preestablecido sale de las profundidades inframundanas y nos constriñe; pero el Yo pertenece al espíritu, que es libre. Y la vida civilizada consiste en esto: el arquetipo acuñado por las profundidades nos subyuga; pero se implica en la divina libertad del Yo. Y no hay humana civilización sin lo uno y lo otro.

Friedrich Reck: el hombre que pudo matar a Hitler

Peio H. Riaño

Friedrich Reck no es un héroe. No mató a Hitler cuando pudo hacerlo y pasó su vida tratando de mantener sus privilegios de clase. Había estudiado medicina pero nunca se sintió motivado para entregarse al ejercicio. Con dos breves suplencias descubrió el campo de los diagnósticos erróneos y el riesgo de la profesión. Tenía 27 años de edad, era padre de familia y encontró en las haciendas de su padre el mejor remedio para una vida sin preocupaciones como rentista.

Friedrich Reck fue un aristócrata misántropo que moriría en el campo de concentración de Dachau, dos meses y medio antes de ser liberado por las tropas aliadas. Reck es un modelo de virtudes limitado, pero llevó con rigor la escritura de las estampas del horror en un diario que terminó con el título de *Diario de un desesperado*, en el que recuerda varios encuentros con Hitler de los que salió vivo.

Como una broma macabra, padeció el testimonio del final del proyecto cultural e intelectual en el que se había acomodado con la llegada del régimen nacionalsocialista, al que no hizo ascos en sus primeras luces. Deslumbrado por la desaforada crítica anticapitalista, se abrazó a las ideas que pretendían proteger la tradición, hasta que entendió el peligro de la locura del proyecto nazi. Entonces cayó en el desengaño y la repulsión. Entonces la escritura desairada y así durante nueve años de mucho odio: "Desde hace más de 42 meses pienso odio, me acuesto con odio, sueño odio para despertar con odio: me asfixia verme prisionero de una horda de monos perversos", escribe en 1941. Todavía le quedaba lo peor.

Un cowboy hambriento

Debía pasar por la culpa de no haber hecho nada cuando tuvo cara a cara a Hitler. Cuenta que se encontró unas cuantas veces con él, no en sus concentraciones, sino a pocos metros, "y por tanto en campo de caza". La primera vez, en 1920, se encontró a "un extraño santón" en el palacio de un amigo. El criado contaba que no había forma de echarle y ya llevaba una hora allí sentado esperando al director general de los Teatros Reales, invocando su interés por la escenografía operística. "Para hacer esa visita a un desconocido se había equipado con polainas de montar, fusta, perro pastor y sombrero de ala ancha", le describe Reck con toda la acritud. Le llama "cowboy" y "camarero estigmatizado", le recuerda "tan satisfecho como cohibido", delgado, "parecía incluso un poco hambriento".

Volvió a verlo otras veces, pero ya en 1932, el año en el que "Alemania empezó a tener fiebre", se lo encontró en un local, se sentó junto a su mesa y ya se había convertido en un hombre poderosísimo. Reck vuelve a la carga y entonces ve en el dictador "un Gengis Khan vegetariano, un Alejandro abstemio, un Napoleón sin mujeres, una miniatura de Bismarck que habría tenido que guardar un mes de cama si se hubiera visto forzado a tomar aunque sólo fuera uno de los desayunos del viejo Canciller de Hierro...".

Ese día de septiembre había llegado en coche a la ciudad, Múnich. Escribe que, como las carreteras eran ya bastante inseguras, llevaba encima una pistola lista para disparar. "En aquel local casi vacío habría podido hacerlo, sin más. Lo habría hecho, si hubiera sabido el papel que iba a desempeñar ese puerco y los años de sufrimiento que nos esperaban", se lamenta de no haber visto más que un "personaje de revista satírica". Y no disparó. Se consolaba pensando en todos los intentos de atentados fracasados contra Hitler de los que ya por entonces se hablaba. Para Reck, recalcitrado en el catolicismo hasta sus huesos, Dios se había echado a dormir y se desentendía de la suerte del pequeño ogro.

Por esas leyes extrañas que rigen el mercado editorial, han tenido que pasar 62 años para que aparezca una edición en castellano de uno de los testimonios más rabiosos y contenidos contra el régimen nacionalsocialista. La crónica de un alemán que contempla cómo los mejores alemanes que han sobrevivido, terminan prisioneros de un "rebaño de simios perversos". La visión de un aristócrata que vive en el campo, a unos kilómetros de la ciudad, y se retuerce por la degeneración de su país: "Alemania alberga hoy la chusma más infernal del mundo", apunta. "Una chusma, quede claro, que no surge del proletariado, sino del pequeño funcionariado, de la escuela elemental, de los funcionarios intermedios de Correos...".

Consecuencia de sus críticas desairadas y a una delación que no está clara en octubre de 1944 fue arrestado por primera vez. Quedó en libertad al poco y a finales de diciembre de 1944 volvió a ser arrestado de nuevo por la Gestapo en Múnich, con la acusación de "denigrar la moneda alemana". El 9 de enero de 1945 Reck es trasladado al campo de concentración de Dachau. Allí cayó enfermo pronto. Cuando sale de la enfermería del campo se topa con el preso holandés Nico Rost, quien más tarde lo describe en su libro Goethe en Dachau como alguien "muy delgado, además de nervioso y totalmente extenuado. Temblaba y se tambaleaba, y hablaba de forma tan confusa que al principio no entendía lo que quería". Al mes y medio de entrar, murió de tifus exantemático, a la edad de 60 años.

Epidemia de idiotez

Lo que más sufrió Friedrich Reck fue la pérdida de la inteligencia del pueblo alemán, como si estuviera siendo "atacado por una horrible epidemia de idiotez". Cuenta cómo todo lo que se imprime, emite y proclama en público con "el necesario aplomo" termina por pasar como cierto. "Si hoy el señor Göring ordenara proclamar a uno de sus perros de caza rey de Baviera con el adecuado estrépito de tambores... creo que este pueblo, ayer aún tan celoso de su singularidad y de su oposición a las termitas del norte de Alemania, gritaría ´¡Viva!' y rendiría homenaje a un chucho", anota en octubre de 1942.

Sin embargo, contra Reck también se puede extender un amplio pliego de faltas, la primera y más grave, haber omitido de toda esta panorámica de la destrucción de la dignidad alemana el genocidio judío. Ni una sola apreciación a los campos de concentración en los que acabó, ni una sola nota a la monstruosidad de la idea de "la solución final". ¿Es que no miró con atención? ¿Es que no vio nada extraño? ¿Cómo es posible que se le escapara su versión entre tantas y tantas visiones detalladas? No se interesó por lo que era un atentado contra la humanidad, sólo vio un golpe a la tradición nacional.

Lo que contaba para Reck, según la historiadora Christine Zeile, era "la forma que él mismo le daba a su vida, la producción de una imagen vital extravagante por la que él mismo se dejaba seducir, pero con la que, ante todo, sabía que podía convencer a los demás". Siempre sabía resaltar, en sus diferentes variantes, el hecho de que él pertenecía a la élite.

El escritor necesitaba exhibir su individualidad, su elevación sobre los indistintos "hombres masa", su singularidad estética y moral. Entre los cientos de referencias filosóficas y literarias que apunta Reck a lo largo de sus recuerdos, asoma Ortega y Gasset y *La rebelión de las masas*. Define al pueblo alemán "atacado por una epidemia de idiotez"

"Le supliqué que caminara como los demás, que mirara como los demás, que se comportara como todas las demás personas. Le rogué que se olvidara de sí mismo aunque sólo fuera por una vez, que dejara de contemplarse siempre y de preocuparse por el efecto que causaba", recuerda su amigo el escritor austriaco Bruno Brehm en su libro *El mentiroso*. Más tarde, Brehm se convirtió en un nacionalsocialista hasta los huesos y Reck en su enemigo odiado.

Lo que más lastimó a Friedrich Reck fue la carencia de toda ley moral y la falta de espíritu de los nazis. "Verdaderos enemigos de todo lo bello". Lo que más esperó Friedrich Reck es el juicio de la historia para arrancar la máscara a Hitler. "Hemos tenido razón, hemos vencido a cambio de nuestros mejores años", se despide de su odio.

Otto Strasser y el Frente Negro

Erik Norling

En el verano de 1931 la organización capitaneada por Otto Strasser adopta la denominación de *Schwarze Front* (Frente Negro), en clara referencia a la bandera negra enarbolada por los campesinos rebeldes del Landsvolkbewegung y al fracasado proyecto del Reichswehr negro de los años veinte. Las pretensiones de crear un partido tradicional y una organización de masas son rechazadas. De lo que aquí se trata es de fundar un partido de corte elitista, entrándose así en una experiencia novedosa al menos en el campo nacional-revolucionario.

Una nueva formación de combate

El 6 de septiembre de 1931 la cabecera del órgano de expresión se rebautiza con la misma denominación del nuevo partido. En la primera página se anuncia la formación del Frente Negro junto a una larga cita de Moeller van den Bruck. Su intención es la de servir de punto de encuentro de aquellos grupos nacionalistas que no aceptaban el paraguas del omnipotente NSDAP. Al mismo tiempo, se inician –o, en su caso, se retoman- una serie de contactos con el resto de formaciones minoritarias […]

En su directiva encontramos a Otto Strasser, Buchrucker, Blank, Wendt y Walter Pager. Allí hacen público su *Manifiesto del Frente Negro* que, junto a *Los 14 principios de la Revolución alemana*, se edita en forma de folleto, con una tirada de diez mil ejemplares. Como insignia del partido los militantes del Frente Negro eligen el martillo cruzado por la espada, como símbolo de la lucha nacional-revolucionaria, que ya ha sido utilizado desde 1927 por la Kampf-verlag. El Frente Negro, se puede leer en uno de sus manifiestos, debía ser “la Escuela de los oficiales y suboficiales de la

revolución alemana", resaltando de esta forma el carácter elitista de la nueva formación. El propio Strasser definirá a su organización como una suerte de sociedad secreta que debe actuar como motor de la Revolución alemana […]

El *Manifiesto* resume los principales puntos del programa strasserista, sin profundizar en detalle, manteniendo, eso sí, el inequívoco carácter socialista, nacionalista y racialista de su pensamiento. Proclaman su doctrina "tan alejada tanto del capitalismo occidental como del bolchevismo oriental" y "abogan por un *Socialismo alemán*", ante la evidente crisis del sistema liberal y la democracia parlamentaria. Rechazan la "sacralización de la propiedad privada" y el desorden moral que provoca el capitalismo que destruye de manera irreversible los valores tradicionales del espíritu alemán. La influencia *völkisch* es evidente, mucho más que en la primera etapa de Otto Strasser, seguramente debido a su interés por atraerse a estos núcleos activistas. Propone una estrecha operación, "una suerte de alianza entre el [Frente Negro] y el Frente Rojo contra el Frente de la reacción" … puesto que más tarde ya habría tiempo para entrablar "el combate entre el negro y el rojo".

Otto se reúne con los más variopintos opositores nacionalistas que o bien no están en el NSDAP o, si lo están, su enfrentamiento con Hitler es público y notorio, en un intento de crear un Comité de Lucha de los Revolucionarios. Al efecto convoca en Berlín, para el 20 de noviembre de 1931, una reunión preparatoria a la que asisten el Wehrwolf, una organización paramilitar de corte nacionalista dirigida por Kloppe; el reconstituido –por los seguidores de Ernst Niekisch- Freikorps Oberland; los representantes de *Die Tat* del neoconservador Hans Zehrer –que veía una posibilidad de, a su vez, acercar a los strasseristas a la órbita de los planes de Franz von Papen y el general Schleicher para crear un Tercer Frente que obstaculizase el ascenso de Hitler al poder-; los restos activos del Landvolkbewegung o movimiento campesino; el grupo organizado alrededor de la revista *Widerstand,* dirigida por Niekisch, y otros grupos menores, que en realidad no eran más que siglas que a nadie representaban. Pese a los excelentes presagios, los planes de acción conjunta no se materializaron, a excepción del trasvase de algunos militantes y la ayuda del círculo de la revista *Die Tat*, que prestaría a Otto la atalaya de su revista, imprenta y locales durante el tiempo que duró el maridaje.

Por estas fechas las críticas hacia el comunismo se hicieron más duras, especialmente tras el anuncio de Stalin de abrir su política internacional hacia el Oeste, a través de una serie de pactos con las potencias aliadas. Strasser, que había soñado con una alianza ruso-germana, advierte del peligro que supone el acercamiento a Occidente de la Unión Soviética para los intereses alemanes. A Strasser no le queda otra salida que apostar a regañadientes por un nacionalismo anticomunista. Por otro lado, escindidos del Frente negro, antiguos compañeros de Strasser, le atacan vehemente desde las columnas de las publicaciones comunistas y desde la oposición nacional-bolchevique. Le acusan de ser "una reserva de medio-fascistas" dispuestos a aliarse con la reacción, que estaría "a sueldo del ministerio del interior prusiano". Entre los dirigentes strasseristas que se pasan al KPD destacar a Wilhelmo Korn, que se convierte en pieza clave para esta operación […]

Socialismo nacional-revolucionario

Es por estas fechas cuando publica Otto Strasser su ópera magna: *Aufbau des Deutschen Sozialismus* (Estructura del socialismo alemán). Aparece en una editorial amiga de Leipzig, en 1930. Este trabajo será reeditado en 1936 y traducido al inglés en 1940, bajo el expresivo título de *Nuevo Orden*, estando ya en el exilio. Será, junto a *Los 14 principios,* el mejor exponente del llamado *Socialismo alemán* materializado en el Reich hitleriano. No podemos olvidar que Otto Strasser fue, ante todo y sobre todo, un ideólogo nacionalsocialista, etiqueta de la que él jamás renegará. Buena parte de sus propuestas, pese a la hostilidad de muchos dirigentes del NSDAP, estaban en el ambiente doctrinal del movimiento nacionalsocialista.

En el prólogo a la primera edición explica que "este trabajo es el primer intento de lograr la completa transformación de la vida alemana en la dirección de la revolución que ha ido pasando por delante de nuestros ojos desde 1914". Como otros autores nacional-revolucionarios próximos a la *Revolución Conservadora*, Otto Strasser es consciente que la Gran Guerra ha supuesto un antes y un después en la historia, tanto de Alemania, como de Europa en su conjunto. Coincide igualmente con los conservadores-revolucionarios en el carácter elitista de sus llamamientos regeneracionistas. La Revolucón no la hará una clase social –como afirman los marxistas- ni las masas populares –como reclaman los fascistas-, sino una élite intelecgtual, preparada para dirigir a los demás. Para "los conservadores revolucionarios (pues es así como yo y mis amigos nos vemos a nostros mismos)" –escribe Otto- "es de gran importancia, finalmente, reconocer que esta revolución no será llevada a cabo por las masas, sino por un número reducido de personas dispuestas a asumir riesgos, que tengan en sus mentes una visión nítida del nuevo orden, que sean lo suficientemente capaces para el sacrificio personal y combativo para jugarse sus vidas en la esperanza de hacer realidad este sueño".

El ensayo consta de cuatro partes: "Bases filosóficas", "Socialismo alemán", "El Estado socialista alemán" y, para concluir, "La política cultural del socialismo alemán". Se observan influencias del pensamiento spengleriano y de Moeller van den Bruck, cuando Otto Strasser aborda las raíces filosóficas sobre las que se asentará el futuro Estado socialista. Strasser contempla la nación alemana como un ser vivo, un ente que debe protegerse y puede mejorarse, pero también cabe la certidumbre del declive y la desaparición. Conceptos como "raza", "pueblo", "nación", constituirían los elementos primarios que marcarían el "ritmo de la historia". No se trata de meros entes pasivos, sujetos al devenir del destino, sino entes vivos, sobre cuya concepción los hombres se han enfrentado secularmente:

> "De las disertaciones anteriores queda claro que aceptamos la validez del brillantemente formulado principio de Oswald Spengler del nacimiento y decadencia del ciclo cultural, ente caso del ciclo cultural occidental; y, en consecuencia, percibimos el gran principio del movimiento por el cual toda vida orgánica se rige, la ley del nacimiento, madurez y muerte … Si estudiamos con más detalle las ideas y formas de cada una de estas épocas (de la historia de Occidente) descubriremos el hecho reseñable que todo se reduce a una pugna entre dos ideas, dos polos opuestos, entre los cuales el péndulo de la historia se mueve sin parar: la idea de progreso y del retroceso; o, como diríamos, conservadurismo y liberalismo … El trío capitalismo, individualismo y materialismo es lo que entendemos como formas del liberalismo que existe en esta etapa de decadencia del ciclo cultural de Occidente. Como contraste a esta tríada del liberalismo, está nuestra idea del conservadurismo que, de igual manera, se manifiesta en tres planos de la vida: como "socialismo" en el plano económico; en el plano social (el Estado); y como "idealismo popular" en el plano del alma-cultural (religión). Esta tríada de socialismo, nacionalismo e idealismo popular es lo que reconocemos como formas del conservadurismo que se desarrollan progresivamente en este ciclo cultural de Occidente".

Para Strasser, tal y como nos percatamos de inmediato, el término "conservadurismo" no debe interpretarse en sentido negativo sino positivo. Constituye el polo donde se concentran las fuerzas revolucionarias progresistas que unifican la nación (nacionalismo), la comunidad popular (socialismo) y el espíritu-alma, lo que los autores de la *Revolución Conservadora* llamaban el *volksgeist*. Para Strasser no habría contradicción alguna entre "conservadurismo" y "socialismo" […]

En la segunda parte de su ensayo intenta clarificar cómo se desarrollará el *socialismo alemán*. Será preciso, en primer lugar, lograr la autarquía productiva de Alemania, "antecedente necesario para

satisfacer la principal demanda de una economía socialista nacional: salvaguardar los alimentos, vestidos y hogar de la comunidad". Aunque representaría tan solo "una fase transitoria", pues, tras superar los problemas internos, el objetivo sería trabajar para imponer una "autarquía europea … esencial para mantener el nivel de la cultura y civilización europeas" Para llegar a este objetivo será preciso imponer un monopolio estatal en materia de comercio exterior y el abandono del valor oro con respecto a las divisas. El dinero sólo valdrá lo que vale el trabajo real que representa […]

En el futuro *Estado socialista alemán*, que será ejemplo para las demás naciones europeas, la propiedad privada será abolida –"La nación … la comunidad en pleno, es la única titular de la tierra, de las materias primas … de los medios de producción"-, pero no debe confundirse con el socialismo de Estado, que proponen los marxistas, que para Strasser sólo es una variante del sistema capitalista. Efectivamente, la propiedad (*Eigentum*) será de la comunidad popular, pero la posesión (*Besitz*) corresponderá a los individuos, a los miembros de la nación que tendrán derecho usufructuario sobre aquélla.

A grandes rasgos, propone Otto Strasser una serie de medidas económicas básicas que serán el comienzo de la implementación del *socialismo alemán.* En el mundo rural se llevará a cabo una profunda reforma agraria para "re-agrarizar" la nación, corrigiendo el hasta entonces imparable trasvase de población rural a las grandes urbes. Se entregarán tierras para que los campesinos accedan a la titularidad de sus explotaciones. Las granjas serán hereditarias, pasando de padres a hijos, pero jamás podrán ser vendidas, embargadas o hipotecadas. Dejarán de tener valor especulativo y tan sólo podrán ser medio de creación de riqueza para la nación. Los campesinos quedarán exentos del pago de tributos a excepción de una renta al Estado por el uso y disfrute de la granja. Donde fuere preciso, se expropiarán las tierras a los propietarios para redistribuirla, previo pago de una compensación justa, como también serán compensados los bancos y titulares de hipotecas sobre las fincas.

La producción y economía nacional, propiedad del pueblo, será igualmente dirigida por los miembros de la comunidad con una autonomía absoluta, únicamente limitada por el principio del interés general. Se abolirán los monopolios y los consorcios de sociedades anónimas, se desproletizarán las masas obreras para convertirlas en "productoras" y titulares de los medios de producción. No se trata de una proletarización de las empresas, donde el Estado asume el papel directivo –como, por ejemplo, sucede en el comunismo-, sino de una revolucionaria redistribución de los papeles en el seno de la "empresa comunitaria". La dirección, los antiguos propietarios, seguirán teniendo su poder de decisión, autonomía y participación mayoritaria de los beneficios, pero ya no como "dueños" sino como "líderes de empresa". El equipo de productores, que pasarán a ser "titulares", participarán en los beneficios, como lo hará el Estado, que encarna a la comunidad popular y es, al fin y a la postre, propietario último de la empresa.

Tras señalar los elementos esenciales del socialismo, Otto Strasser se detiene en el análisis de la forma del futuro *Estado socialista alemán*. En ello sigue la tradición de los pensadores germanos idealistas –partiendo de Hegel-, que siempre han visto en el Estado un ente, una forma superior de dirección de la nación. A diferencia de otros países, como España o Francia, donde el Estado se había identificado con la nación durante siglos, en Alemania e Italia su formación es tardía, de finales del siglo XIX. No debe, pues, resultarnos extraña esta constante ideológica, tanto en el fascismo italiano como en el nacionalsocialismo alemán. Strasser se declara abiertamente republicano: "El principio por el cual tan sólo los mejores y los más eficientes de entre los alemanes debe permitírseles dirigir el estado, excluye la monarquía hereditaria", si bien advierte del peligro de sistemas de gobierno que, como sucedía con Weimar –presidentes elegidos cada pocos años- y apuesta por un cargo presidencial vitalicio, evitándose así el cáncer electoralista. El presidente sería designado entre y por los miembros de un Gran Consejo, formado por

los presidentes de las regiones, ministros y la presidencia de la Cámara de corporaciones. Una solución simplista, sin duda, que seguramente tendría que haber sido objeto de un desarrollo posterior. El sistema partitocrático se quebraría, desapareciendo como forma de representación que se trasladaría a los Consejos de productores, según cada ramo, y que serían los que, a su vez, elegirían los representantes para la Cámara de corporaciones. No habría un partido único, como en la Unión Soviética o la Italia fascista, señala Otto –distanciándose así de estas formas de gobierno-, pues la comunidad debe estar representada en su integridad y no únicamente por los miembros de uno u otro partido.

Pero la revolución socialista no sería posible sin una previa revolución cultural –y a ello dedica el capítulo final- que "cambie las mentes del pueblo". A diferencia de los marxistas, que también reclaman esta reeducación, para los nacionalsocialistas es imprescindible una vuelta a las raíces del pueblo que, según Otto Strasser, se encuentran en el cristianismo. Se potenciará la difusión del cristianismo, pero con una absoluta separación entre Iglesia y Estado, y el más escrupuloso respeto a las otras confesiones. La libertad de credo ierá unida a la de pensamiento, no pudiendo censurarse ni limitarse la libertad de creación intelectual o artística, ni siquiera la de prensa. Ello no impide, empero, que se deban poner límites que garanticen, según Strasser, el correcto uso de estos derechos […]

Todas estas medidas conformarían el esqueleto ideológico de lo que Strasser llama la *Revolución alemana.* El libro es, en definitiva, un intento de sintetizar el "nuevo orden que el socialismo alemán" impondrá, y que únicamente tiene un objetivo: la reversión del proceso de decadencia de la cultura occidental que profetizara años atrás Oswald Spengler. Para Otto –siempre optimista-, este proceso de decadencia es reversible, no es inexorable, y su fe absoluta puede resumirse en la cita con la que acaba el libro y que es una auténtica declaración de principios:

> "La imagen de este nuevo orden, el nuevo orden de libertad nacional, justicia social y colaboración europea, se coronará con la declaración por la que la élite, ese tipo ideal que deseamos instalar como jefes de Alemania, sean los "caballeros", esa impresionante creación que apareció en fecha tan temprana en Occidente; que superando las fronteras nacionales se convirtió en símbolo de toda la comunidad europea; y que ahora, unidos, revivirán simultáneamente con la resurrección de Occidente. En esto, y en nada más, reside el Ser y el Poder de la Revolución Alemana: la Resurrección de Occidente."

[…] El 30 de enero de 1933 Hitler es nombrado canciller, asume el poder y pronto la jefatura del Estado, con lo que la aventura legal del Frente Negro toca a su fín. Se inicia la segunda fase, esto es, la lucha clandestina …

Cuando Otto recibe la visita de su hermano Gregor, la noche del 8 al 9 de mayo –la última reunión entre los dos hermanos-, éste le confirma que su vida corre peligro si no escapa del país. El aviso se produce gracias al ministro del Interior, el Dr. Frick, que había llamado a Gregor el día anterior informándole que los servicios de seguridad eran conocedores de dónde estaba Otto y que tenían instrucciones de acabar con su vida. A Otto también le ayudan amigos bien situados en el partido, como un alto jerarca de la SS de Munich que le transportará incluso a la frontera austríaca. Al cruzar la frontera no podía saber que tendría que esperar veintidós largos años antes de poder volver a pisar suelo alemán.

El verano de 1933 es especialmente aciago para los militantes del Frente Negro. Muchos de sus afiliados son detenidos, algunos pasarán varios años en las cárceles, pero la mayoría son puestos en libertad tras unos meses de internamiento y se incorporarán a la vida civil sin mayores problemas … La esposa e hijos de Otto podrán escapar, en 1934, a través de Suiza … Otto Strasser es un alemán de los pies a la cabeza y se niega a capitular. Edita un periódico clandestino titulado *Der Schwarze*

Sender (La emisora negra) y distribuye miles de octavillas antihitlerianas … La situación política en Austria le lleva a trasladarse a Praga […]

El ideal europeísta

Tras la incorporación al III Reich de Austria, en marzo de 1938 y, al año siguiente, el teritorio de los Sudetes con la entrada de las tropas alemanas en Praga, Otto Strasser debe buscar una nueva localización para sus actividades. París es el lugar idóneo. Desde allí conspira y publica panfletos contra Hitler, pero cada vez sus actividades son menos efectivas. En Alemania, sin embargo, la policía le otorga una importancia desmesurada […]

Durante estos años escribe varios libros que reflejan su actitud vital y resume su doctrina del *socialismo alemán*. Es posible en *Estructura del Socialismo alemán*, aparecido en 1931, observar cómo muchas de sus tesis habían sido ya desarrolladas en su etapa militante pero es en los años del exilio cuando alcanzan su madurez. La producción doctrinal de Otto durante su estancia en Viena, Praga, Zurich y París es ingente: centenares de artículos, folletos, varios libros. Tres títulos importantes de esta etapa son *Die zweite Revolution marschiert!* (¡La Segunda Revolución en marcha!) de 1934; *Europäische F¨deration* (Federación Europea) *de 1935; y Où va Hitler?* (¿Dónde va Hitler?) de 1936 […]

Uno de los elementos ideológicos de los grupos nacional-revolucionarios era su insistencia en hallar una política exterior coherente. Mientras los más conservadores optaban por una política antirusa, los más propugnaban un decidido acercamiento a la URSS. Otto Strasser va más allá y se alinea junto a los precursores del ideal europeo que, durante la década de los años treinta –tanto desde las filas del fascismo, como desde el liberalismo político-, comienza a fecundar. No debe extrañarnos, pues, que durante la segunda guerra mundial y como contrapeso a los nuevos ideales europeístas que estaban cuajando, Alemania desarrolle la idea un de un patriotismo europeo. El europeísmo será una idea que mantendrá durante toda su vida, de hecho llegará a hacer de esta idea una causa en sí misma. Cuando escribe, en 1940, su programa para la reconstrucción de Alemania, aparecido en una editorial inglesa, *Germany tomorrow*, le dedicará un capítulo completo a la cuestión europea, como necesario pilar para la paz y el bienestar tras la guerra.

Paz en Europa, afirma Otto Strasser, que no podrá alcanzarse hasta que no se encaminen todos los pueblos europeos hacia una federación. Para ello, Alemania deberá hacer numerosas concesiones, comenzando por desmilitarizarse y edificar un Estado socialista y democrático, renunciando definitivametne al militarismo prusiano. Como segundo paso, los demás países deberán actuar en el mismo sentido, para lo cual deberá constituirse un Ejército europeo con contingentes de todos los países de la federación. La adhesión a la federación será voluntaria y únicamente podrían acceder aquellos Estados que demuestren cumplir con los requisitos de entrada: desmilitarización, democracia, aceptación de las normas comunitarias. El tercer paso sería un estrechamiento de los lazos económicos, y para ello propone una serie de medidas: "Gradual abolición de todas las barreras aduaneras para el mercado libre; eliminación de los pasaportes y otras trabas a la libertad de movimient; sistemática profundización en las relaciones económicas y financieras internacionales; unificación de las divisas; desarrollo común de políticas económicas, todas estas medidas de colaboración económica entre los Estados que deseen ser miembros de la Federación Europea resultarán vantajas tan extraordinarias que todo escéptico o dubitativo no tardará en querer entrar".

El cuarto paso consistiría en una superación de las "estrechas ideas nacionalistas" a través de la colaboración cultural entre europeos, para descubrir el poso común que nos une: "Nada contribuiría más a este despertar que el conocimiento de las peculiaridades nacionales –escribe Otto-, pues esto hará que cada uno respete al otro, y se sentirán orgullosos de las múltiples caras de Occidente, pues en su diversidad no está sólo el encanto de Europa sino su esencia".

Aún no visualiza Strasser un Estado Europeo común, ya que cada país seguirá manteniendo un elevado grado de autonomía propia, aunque en materia de política exterior cree que hay que adoptar medidas comunes, especialmente en la cuestión colonial. No olvidemos que, cuanto Otto escribe estas líneas, los países occidentales dominaban el mundo mediante colonias y protectorados, habiéndosele arrebatado a Alemania las suyas tras la Gran Guerra, siendo éste a su juicio uno de los elementos de fricción para la reconstrucción europea. Para evitar estas disputas propone –algo que para un lector del siglo XXI puede resultar extrañísimo pero que entonces tenía pleno sentido-, la fundación de una "Compañía Colonial Europea" que administre los territorios africanos, generando riqueza y permitiendo a las juventudes de Europa hallar una salida a sus inquietudes creativas. "Esto es lo que necesita Europa" finaliza Otto su disertación sobre la materia. De esta manera, se contribuiría a unificar más los pueblos europeos, que ya no se enfrentarían por cuestiones de política exterior, asegurando una justa y eficaz creación, distribución y uso de los recusos naturales.

Sin embargo, es en su autobiografía *Hitler y yo*, de 1940, donde podemos leer la declaración de intenciones y descripción más acaba de su ideal europeísta. Palabras que escribe desde el exilio y cuando Alemania se halla enfrascada en una guerra contra la cual siempre se había manifestado:

> "Llamo europeo a todo ser consciente de la comunidad del cristianismo, de la comunidad de la Historia euroepa, de los lazos que unen la cultura de los distintos países y de la trabazón de la economía intereuropea. Alemania formó siempre parte de esa gran familia como núcleo central a fin de que Europa no se limite en el Rhin y deje por tanto de ser Europa […] No, el pueblo alemán desea la revolución alemana, es decir, la revolución nacional y social. El pueblo alemán quiere la comunidad del pueblo; la libertad interior, es decir una auto-afirmación democrática; quiere la libertad exterior, es decir, los mismos derechos nacionales que los demás pueblos. El pueblo alemán quiere un orden nuevo, político, jurídico y económico en el interior; quiere la paz en Alemania, la paz en Europa, la paz en el mundo".

Meses antes del estallido de la segunda guerra mundial había publicado una extensa biografía sobre el estadista, filósofo y sociólogo checo Tomas G. Masaryk (1850-1937). Se trata de un ensayo en el que aprovecha la ocasión para analizar la *Europa von Morgen* (La Europa de mañana), y el pensamiento y obra de este político que fuera uno de los padres del nacionalismo democrático checo. Otto Strasser ve a Masaryk, no sólo como un nacionalista sino también como un representante de "las ideas y formas de ese nuevo orden europeo" –como señala en la advertencia inicial del libro-, capaces de edificar "una Europa de la libertad, de la justicia y de la paz". El eje de la filosofía del autor checo, aspecto que considera Otto esencial para poder comprender su posterior pensamiento político con el que se identifica plenamente, es estudiado en profundidad para después pasar a dos pilares fundamentales para Otto Strasser, el europeísmo y el socialismo:

> "Por un nuevo orden de las libertades nacionales, de las justicias sociales y por una colaboración europea. Socialismo, nacionalismo y democracia son los pilares para edificar la Nueva Europa que ansiamos; en el Panteón de esta Nueva Europa tenemos –como fundamento y base- grabado un nombre en la piedra: T.G. Masaryk".

En dicha biografía acusa Otto a Hitler de haber traicionado los originarios principios europeístas del nacionalsocialismo en pos de un "pangermanismo que se basa en un imperialismo egoísta". De ahí, que "las ideas del nacionalsocialismo y el contenido de la revolución nacionalsocialista" no deban confundirse. El militarismo prusiano impide que Alemania pueda servir de "portador y sostenedor de la Federación Europa" y los planes imperialistas hitlerianos nos conducen –añade Otto- "con gigantescos sacrificios de lo propio y la sangre a Waterloo y a Versalles", en referencia a las

derrotas frente a Napoleón y tras la Gran Guerra de 1914-1918.

Lucha antihitleriana

Tras los desgraciados sucesos de *La Noche de los Cuchillos Largos*, en lo que muere su hermano Gregor, decide, en el otoño de 1934, escribir un libro donde explica lo acontecido. Lo titula *Die Deutsche Bartholomäusnacht* (La noche de San Bartolomé alemana), en referencia a la masacre de los protestantes franceses a manos del monarca católico. El libro está dedicado a "mi hermano Gregor Strasser, el mejor, el único amigo de mi vida, tus inquietudes eran mi ejemplo, cuya vida fue mi llamada, cuya muerte es mi obligación y aviso".

No debe extrañarnos, pues, que se trate de un virulento ataque contra Hitler y sus más cercanos colaboradores que, en cierta, forma, le resta credibilidad. Otto llega incluso a manipular los acontecimientos y, en numerosas ocasiones, añade de su propia cosecha para impreganar de mayor dramatismo los acontecimientos, que presenta como un choque entre las fuerzas revolucionarias y las reaccionarias, profetizando un rápido final para el régimen nacionalsocialista.

En 1938, residiendo en Suiza, escribe *Erlebt Weltgeschichte* (Historia vivida), traducido al inglés dos años después, y al francés bajo el título *L´Aigle Prussien sur l´Allemagne* (El águila prusiana sobre Alemania). Un interesante relato periodístico, con añadidos personales, de la historia de su país desde el inicio de la Gran Guerra hasta finales de los años treinta, en el que intenta demostrar lo negativo del ascenso del hitlerismo al poder y los peligros para la paz que la figura del *Führer* supone. Interesantes son los capítulos dedicados a su propia persona y al Frente Negro, además de los que escribe sobre su hermano Gregor donde, a nuestro juicio, hace un análisis lúcido y sereno de lo que significó el fracasado intento de imponer una doctrina socialista, el *Deutsche Sozialismus*, como eje del partido en lo que Otto bautiza como "strasserismo contra hitlerismo" […]

La pluma y el fusil

Otto Strasser vive de las conferencias, ayudas de grupos de exiliados y de la venta de sus libros, que aparecen en numerosos idiomas: francés, inglés e incluso español. El libro más traducido es *Hitler y yo*. Comparando los diferentes libros que aparecen, todos bajo títulos distintos, en realidad son siempre reelaboraciones sobre el mismo tema: sus relaciones con Hitler, los primeros años en las filas del NSDAP, las tensiones con los jerarcas nacionalsocialsitas –especialmente Goebbels-, la historia de sus actividades en Praga … Ciertamente aportan poco o nada para comprender el trasfondo ideológico de Otto Strasser. Esto es comprensible, pues por estas fechas prefiere abstenerse de adoptar posturas de las que posteriormente pudiera lamentarse y a la expectativa de si los aliados resultarán vencedores o no. Un interesante título de esos años es *The Gangsters aroun Hitler* (Los gangsters alrededor de Hitler), que se edita en el Reino Unido durante los primeros años del conflicto, alrededor de 1943. Es un ejemplo de simpleza ideológica probablemente forzada, que presenta Otto por esos años. Desarrolla en sus páginas obsesiones desmesuradas y un escasamente comedido servilismo hacia las potencias aliadas. Aunque ciertamente no hacia los rusos, lo que llama la atención. Desde su llegada a Canadá se le permite proseguir su actividad antihitleriana, creyendo seguramente los servicios británicos que Otto puede ser una baza interesante para defenestrar a Hitler. Entre agosto de 1941 y julio de 1942 tiene una columna bisemanal en el cotidiano *The Montreal Gazette*, que le presentó al inicio de su colaboración como el líder del "mayor movimiento clandestino de resistencia de Alemania"[…]

En 1946 publica en alemán, en Buenos Aires, una reedición de su programa socialista con el título *Deutschlands Erneuerung* (La regeneración de Alemania), destinado a informar a sus compatriotas de sus proyectos Reproduce su programa en pro de un *Socialismo alemán*, aunque decide rebautizarlo por el de *Solidarismo*. Bajo muchas etiquetas ha luchado Otto Strasser durante los años, comenzó como socialista revolucionario (1919-1925), socialista

nacional (1925-1930), conservador revolucionario a partir de entonces, y ahora como solidarista. Su situación de aislamiento y penurias económicas imposibilitan cualquier reanudación seria de actividad política alguna […]

Uno de los pocos defensores que Otto Strasser tiene es el periodista inglés Douglas Reed que, en 1940, había escrito una crónica en forma de libro sobre el Frente Negro y su líder titulado *¿Némesis? The Story of Otto Strasser.* Algunas fuentes ubican a Reed en el ambiente de los grupos fascistas británicos, cercanos a Oswal Moslley, cuya deriva nacional-revolucionaria y socializante está aún por estudiarse. En 1953 publica Reed su libro *The Prisioner of Ottawa: Otto Strasser*, donde, tras reproducir en gran parte la biografía de 1940, hace un repaso a su trayectoria y las actividades de éste durante la segunda guerra mundial en Canadá. Sugiere que se mantuvo a Strasser alejado de Alemania precisamente por su gran capacidad para haberse puesto al frente de un movimiento nacional alemán, y haber maniobrado contra los aliados y su política de complacencia con los soviéticos. "Un tipo peligroso para Moscú" –aseguraba Reed-, "un probado patriota, un cristiano hasta la suela del zapto, un líder con unos seguidores".

El 16 de marzo de 1955 pisa nuevamente la tierra de sus ancestros. Llega a Munich. Le esperan unos pocos camaradas del Frente Negro que han sobrevivido al Reich hitleriano, a la guerra y a las penurias de la posguerra. Recupera la nacionalidad alemana. Reinicia su actividad política fundando un movimiento político y el periódico *Deutsche Freiheit* (La Libertad Alemana), cuyo programa no difiere de lo que siempre ha defendido: una Alemania neutral, unida, en una Europa federada, neutral, independiente y pacífica. Junto a su inseparable camarada Herbert Blank, que fallecerá poco después como consecuencia de enfermedades contraídas en los campos de concentración, fundará a principios de la década de los sesenta una editorial con el mismo nombre que el boletín de su partido. Se imprimirán folletos ideológicos en una colección titulada *Schriften für Deutschlands Erneuerung* (Escritos para la regeneración de Alemania) y un boletín de noticias, *Strasser Vorschau* (Previsiones de Strasser), destinado a sus adeptos y en los que comentaba los acontecimientos de política nacional e internacional del momento. Sus actividades, empero, tienen escasísima trascendencia. En 1964 publica su libro *Exil* (Exilio) en el que narrará sus experiencias en Canadá […]

Los últimos años

Tras abandonar sus actividades políticas, cada vez más desengañado, prosigue en su intenso trabajo de elaborar un sistema político adecuado para el *ser alemán*. Fruto de su análisis de los acontecimientos que llevaron a la última contienda que dividió Alemania, publica en 1965, su ensayo *Der Faschismos* (El Fascismo). Strasser reconoce la importancia de esta ideología como *Weltrevolution* (Revolución mundial) que ha transformado, junto al comunismo, el mundo de las ideas políticas. Profetiza que el fascismo, como sistema autoritario, no ha muerto y que revivirá bajo otras formas, entre ellas mediante la dictadura de la técnica, auténtico e inminente peligro. Por ello es importante hallar una tercera vía –que él propone que sea el solidarismo-, que supere las dos formas de socialismo que hasta ahora se han impuesto con un terrible reguero de muerte y destrucción. Strasser no reniega de su pasado, pero comprende sus errores y busca una nueva proyección del socialismo nacional. Su auténcia razón para vivir.

En 1969, finalmente, publica sus memorias a las que, curiosamente, llamará *Mein Kampf. Eine politische Autobiographie* (Mi lucha. Una autobiografía política). Tras su lectura llegamos a la conclusión de que su obsesión por Hitler le siguió hasta el final de sus días, sin pararse a corregir las exageraciones y manipulaciones que durante décadas había difundido […]

El 27 de agosto de 1974 fallece apenas recordado por un puñado de seguidores.

Ernst Forsthoff y el Estado Total

Jean-Pierre Faye

*E*n 1933 aparece un tíulo explícito aún: *Der totale Staat*. El autor es un joven "Dozent", discípulo de Carl Schmitt, llamado Ernst Forsthoff. En la postguerra, Forsthoff narrará por escrito la relación de este libro con su contexto. La fórmula fue "forjada en 1931 o 1932 por Carl Schmitt bajo el efecto de la lectura de Ernst Jünger y de su *Totale Mobilmachuung*, y apoyándose conscientemente en esta formulación". "Es el resultado de un análisis aplicado a la situación de entonces con medios de pensamiento que se remontan esencialmente a Hegel".

Y he aquí una narración más característica aún que procede de Forsthoff el Dozent: "La designación de "joven-conservador" *(jungkonservativ)* proviene esencialmente del hecho de que nos agrupábamos en torno al semanario *Der Ring*, de que yo era (con diversos pseudónimos), uno de los colaboradores que pertenecían a su círuclo más íntimo".

¿Qué es pues, "El Anillo", *Der Ring*? "*Der Ring* era el órgano del *Herrenklub*, al que, por lo demás, yo no pertenecía; el *Herrenklub*, por otra parte, no ejercía ninguna influencia sobre la orientación de esta publicación. Nosotros, los jóvenes, estábamos entonces bajo la influencia de Moeller van den Bruck, al que, por lo demás, no he conocido".

Pero, ¿cómo interviene aquíe este muerto, entonces ignorado, que fue el autor del "Tercer Reich"? "Figuraba entonces como renovador del conservadurismo. De ahí provenía en efecto la designación de joven-conservador. Pero esto no tenía valor más que para nosotros, los jóvenes".

La narración pregunta de forma apremiante: ¿quiénes son, entonces, estos jóvenes? ¿De quiénes los distingue esta referencia a una clase de edad? "Carl Schmitt no se dejaba englobar en este conjunto, a pesar de numerosos punto de contacto". He aquí, pues, por quién ha sido forjada la fórmula. En cuanto a la fórmula misma: "Yo no designaría la fórmula como joven-conservadora. Más bien puede serlo como nacional-revolucionaria, en último extremo".

De esta forma, el Dozent del Estado total se califica a sí mismo como *jungkonservativ*, mientras atribuye, dubitativamente, su propia fórmula al signo *national-revolutionär.* Por lo que va a ser preciso constatar, por la simple lectura, de las narraciones ideológicas entonces en vigor, que pertenece al polo opuesto al de los jóvenes-conservadores, en este conjunto o esta esfera ampliada en la que se disemina la extrema derecha bajo Weimar: en la órbita de lo que entonces se designaba con el término de "Movimiento Nacional" –*nationale Bewegung.*

¿Qué es el Estado total, según Ernst Forsthoff? "Es una fórmula. *Der totale Staat ist eine Formel".* Ha definido esta fórmula por el "servicio" que va a prestar: debe "servir para anunciar, al universo del concepto liberal, el comienzo de un nuevo Estado" A los ojos de Forsthoff se deduce de aquí que "el Estado total es por ello un vocablo liberal para designar un objeto absolutamente no-liberal". ¿Qué es, entonces, este objeto no-liberal? Una "especie de comunidad estatal" Pero que el Estado total es ante todo algo lingüístico se convierte en un estribillo. "La fórmula del Estado total" –*die Formel totaler Staat.* La fórmula del Estado total, "al ser una fórmula polémica, no contiene en sí misma la completa plenitud del Estado presente". La fórmula del Estado total "coincide con el Estado nacionalsocialista en una de sus propiedades, destruyendo todas las autonomías". Es el sentido, subraya Forsthoff gozosamente, en el que "el Führer la ha hecho suya en su Discurso al Congreso Alemán de Juristas" (2 de octubre de 1933).

El sentido. Pero, ¿qué sentido? En ese sentido, prosigue Forsthoff, "la designación de Estado total es importante porque está inmunizada contra todas las tentativas reaccionarias de renovar las legislaciones particularistas de antiguo estilo". Pero este aspecto no debe llevar a malentendidos. Porque, en sentido contrario, "el Estado total es la expresión de un estatismo pasado de moda, no debe exresar la exigencia de una estatización total, porque no tiene nada en común con la mecánica burda del socialismo marxista". El *totale Staat* no es ni *Estatismus o Verstäatlichung,* atribuidos aquí al "socialismo marxista", ni particularismo de "tentativas reaccionarias".

Hacer la lista de los usuarios de la "fórmula" es irse encontrando los nombres de Carl Schmitt, Ernst Forsthoff, Ernst Rudolf Huber, Ernst Krieck, Otto Koellreutter, Gerhard Günther: todos, o casi todos, jurídicos o "filósofos", encerrados en el recinto estrecho de la elaboración doctrinal en el terreno del Derecho o la filosofía del Estado –pero siempre gravitando en torno a los enunciados de Ernst Jünger sobre la movilización total. Reencontrar las polémicas hostiles a la fórmula, en el interior del Movimiento nacional, haría aparecer, en contextos finalmente opuestos, los nombres de Heinz Otto Ziegler –muerto en combate, durante la guerra, con uniforme de la RAF- y de Alfred Rosenberg.

Ir tras las huellas de los usuarios de la "antítesis, en cambio, es errar en un dédalo en el que el lenguaje ideológico desborda ampliamente los planos del Estado y del Derecho: es entrar de modo extraño en el torbellino de una "poética" de la ideología donde aparecen los nombres de Thomas Mann, nacionalista del año 21 y Hugo von Hofmannsthal –y también los de Moelloer van den Bruck y Otto Strasser, de Edgar Jung y Hans Zehrer, de von Papen y Hermann Rauschning.

Puede verse cómo se dibuja aquí la topografía del cambio y de la circulación de los lenguajes. Porque Moeller, Forsthoff y Papen pertenecen, los tres, a la misma órbita que jalonan los nombres del Club de Junio, después del Club Joven-Conservador y del Club de los Señores. *Juni-Klub, Jungkonservative Klub, Herren Klub:* tres representantes de lo que los testigos y narradores alemanes de la postguerra designarían con el nombre del segundo de ellos en nuestra enumeración, o con el de su órgano, *Der Ring,* El Anillo, como "movimiento joven-conservador" o "movimiento del Anillo".

En uno de los números de esta revista mensual, el secretario del Club de los Señores precisamente, el antiguo brazo derecho de Moeller, Heinrich von Gleichen juzg con severidad un movimiento cuyo órgano, *Der Vormarsch,* La Vanguardia, está entonces amiado por Ernst Jünger (el mismo a que se refieren expresamente y casi sin excepción los ideólogos del Estado total) y es presentado por uno de sus redactores como la expresión de la *nationalrevolutionäre Bewegung:* el movimiento nacional-revolucionario.



Así pues, dentro del conjunto de relatos ideológicos que recorren en distintas direcciones las trayectorias de la antítesis y de la fórmula, se traslucía una polaridad marcada por los dos términos parcialmente opuestos de *jungkonservativ* y de *nationalrevolutionär.* Parcialmente opuestos, puesto que cada uno está constituido a su vez por una "antítesis", cuyo tiempo débil (o cuyo epíteto) traduce el tiempo fuerte (o substantivo) de otro: *Jung-* significa

revolutionär, y *national*- Moeller lo dice expresamente, es el equivalente de *konservativ*. Porque la voluntad de fundar el Tercer Reich, "no se llama hoy día ya conservadora: se la llama ya nacional … El nacionalismo … es conservador".

Lo propio de los elementos del campo es precisamente el estar atravesados por esta polaridad en sus mismos segmentos o en sus cadenas. El opúsculo de Forsthoff es ejemplar en este aspecto.

El Estado total, para Forsthoff, es el "opuesto al Estado liberal". Es el Estado "en la plenitud englobante de su contenido, en oposición al Estado liberal, vacío de contenido, reducido a la mínima expresión y vuelto nihilista" *(nihilisierten)* bajo el efecto de las autonomías, es decir, de las seguridades y de las legislaciones particularistas. Y Forsthoff proseguía: el Estado total es una fórmula, es una palabra … Lenguaje que no designa ni "los particularismos reaccionarios al viejo estilo" ni "la burda mecánica del socialismo marxista"; sino que encuentra una polaridad de otro orden en el campo que ocupa un término singular, aquel del que el narrador de *Mein Kampf* ha hecho uso frecuentemente: el *völkische Staat*. Porque "hoy es posible la distinción, indispensable para un Estado *völkisch*, entre el orden de la dominación y el orden del pueblo": *Herrschaftsordnung und Volksordnung.* El desarrollo de los dos temas va a hacer aparecer lo que aquí es a la vez la polaridad y su entrecruzamiento.

Porque el lado de la *Herrschaft* es el de la autoridad y su conservación. El del *Volk,* del "pueblo", parece debe ser el de la revolución fundamental que da o tiende a dar su soberanía –*Herrschaft*- precisamente al pueblo. Pero la diferencia, la distinción de la que Forsthoff ha dicho que es propia del Estado total, hace que le sea imposible a éste fundamentarse en la soberanía popular. El aspecto conservador de la *Herrschaft* va a desarrollarse con mucha claridad: sus "dos elementos" son el mando y la burocracia: *Führung, Burokratisierung.* El aspecto "revolucionario" del Volk, por el contrario, va a moverse en la ambigüedad: es el de la conciencia *völkisch.*

El lado más "revolucionario" es pues el más conservador: la apología del racismo, la denigración del movimiento obrero en nombre del "orden concreto" y de la "responsabilidad concreta", o incluso de la "responsabilidad total", proceden de aquél lado para juntarse con el otro, en el alegato perpetuo de la "Totalidad". Lo que ha sido separado por la "distinción" y pervertido por el entrecruzamiento es reunido por la magia de la *Totalisierung.* Porque la "administración burocrática está ligada a límites que sancionan con el fracaso todas sus tentativas hacia la totalización"; con lo que se justifica su subordinación a una *Fürherordnung* que coloca por encima de las leyes universales sus "decisiones concretas"… De modo semejante, la responsabilidad "concreta" que se relaciona con las leyes raciales o con la eliminación de los sindicatos, desemboca en este "Estado de la responsabilidad total". El prototipo o el prodromo de estas formas es, para Forsthoff, que recoge los términos de Jünger, la *totale Mobilmachun* de agosto de 1914. Su opuesto, será designado por él como el Estado de Derecho, como forma de la decadencia, de la caída o de la humillación: de la *Verfallsform.*

La polaridad que ordena todo el conjunto del lenguaje, en el "Estado total" de Ernst Forsthoff está desarrollada abiertamente en el libro de quien fundó en junio de 1919 el Club de Junio, forma primitiva del *Jungkonservative Klub* de los últimos años veinte y principio de los treinta. El autor del prefacio de la tercera edición de la obra va a calificar a este fundador, Moeller van den Bruck, de "revolucionario conservador": ¡el conservador afirma que a pesar de sus transformaciones … el mundo será apoyado, unido y englobado políticamente a partir del Estado". Y si, "el revolucionario quiere la novedad de la que hablaba Lenin", "el conservador está convencido de que esta novedad estará siempre englobada, no por cosas antiguas, sino por la Totalidad de la que no es más que una porción".

Pero es sabido: sólo un libro parece haber llevado por título *Der totale Staat.* El de Ernst Forsthoff. En torno a este libro, casi todos los que son igualmente portadores de este tema aparecen en la misma editorial, la

Hanseatische Verlagsanstalt. Carl Schmitt y Ernst Jünger, Gerhard Günther y Ernst Rudolf Huber. Esta Editorial Hanseática de Hamburgo aparece como el lugar por excelencia en que se cruzan, llegados desde diferentes puntos de emisión, los lenguajes del Estado Total.

Más aún: si hemos de creer a su autor, la idea de montar, en 1933, semejante ensayo se debería al … editor (Benno Ziegler). Tal es al menos la versión que da Ernst Forsthoff en una carta del 31 de agosto de 1963: "La fórmula, escribe desde Heidelberg, ha sido acuñada: el término reaparece sin cesar a este respecto, "en 1931 o 1932 a través de Carl Schmitt, bajo la impresión que le ha dejado la lectura de Ernst Jünger y de su *Totale Mobilmachung* y apoyándose conscientemente sobre esta formulación". ¿Cómo situar la fórmula en las referencias ideológicas del momento? "La designación *Jungkonservativ*, prosigue Forsthoff, se refiere esencialmente al hecho de que nos agrupábamos en torno a la revista *Der Ring* de la que entonces era (bajo numerosos pseudónimos) un cercano colaborador. *Der Ring* era el órgano del *Herrenklub* al que por lo demás, yo no pertenecía, que por otra parte, no ejercía ninguna influencia sobre la conformación de la revista. Nosostros, los jóvenes, estábamos igualmente influenciados por Moeller van den Bruck, a quien, por lo demás, no he conocido. Pero pronto, comenta extrañamente Forsthoff, esto se perdió". Y se apresura a añadir: "El –*Herrenklib*- ha sido entonces sobreestimado por muchos". Es interesante este "entonces", que restituye las estimaciones de la opinión en su relación con lo que se ha considerado que era la realidad sin que ésta sea aquí, por otra parte, precisada. "De ahí proviene también, prosigue, la designación *jungkonservativ*. Esta no valía, por lo demás, más que para nosotros, los jóvenes"; los que, se dice implícitamente, contribuían a la redacción de la revista mucho más que los Caballeros del Club de los Señores. ¿Carl Schmitt? No se deja, sin embargo, a pesar de numerosas coincidencias, incluir en este contexto".

Y se vuelve al libro. Forsthoff se siente dichoso recorándolo: "es exacto que los ideólogos del nacionalsocialismo combatieron violentamente la fórmula del *totale Staat*. Un ataque masivo (contra mí pero sin nombrarme) se siguió por parte de Rosenberg en el *Völkische Beobachter*, en enero de 1934. Esto es, por otra parte, comprensible. Porque mi escrito de junio de 1933 se situaba en la alternativa, por entonces aguda (en las semanas de la auto-disolución de los partidos): Estado Total o Partido Total. La editorial me había pedido entonces –era director literario de la Editorial Hanseática, en Hamburgo, Benno Ziegler, muerto en 1946- que escribiera a favor del Estado Total y por tanto, implícitamente, contra el amenazante totalitarismo del NSDAP y lo más aprisa posible, para actuar así sobre la evolución".

Ernst Forsthoff se decide a hacerlo dócilmente. "Escribí, pues, el texto en una semana y esto salta a la vista (se hubiera podido hacer mejor)", anota con modestia. ¿El resultado de esta empresa? "El resultado fue naturalmente un fracaso". Pero de esta obra data la "desconfianza hacia los ideólogos del partido como Höhn, Freisler, Ritterbusch". Todo terminó por otra parte siendo para bien: "Esto me preservó de ser enredado más profundamente en los asuntos del partido". Este editor "rogó" a Ernst Forsthoff que escribiese una apología del Estado Total con la intención, muy poco irónica según parece, de mostrarse opuesto a la amenaza nazi.

© Extractos de *Los lenguajes totalitarios,* de Jean-Pierre Faye, Taurus, Madrid, 1974.

Carl Schmitt, ¿teórico del Reich?

Alejandro Vergara Blanco

Hoy existe una abundante producción bibliográfica en torno a la figura y obra de Carl Schmitt y la gran mayoría de sus obras son permanentemente reeditadas en el idioma original; y aún más, existe una constante traducción de ellas a muchos idiomas, traducciones que igualmente son reeditadas constantemente. En 1989 Joseph W. Bendersky escribió una completa biografía de Carl Schmitt, aún no traducida al castellano, de la cual quisiera dar noticia. Esta biografía tiene una traducción italiana de Maurizio Ghelardi, Carl Schmitt teórico del Reich (Bolonia, Il Mulino, 1989) 369 pp., que contiene una breve introducción, de Ghalardi, con una breve nota bibliográfica.

Y realizo esta divulgación, además, con ocasión de la traducción al inglés, por el propio Bendersky, de una de las obras más originales de Carl Schmitt: Über die drei Arten des rechtswissenschaftlichen Denkens [Sobre los tres tipos de pensamiento jurídico] (1934) (reed. Duncker & Humblot, 1993). La verdad es que la traducción de esta obra de Schmitt se viene a sumar a las realizadas anteriormente a los idiomas occidentales, pues está traducida al italiano [Schmitt, Carl, I tre tipi di scienza giuridica (Torino, Giappichelli, 2002], al francés [Schmitt, Carl, Les trois types de pensée juridique (París, Presses Universitaires de France, 1995), con una amplia presentación de Dominique Séglard] y al castellano [Schmitt, Carl, Sobre los tres modos de pensar la ciencia jurídica (Madrid, Tecnos, 1996), con un estudio preliminar, traducción y notas de Montserrat Herrero].

Existen, además, muchas otras biografías de Schmitt, en diversos idiomas, incluso algunas recientes, que no han sido traducidas al castellano (vid.: Cumin, David, Carl Schmitt: Biographie politique et intellectuelle (Cerf 2005); Muller, Jan-Werner, A Dangerous Mind: Carl Schmitt in Post-War European Thought (Yale University Press, 2003); y la de Noack, Paul, Carl Schmitt, eine Biographie (Berlín, Verlag Ullstein, 1a. ed.1993; 2a. ed. 2002).

La obra de Bandersky es particularmente interesante, desde el prefacio, del cual ofrezco algunos extractos. La vida de Carl Schmitt fue caracterizada por la importancia y por la controversia; su carrera, alumbrada culturalmente de significativos resultados y de reconocimientos, fue brillante, aunque opacada por la crisis política y personal. En los años 20 fue una de las personalidades más influyente y uno de los teóricos del derecho y de la política más leídos durante la república de Weimar, y sus escritos de este período representan un punto decisivo de referencia en el debate intelectual y político concerniente a la vigencia en Alemania de un régimen democrático.

Ningún estudiante durante la república de Weimar era ignorante de su labor sobre la crisis del liberalismo y del gobierno parlamentario, sobre su teoría de la dictadura constitucional o sobre su interpretación del poder de emergencia del presidente sobre la base del art. 48 de la Constitución.

Schmitt y sus ideas asumieron un particular significado, y dieron la justificación teórica y jurídica al sistema presidencial que gobernó a Alemania entre 1930 y 1933 a través de decretos de emergencia.

Por su apoyo activo al gobierno presidencial, por su compromiso evidente durante la primera fase del régimen hitleriano, y por su fama de Kronjurist del Tercer Reich, Schmitt ha sido objeto por muchos decenios de innumerables e importantes debates.

Como ha dicho el historiador Heinrich Muth [1971]: "él es uno de los pocos teóricos del siglo XX de indiscutido valor, pero sin dudas es también el más controvertido". Ha sido parangonado junto a pensadores de la estatura de Hobbes, Maquiavelo y Max

Weber. Carl Schmitt es considerado por todos como un hombre de una brillante inteligencia, que ha dejado su huella en el mundo contemporáneo por sus ideas originales y por su incisivo análisis.

Ha sido definido sin embargo como un fascista, un nihilista o un oportunista. La controversia sobre este enigmático jurista ha desatado un interés particular, una enorme literatura no solo en Alemania, sino también de estudiosos ingleses, italianos, japoneses y americanos (EE.UU.).

Recalca que uno de los aspectos más curiosos de esta literatura enorme es que ningún autor ha intentado hacer un examen sistemático de su vida y de su actividad política, no obstante que existe un fundamental vínculo entre sus ideas y varios eventos políticos de los cuales él fue testigo.

Recalca el autor que su trabajo de investigación es sobre las ideas políticas de Carl Schmitt; que ha deseado encuadrar lo más objetivamente posible las ideas y la personalidad de Carl Schmitt, intentando no caer en la agiografía o en la descalificación; y que ha intentado valorar lo más independientemente posible las fuentes, dada la natural controversia existente sobre él. En fin, señala que dado que el compromiso de Schmitt con el régimen hitleriano ha oscurecido otros aspectos de la vida y de su obra, ha tratado de seguir una advertencia de Wilfried von Bredow: "la obra de Schmitt es tan inteligente e importante que no puede ser dejada en las solas manos de los apologistas y de los denigradores" [1978].

Divide la obra en las cuatro etapas siguientes: 1ª parte: los inicios (1888-1921). 2ª parte: los años de Bonn (1922-1928). 3ª parte: los años de Weimar (1929-1933). 4ª parte: la experiencia nazi (1933-1947).

1. Luego de describir, los primeros años de vida, y estudios, hace alusión al enfrentamiento de ideas con Kelsen, quien en 1922 había publicado un trabajo postulando la teoría de la "pura doctrina el derecho", en que afirmaba que la ciencia del derecho era normativismo y que el sistema jurídico entero depende de una norma básica y unificante que representa la esencia de una constitución. Carl Schmitt en contra señala que Kelsen olvida completamente la realidad del cambio político y sociológico [en Teología Política].

Los normativistas, subrayaba, se olvidan de ocuparse del problema crucial del caso de excepción, que su definición no se puede vincular a ninguna norma. Carl Schmitt ya tenía en mente el "estado de excepción". "No existe ninguna norma que pueda ser aplicable al caos" (Carl Schmitt, Teología Política). El problema crucial es "¿Quién decide?" ¿Quién decide cuando existe estado de excepción? Carl Schmitt dice que es la decisión (Entscheidung), y no la norma constituye el factor determinante; al inicio de su Teología Política escribe. "Soberano es quien decide el estado de excepción".

2. De su etapa de profesor en Bonn (época en que se anula su primer matrimonio, y se casa por segunda vez) entrega el A. algunos detalles: su fama, su genio, su forma de ser. Pasó a ser un jurista muy respetado y citado.

3. Los años de Weimar. En esta época escribió "Legalidad y Legitimidad". Forma parte del equipo del Reich en un famoso juicio relativo al art. 48 de la Constitución de Weimar. Sus opositores, en el juicio, le enrostran su "Legalidad y Legitimidad", para afirmar que él mismo, en sus doctrinas, propugnaba que el nazismo no podía llegar a conquistar el poder; pero que ahora se presentaba, defendiendo esa posibilidad. Carl Schmitt replicó que se le citaba de manera parcial en sus teorías. [Proceso de Prusia contra el Reich (1932)].

Desarrolla ampliamente el autor la participación de Schmitt en el proceso "Preussen contra Reich", cómo su participación fue un triunfo personal y profesional, pues sus ideas y escritos, sobre todo "Legalidad y Legitimidad", estuvieron en el centro de la discusión.

A fines de 1932 Schmitt fue aceptado como profesor en Colonia, y a pesar de varias insistencias (entre otras, del propio Kelsen), decidió quedarse en Berlín: pensando en una promoción futura (ahora que el presidente del Reich había formado el poder).

4. Luego del decreto de conferimiento de los plenos poderes (24 de marzo de 1933), Hitler adquiere la dictadura absoluta. Carl Schmitt apoya este hecho de inmediato con un artículo en una revista jurídica. En un primer momento era poco probable que Carl Schmitt tuviese un rol cualquiera bajo el régimen hitleriano, dada su colaboración con la "cricca" de Schlicher (anterior presidente/canciller?), y su precedente oposición al nacionalsocialismo y su ausencia de contacto con este partido. Era un "outsider".

Carl Schmitt, en marzo de 1933, pensaba irse a Colonia, pero el 31 de marzo de 1933 Papen lo llamó a colaborar con el Tercer Reich. Él acepta, y comienza a colaborar en la redacción de anteproyectos de ley para posibilitar la toma del poder total por el nazismo. No obstante su colaboración, que él pensaba que lo hacía hacia la "autoridad legalmente constituida" (citando a Schmitt, Ex Captivitate Salus), dada su aversión al nacionalsocialismo (como conservador que era), se mantuvo a distancia del partido nazi. Pero su autonomía política e intelectual se demostró rápidamente insostenible: de sus siguientes decisiones políticas y personales pagará las consecuencias por el resto de su vida.

Con prudente realismo, su instinto de autoconservación aparece cuando deviene la depuración nazista al interior de la universidad alemana, el 7 de abril de 1933, con la ley de organización de la burocracia, que abarca a las universidades. Carl Schmitt considerando sobre todo su precedente oposición al nacionalsocialismo, sabía que su posición no estaba a salvo de tal medida. Otros notables profesores de derecho como Radbruch, Bonn, Cohn, Heller, Kantorowicz y Hans Kelsen, que eran de la misma facultad que Schmitt en Colonia, debieron resignarse a la dimisión y antes que finalizara esta campaña, más del 11% de los profesores alemanes había perdido su puesto.

Muchos alemanes se adhirieron al partido, ya sea por oportunismo, por temor o por entusiasmo; y a acrecentar esta tendencia contribuyó el pronunciamiento de intelectuales de la estatura de Martin Heidegger, que el 22 de abril de 1933 escribió a Carl Schmitt para invitarlo a colaborar. En esta embarazosa situación Carl Schmitt estaba de frente a un serio dilema. Quedarse en Alemania y rechazar la inscripción significaba correr el riesgo de ser destituido sin tener la posibilidad de defenderse de su comprometedor pasado político. La complicidad apareció entonces para Schmitt como la vía más saludable; la única, creyó, que podría darle la posibilidad de tener un futuro en el campo constitucional. Por lo que, el 1 de marzo de 1933, el ya respetado Kronjurist del sistema presidencial figura en una larga fila delante de la sede del partido nazista en Colonia, esperando su turno para inscribirse. El número de su inscripción (2.098.860), demostraba claramente como desde el mes de enero más de un millón de alemanes se inscribieron en el partido).

Con esto Carl Schmitt realizaba una medida "con la cual esperaba salvaguardar su propia seguridad personal y profesional: la relación hobbesiana de protección y obediencia era parte integrante de su filosofía política". Poco después una publicación nazi lo señalaba como "el constitucionalista nacional más renombrado de Alemania", lo que se interpreta como una reconciliación del nazismo con Carl Schmitt; lo que se completa cuando Göring lo nombra consejero del Estado prusiano. En octubre de 1933 aceptó la cátedra de derecho público en la Universidad de Berlín lo que fue el nombramiento más prestigioso de toda su carrera. En este puesto Carl Schmitt tenía la doble esperanza de poder ejercitar cierta influencia en cuestiones jurídicas y al mismo tiempo de anular toda duda respecto de su lealtad (al régimen nazi). Ya en el otoño de 1933 fue incorporando en sus obras (en reediciones, incluidas artificiosamente, sin afectar el texto central), algunas referencias antisemitas, para "conformarse con la línea del partido".

En esa misma época, en artículos y conferencias inició el desarrollo de una vasta línea teórica de una estructura constitucional para el Tercer Reich. De las conferencias de inicios de 1934 surge su libro "Über die drei….." ("Sobre los tres modos de pensar la ciencia jurídica"), en que se esfuerza por

encontrar una ubicación a sus ideas tradicionalmente conservadoras al interior del nacionalsocialismo". Esenciales como base para el nuevo orden social distinto al partido, él consideraba algunas instituciones tradicionales, el "orden concreto" (familia, iglesia, ejército, burocracia estatal, etc.) y le da al partido el papel de elemento unificante; a Hitler el rol de soberano absoluto, y al partido la posibilidad de intervenir en todo momento en la vida privada, en las instituciones y en cualquier ámbito de la sociedad. Schmitt de este modo sirve al nazismo, para el cual intenta "construir una legitimación jurídica".

Entre de junio y julio de 1934 Hitler ordenó el asesinato de entre 150 y 200 miembros del partido nazi; en un decreto de 3 de julio señala que fue "para evitar el asalto de traidores, y una acción legal de autodefensa del Estado"). Carl Schmitt reaccionó así: se trató de una medida necesaria para la salvaguardia del ejército en cuanto "orden concreto" y para evitar que esto afectase al partido. En esta época Carl Schmitt temió por su vida, en una futura depuración, y lo que lo salvaría fue la intervención de Göring. Para justificar esta matanza, Carl Schmitt escribió su "El Führer protege el derecho" (1934). Este artículo será recordado siempre como una justificación de los atroces asesinatos del régimen hitleriano; de aquí la dificultad para Carl Schmitt de disociarse de su implicancia con el nazismo).

El capítulo "La depuración de un ideólogo no ortodoxo" es particularmente interesante. Contrariamente a la expectativa de Carl Schmitt, las depuraciones en el partido nazi seguirían; eran particularmente irritantes aquellos escritores que en sus interpretaciones del nacionalsocialismo tendían a diluir la ideología con ideas conservadoras o medio burguesas sobre el estado o la sociedad.

Carl Schmitt no tenía una gran influencia ni popularidad al interior del partido nazi, su reputación de "violetta marzolina", debida al hecho de que él había sido uno de los últimos en inscribirse en el partido, hacía crear la sospecha y la envidia de los "viejos combatientes" del partido, a los que les irritaba la atención que recibía y porque se le veía asumir el rol de Kronjurist. Solo lo apoyaban Göring y Frank; Hitler despreciaba a los intelectuales; Frank le había aconsejado de evitar cualquier contacto con el Führer.

Schmitt con su "Staat, Bewegung, Volk" ("Estado, movimiento y pueblo"), tendrá problemas con los teóricos del nazismo, pues se oponía a la fusión del partido con el Estado. Comenzaron en 1934 los ataques públicos a Carl Schmitt, acusándolo de "querer constreñir al nacionalsocialismo al interior de un esquema neohegeliano".

Pero los ataques también vienen de fuera: Gurian, que había tenido que emigrar a Suiza, en una revista jurídica católica lo desenmascara de sus anteriores contactos con judíos, de su anterior ligamen con el sistema presidencial, y su oposición inicial al nacionalsocialismo, que una vez había definido como "locura colectiva organizada". Lo acusó de estar usando al partido para su propio desarrollo personal.

Koellreutter retiene esta revelaciones, y piensa que son suficientes para echarlo del partido; pero fue protegido por Frank, y durante los dos siguientes años lo nombró en diversas comisiones. Pero las revelaciones sobre su pasado siguieron siendo publicadas, haciendo sentir en Schmitt el temor que había sentido durante el período de las depuraciones. Su inseguridad aumentó cuando se comenzó a atacar a otros conservadores por sus posibles contactos pasados con judíos. Entonces "se esforzó con determinación en aparecer como un verdadero nacionalsocialista".

Schmitt se sintió particularmente culpable de la acusación de haber estado en relación con hebreos y no haber dado a sus escritos una impostación racial. Entonces, para protegerse, se compromete ulteriormente sobre la cuestión racial; y su creciente antisemitismo de sus escritos después de 1934: "Tales compromisos tan marcadamente oportunistas eran tanto más despreciables cuando se piensa que en sus trabajos y relaciones personales anteriores a su inscripción en el partido nazi no había ni la más mínima huella de antisemitismo". Al

revés, había sido amigo de judíos y había dedicado un libro a uno de ellos.

Luego en 1936 siguieron las acusaciones contra Schmitt por oportunismo, y que podría ser el "Kronjurist" de cualquier régimen. A fines de 1936, entonces, Schmitt intensificó su esfuerzo por contradecir la acusación de que era un reaccionario preocupado solo del concepto de Estado y que no había tomado en serio la cuestión racial; tanto fue así, que en un escrito señáló que "el concepto racial y la supremacía del partido sobre el Estado eran los dos principios básicos del derecho nacionalsocialista".

Durante 1936 se hizo una profunda investigación sobre Schmitt en los órganos del partido nazi, concluyendo que "la información reunida parecía confirmar que Schmitt no era un nacionalsocialista, sino un pensador católico y un oportunista con numerosos nexos con hebreos"). Schmitt seguía intentando defenderse. En una conferencia en octubre de 1936 pronunció el ataque más violento de toda su vida contra los hebreos, definiéndolos como "estériles, parásitos intelectuales que no tenían nada que ofrecer a los alemanes", y con el intento de asumir el tono de un deboto del nacionalismo, termina citando una frase del Mein Kamptf de Adolf Hitler. Era un "fiel súbdito del Tercer Reich".

Las SS seguían asediando a Schmitt e impidieron nuevos nombramientos importantes, con el fin de expulsarlo del partido. Y a fines de 1936, después de un artículo de un discípulo de Schmitt que lo exculpaba, vino una seguidilla de dos artículos que lo acusaban de su pasado y de oportunismo, citando antiguas afirmaciones suyas. Esto tuvo una repercusión inmediata: el 16 de diciembre fue notificado de su exoneración de participar en una comisión del Ministerio de Justicia; "estos dos artículos habían transformado al Kronjurist en un proscrito".

Enseguida fue excluido de todos los sitios en que había sido colocado por el nazismo: de la Academia de Derecho Alemán; de la liga de juristas alemanes, y se aceptó su dimisión de la dirección de la "Deutsche Juristen-Zeitung". Los ataques fueron ahora más intensos y una revista sentenció que ahora solo eran dos las alternativas: "la emigración o el campo de concentración".

Gracias a la defensa de Göring cesó el peligro, y se llegó a un acuerdo con Himmler: la única consecuencia que derivó fue la cesación por parte de Schmitt de su actividad al interior del partido; y conservó la cátedra de derecho en la Universidad de Berlín; y el título oficial de consejero del Estado prusiano, aunque su consejo no fue solicitado más a partir de 1936. La inmunidad consiguiente a su posición oficial fue sostenida por Göring y Schmitt no tuvo nada más que temer hasta el fin del Tercer Reich.

Carl Schmitt no sólo fue oportunista, sino que también los nazis habrían querido tener en la primera fase a un jurista de su reputación, pues daba un aura de respetabilidad a la causa nazi; pero apenas Schmitt intentó ejercitar una real influencia, se inició la lucha por sacarlo de en medio. En 1936 una revista alemana "Deutsche Briefe", resumió de un modo muy adecuado esta embarazosa situación, con una frase de Schiller: "El Moro ha hecho su deber; el Moro puede irse".

5. El último capítulo se titula "¿Seguridad en el silencio?". A partir de fin de 1938, Carl Schmitt rompe todo vínculo con Görin y con Frank, y se refugia en la Universidad de Berlín, y se retira de toda vida pública. En la Universidad tuvo una fría recepción, se sospechaba de él, por su poca sinceridad o por su vecindad con el partido. En esta época (1937-1945) abandonó el derecho constitucional y administrativo y se dedicó a Hobbes, y al derecho y a la política internacional. Así, desarrolla su conocida teoría del "Grossraum" sobre el "Espacio" alemán, lo que justificaba el expansionismo de Hitler. Así, la revista suiza "Schweitzer Weltwoche", en 1941, señaló que como teórico Schmitt era para Alemania nazi como lo que Rousseau había sido para La Revolución Francesa. En abril de 1945 los rusos ocupan Berlín, y arrestan a Schmitt en su casa. Él les dice "He bebido el bacilo nazi, pero no me he infectado". Fue dejado libre. En noviembre de 1945 soldados

americanos lo arrestaron; dadas las dudas que quedaron en un interrogatorio sobre su real participación en el nazismo; estuvo por más de un año en dos campos de concentración americanos, esperando una decisión. Fue liberado en abril de 1947. Luego, en 1950, recomenzó a publicar; y las reacciones de los otros autores fueron inmediatas y hostiles. Fue acusado del "profeta intelectual por excelencia del nacionalsocialismo".

El Epílogo evalúa la significación de Schmitt, y las reacciones cada vez menos condenatorias de los autores, sobre todo de los escritos de los años 1920 a 1930, "que han mantenido inalterado su significado. En mi opinión, se trata de una excelente biografía de Carl Schmitt, pudiendo considerarse como la más completa a la época de su escritura. Bendersky nos ofrece un libro fascinante, pues muestra su pensamiento y acción, con una amplísima documentación, no solo la provenientes de los escritos jurídicos y políticos de Carl Schmitt más conocidos, de donde solo se podía obtener datos precisos de su pensamiento jurídico y político, sino de toda su correspondencia y documentación de archivos de la Alemania nazi, y posterior ocupación rusa y norteamericana. La principal atención del autor no es la obra escrita de Carl Schmitt, sino su vida; si bien estimó necesario mostrar en algunos pasajes los argumentos contenidos en las obras de Schmitt, ello se hace solo con el objeto de conectarlos con la correspondiente etapa de su vida, y así explicar su pensamiento íntimo.

Podemos decir que así como las obras de Carl Schmitt le han servido a Bendersky para explicar algunas decisiones de Schmitt y ofrecer este cuadro completo y fascinante de su vida; asimismo, esta biografía de Bendersky sirve a los escrutadores de la obra de Carl Schmitt para comprender mejor sus textos. Lo más interesante es completar de este modo el cuadro siempre incompleto que podríamos haber tenido (más que de la obra) de la polémica vida de uno de los juristas más geniales del siglo XX.

Oswald Spengler ¿precursor del nacionalsocialismo?

Javier R. Abella Romero

A finales de 1918, Alemania se debatía en medio de la humillación que le significó la derrota sufrida en la Primera Guerra Mundial, mientras se adentraba en una época de turbulencia política y de incertidumbre por el futuro de la nación. En ese mismo año, aparecía en las librerías alemanas una obra con un sugestivo título: La Decadencia de Occidente. En ella se pretendía desentrañar la naturaleza de la macroestructura dentro de la cual fluyen los acontecimientos históricos particulares. Se presentaba la historia universal como un conjunto de dichas macroestructuras, denominadas culturas, las cuales se desarrollaban independientemente unas de otras pasando a través de un ciclo compuesto por cuatro etapas: Juventud, Crecimiento, Florecimiento y Decadencia. Así, el proceso histórico sería como el ciclo biológico de un ser vivo, el cual tiene un comienzo y también un fin inevitable. Según esta teoría, cada una de las etapas que conforman el ciclo vital de una cultura presentaría una serie de rasgos distintivos en todas las culturas por igual, enmarcando los acontecimientos particulares.

El autor de estas llamativas teorías históricas era Oswald Spengler, un desconocido maestro de escuela que había desertado de las aulas para dedicarse por entero a la investigación y la escritura. Influenciado por las ideas de Heráclito, Nietzche y Goethe, y profundamente interesado en hallar una explicación a los trascendentales acontecimientos que venían produciéndose en esos albores del siglo XX, fue dando forma a un ensayo al que llamó La Decadencia de Occidente. En él –basándose en su teoría de las culturas y los rasgos presentes en cada etapa de estas-estableció un patrón para evaluar en cual

fase de su vida se encontraba una cultura y qué era de esperarse para su futuro. Al aplicar su teoría a la cultura Occidental, encontró que esta presentaba los rasgos distintivos de la decadencia o etapa final. Estos supuestos fundamentales hicieron que su obra estuviese impregnada de un tono profético y pesimista.

La Decadencia de Occidente se convirtió muy pronto en un éxito editorial pues dibujaba de manera muy vívida el oscuro paisaje que se alzaba ante los alemanes de entonces (estado de guerra y enfrentamiento permanente, depresión económica, dureza de la vida, decadencia de la cultura) y parecía apuntar de manera correcta en dirección a los acontecimientos que estaban empezando a desarrollarse (afianzamiento de la política de masas, aparición de líderes carismáticos o "césares" que prometían guiar al pueblo a su destino). Por otra parte, la obra daba un cierto consuelo a los derrotados alemanes al presentar los acontecimientos del momento como parte de una etapa histórica necesaria que no afectaría sólo a Alemania sino también a sus enemigos, las potencias vencedoras de la Primera Guerra Mundial.

El gran éxito de La Decadencia de Occidente convirtió a Spengler en uno de los autores más famosos de Alemania (al menos durante el período 1918 - 1925). Y aunque buena parte del mundo académico criticaría con dureza la obra de Spengler, esta lograría gran resonancia en el ámbito político y entre el público medianamente educado. El autor comenzó entonces a recibir invitaciones para dictar conferencias y para escribir artículos; por esta vía llegó a relacionarse con importantes personajes: dirigentes, altos dignatarios civiles y militares, aristócratas y otras destacadas personalidades de la derecha tradicional, constituida por los grupos nacionalistas y monárquicos.

Apenas un año después de publicado el primer tomo de La Decadencia, saldría de la imprenta una nueva obra de Spengler titulada Prusianismo y Socialismo. En esta obra, sin abandonar el marco conceptual de La Decadencia de Occidente, Spengler entraría de lleno y sin ambigüedades en la arena política, buscando sentar las bases teóricas para un socialismo desligado del marxismo y fundamentado en un sentimiento nacionalista, vale decir, un socialismo nacional. La aparición de Prusianismo y Socialismo en 1919, consolidó a Spengler como autor de renombre entre los conservadores alemanes y amplió su radio de influencia, incluyendo ahora no sólo la derecha tradicional, sino también muchos nuevos grupos que estaban surgiendo entonces como el de los nacionalsocialistas. La influencia que las ideas de Spengler ejercieron sobre algunos importantes dirigentes de este grupo generaría la creencia de que el autor era una especie de precursor o impulsor del movimiento nazi, creencia que sería reforzada por los testimonios y aseveraciones de algunos contemporáneos del autor, y señalada por varios estudios posteriores acerca del fascismo y el nacionalsocialismo.

Spengler se identificaba plenamente con los círculos conservadores monárquicos, que con gran agrado habían acogido sus ideas. Sin embargo, esto no lo exime de un posible aporte a la consolidación del movimiento nazi, pues según algunos testigos y estudiosos de ese período: "Los conservadores, en cuanto críticos de la democracia liberal, hicieron el juego al movimiento antidemocrático y prepararon la primera etapa de la ideología nacional-socialista".

Algunos estudiosos del fenómeno nacionalsocialista también han señalado que La Decadencia de Occidente fue "el preludio real y directo de la filosofía del fascismo."

En Francia, el filósofo André Fauconnet, publicaría un estudio bastante balanceado sobre La Decadencia de Occidente en donde le reconocía ciertas virtudes académicas pero criticaba las implicaciones políticas que la obra podría llegar a tener. En este sentido, advertía a sus lectores que las ideas de Spengler eran "slogans de lucha lo suficientemente simples y claros como para convertirse algún día en el credo de un gran partido popular apasionadamente entregado al imperialismo y al socialismo de Estado."

Enzo Collotti, en su Libro La Alemania Nazi afirmaba: Entre los más eminentes

escritores reaccionarios y guía del nacionalsocialismo, hay que citar a Spengler (1880-1936), un pensador ligado a los más viejos esquemas del positivismo darwiniano (…) Spengler evocaba el renacer de los espíritus de Alarico y Teodorico, reencarnados en la figura de un moderno imperialista, Cecil Rhodes, y exaltaba la guerra como 'elemento primordial de la política de todo ser viviente'. Llamaba a la democracia 'el peligro del siglo XX' y contra ella exaltaba las virtudes del jefe, de la gran personalidad, encarnación de la raza. Del 'Cesarismo' de Spengler al Führersataat de Hitler lo único que había era una mayor erudición del primero.

En una obra posterior llamada Prusianismo y Socialismo (1920) Spengler proponía, en su negación de la Revolución de Noviembre (había significado 'la entrega del país al enemigo') y de su virulenta polémica antidemocrática, la síntesis de los dos términos antitéticos tradicionales de la lucha política del Estado unitario alemán bajo la forma de un socialismo prusiano de tono fuertemente autoritario y sustancialmente antimarxista.

Klaus P. Fisher, estudioso de la obra de Spengler, en referencia a los vínculos entre el autor alemán y el nacionalsocialismo, escribió lo siguiente: Esta declaración [se refiere a un párrafo extraído de Prusianismo y Socialismo], como tantos otros pronunciamientos políticos de Spengler, pudo haber sido escrito o lanzado como arenga por Adolfo Hitler porque todos los elementos del nacionalsocialismo estaban allí: el cortejo a la juventud, el llamado a la disciplina y fortaleza, la glorificación del estilo de vida prusiano, y la exhortación a las clases trabajadoras." Y agregaba: "Si Spengler no fue un nacionalsocialista en un sentido hitleriano, hizo mucho por preparar el terreno para los nazis. Una y otra vez hizo llamados hacia metas que no eran muy distintas a aquellas de los nacionalsocialistas".

Los testimonios anteriores parecen indicar que el autor que ganó fama con La Decadencia de Occidente, realmente contribuyó de alguna manera a la consolidación del movimiento nazi. Sin embargo, Spengler nunca perteneció al partido ni apoyó de manera directa a los nazis y se distanció de estos públicamente justo cuando Hitler obtenía la Cancillería, a finales de 1933. En ese momento salió a la luz su última obra política: Años Decisivos, obra en la que criticaba duramente a los nazis. Pero, ¿por qué se distanció Spengler de estos justo en el momento en que más podrían haberlo favorecido? ¿Cuáles son las razones de fondo para que muchos historiadores vinculen a Spengler con el nazismo? ¿Cuál era la verdadera relación de Spengler con el movimiento nacionalsocialista?

La bibliografía existente no estudia a fondo este problema. Sin embargo, nos señala algunos elementos que permiten sospechar la existencia de vínculos entre Spengler y el movimiento nacionalsocialista alemán. H. Stuart Hughes -biógrafo del autor- nos señala varios de estos elementos cuando afirma que, en un sentido objetivo, Spengler había servido como precursor de los nazis: En el debilitamiento de la confianza pública en la República y en las instituciones parlamentarias, y en su prédica por la asociación de los conceptos de prusianismo y socialismo, Spengler había preparado el camino para la mentalidad nazi. Al hacer borrosas las líneas ideológicas y rechazar la ideología en sí misma catalogándola como una ilusión sentimental, había hecho su aporte al proceso de debilitamiento del intelectualismo del cual Hitler sacaría provecho más adelante.

Es innegable la gran influencia que en Alemania ejerció Oswald Spengler sobre importantes actores políticos y sobre el público general luego de la publicación de La Decadencia de Occidente. Esa influencia no fue sólo una moda, en realidad se manifiesta bastante profunda cuando vemos que Spengler supo sintetizar, engranar y exponer dramáticamente en sus obras muchas ideas y sentimientos que –en forma fragmentaria y proviniendo de las más variadas fuentes- ya circulaban entre los movimientos de la derecha alemana desde finales del siglo XIX.

Analizando en detalle todos los elementos que han sido identificados por los

especialistas como fundamentos o “pasiones movilizadoras” del fascismo en general y el nacionalsocialismo en particular, hemos visto que muchos de dichos elementos aparecen de manera recurrente en el pensamiento de Spengler y al revisar los discursos y hechos históricos del movimiento nazi hemos podido comprobar que -no sólo en cuanto a su fondo sino también muchas veces en cuanto a su forma- la cercanía entre el nacionalsocialismo y el discurso de Oswald Spengler es evidente.

Adicionalmente, el análisis particular del libro Prusianismo y Socialismo nos ha mostrado que esta obra puede ser señalada como un hito en la protohistoria del nacionalsocialismo, como un libro premonitorio de muchas ideas y acciones que luego propugnaría y llevaría adelante el nazismo.

Cuando pasamos a considerar los elementos aparentemente incompatibles entre el pensamiento de Spengler y el nacionalsocialismo, nos hemos encontrado con que el contraste entre uno y otros no era tan evidente, o que al menos pudo no serlo para los contemporáneos que leyeron o escucharon a Spengler, debido al lenguaje a veces críptico y confuso del autor y sobre todo debido a que su pasión y dramatismo al tratar temas como la raza, dejaba un sabor extrañamente cercano al posterior discurso nazi.

El capítulo final en la vida política de Spengler y en su relación con los nazis, marcado por la publicación de Años Decisivos nos ha mostrado que las ideas y aspiraciones del autor acerca del papel de la nación alemana como potencia hegemónica mundial no diferían en nada de los objetivos nazis, lo que se haría evidente a partir de 1939. En realidad, el único elemento que parece distanciar a Spengler es su desprecio por la pompa y teatralidad nacionalsocialista, así como el cortejo a las masas en su discurso, sus manifestaciones multitudinarias y la tosquedad de sus dirigentes. Esto último se entiende por la preferencia del autor hacia la nobleza como clase gobernante.

Vemos pues que en el discurso de Spengler, en sus concepciones, ideas, temores y objetivos se manifiesta una gran cercanía con los que luego serían propios del nacionalsocialismo. El carácter profundamente irracionalista del nazismo, así como lo fragmentario de su “ideología” pudieron disminuir la influencia directa del pensamiento spengleriano sobre los nazis. Sin embargo, no debemos olvidar que el mismo Spengler era un irracionalista que gustaba de sintetizar su pensamiento en poderosos y dramáticos aforismos, en un estilo muy similar al que luego utilizarían los líderes nazis. Por otra parte, la gran relevancia que tuvieron las obras y opiniones de Spengler en la sociedad alemana de la primera posguerra, demuestran que, como mínimo, el autor contribuyó a preparar el ambiente político alemán para la consolidación del nacionalsocialismo.